LA MEMORIA DE LOS NOMBRES

Melba Guariglia

LA MEMORIA DE LOS NOMBRES

LA MEMORIA DE LOS NOMBRES

Melba Guariglia

A la memoria de mis padres

I

1

Si bien a Fermín le resultaba difícil iniciar cualquier tipo de escritura, luchaba contra esa incapacidad –o especie de incapacidad– porque en realidad lograba comenzar el cuento, la novela o aquellos primeros repertorios que lo mantenían en vilo. Decir en vilo es relativo, ya que estar suspendido en el aire solo él podría describirlo con propiedad. El comienzo es como un nacimiento y hay que construirlo con la mayor perfección posible, en un equilibrio que supone varios. Después habrá que corregir y corregir, pero los primeros pasos tienen la importancia de ser la base e indicar el rumbo. Escribir una página significaba componer música para sí mismo, aunque el piano, en ese entonces, ya no era lo principal sino una ejecución –por concluyente– en su vida. Suspendido tenía algo de ensueño, estar provisorio en algún sitio esperando, en tanto escuchaba embelesado los sonidos del viento al traspasar las rendijas de los postigos de aquella casa que le quedaba grande, porque su segunda mujer se había mandado mudar y llevado a su pequeña hija a San José de Mayo donde vivía la familia materna. Y en esa casa se estaban conmoviendo los cimientos por las vibraciones, no ya de las tormentas propias del sur o de los recuerdos de una relación inestable, sino de una verdadera y pequeña guerra.

Fue en ese instante cuando el hombre se puso alerta, la mesa sonó en falsa escuadra, semejante a un crujido en do mayor no lejano a la música de las larvas de los bichos de la madera, esos que taladran en el transcurso de los años alentados por las humedades de la pinotea.

Fermín Fernández era un tipo inseguro, su afición por el arte bohemio la compartía con la de las mujeres, por eso el esfuerzo de invertir horas en la escritura era una contradicción a su temperamento variable. Se preguntaba si dibujar notas en un pliego no sería más sencillo, pues oírlas desplegarse después por encima del piano le proporcionaba una paz que escribir no. Por el contrario, no solo le costaba iniciar una redacción cualquiera sino trasmitir sus intenciones mediante un simple lápiz. Era como descender al abismo en un oscuro hueco que no le daba tregua. Parecía que las palabras a veces podrían llegar a acusarlo de traidor.

El resultado, según amigos y cohortes de las mesas de boliche, era sin embargo interesante. No serían muchos quienes lo alentaban pero eran aquellos admirados por él, por talento o por trayectoria, sobre todo por esto último. No, cualquiera no eran, y ellos le aseguraban un buen futuro en la literatura.

Aquel día había empezado así: un temblor de mar, él aguzando los sentidos, mientras oía los embates de las cuatro ventoleras cardinales contra los vidrios de la ventana fumando un cigarro recién armado. Enseguida se sumaría el ulular de sirenas de barcos que esperaban entrar a puerto porque las autoridades de la Aduana mantenían las aguas territoriales en pie de alarma. El Graf Spee continuaba allí, a pocos metros de la costa, y la gente iba llegando como a presenciar un partido de fútbol, o en el mejor de los casos la filmación de una película sobre una batalla en el Río de la Plata.

Animados por la prensa, los montevideanos se habían levantado más temprano que de costumbre y en tranvías, a pie o en el vehículo que fuera, llegaban apostándose a lo largo de los muelles, subían peligrosamente a las columnas de la luz eléctrica en afán de no perder una visión cercana de una guerra que no era suya.

Cuando la explosión, que no fue solo una sino repetida y atronadora, Fermín pensó en la 1812. Si no hubiera vendido el piano intentaría reproducirla y hasta actualizarla a 1939 con campanas de la Catedral Metropolitana incluidas. Aunque él todavía no conocía

el motivo de aquel inusual escándalo que se le metía por las orejas, intuía que algo terrible se estaba por expandir en el mundo.

Intentó recomenzar el cuento que esperaba escribir aunque seguía sin convencerlo el inicio. "Una vez hubo…" –se explicaba– es una triste reproducción de un tiempo, y algo así como "En un lugar…", una imprecisión que ya no tenía espacio en su imaginario donde los héroes habían caído como los peores. Tampoco lo convencía la fórmula "Érase que se era", aunque se le antojaba una ironía, entonces se le ocurrió contemporizar sus ideas y extraer palabras como si fueran de un cuerpo malherido. Una nueva descarga afuera le hizo considerar que ese cuerpo había sido asesinado. A esta le siguió un murmullo similar a una ovación. Cerca de allí la embajada inglesa desplegaba frente a sus balcones unas banderas que indicaban triunfo. Buque insignia, corsario de los mares, pirata simplemente que podía travestirse rápidamente según las órdenes de su capitán, el Admiral Graf Spee se iba diluyendo en el "río como mar" en un final precipitado, y esto era una derrota para Alemania que apenas iniciaba su carrera desenfrenada.

Para Fermín, que seguía al vendaval de sus oídos en medio de las detonaciones, esto se correspondía con el inicio de un relato, una catástrofe como origen de una construcción, un cuerpo destrozado sobre el cual restaurar, reunir piezas, órganos: timón, hélices, mástiles, cañones, chimeneas, y a partir de allí transformar un navío de guerra, un acorazado alemán de bolsillo en un crucero inglés.

Las órdenes habían sido precisas para el capitán del barco, aunque él se dispensaba algunas libertades que solo su culminación trágica en Buenos Aires harían comprender. El Atlántico Sur era el lugar de la misión, destruir el itinerario de los buques que aseguraban el abastecimiento: *sembrará usted la inquietud en el campo enemigo, dificultando, por consiguiente, la navegación, aunque no obtenga ningún resultado directo…*

Había sido una buena estrategia hasta que unos navíos, con nombre de dioses griegos transformados en barcos británicos,

acorralaron al buque en alta mar y lo obligaron a huir hasta el Puerto de Montevideo en busca de una reparación de las instalaciones que le permitiera continuar viaje. Pero esto no llegó a cumplirse, los ingleses lograron confundir, primero acribillando al barco pirata y luego a la inteligencia del capitán quien reconociera perturbado su error.

Hasta allí la indecisión del señor Fernández se planteó en forma de ondas en los pliegues de las cortinas que veía flamear como banderas, al tiempo que su pabellón auditivo se orientaba hacia los distintos estímulos que bailoteaban como notas escritas en los renglones del techo.

Informar en medio de la guerra no es solo una lectura de estrellas sobre el ancho mar –ambiguo río en este caso– o de los movimientos del sol en el horizonte desde el telescopio, sino guiar las herramientas, maniobrar el astrolabio hasta llegar a buen puerto. El capitán lo sabía, la técnica podía ayudar a lograr sus propósitos tergiversando de la manera más diestra –o siniestra– las cifras de su ubicación. Pero ese poder también estaba en manos de los enemigos ingleses al llegar al estuario: decir lo que no es haciendo creer que es verdad o, mejor dicho, dejar a los espías alemanes traducir un código equivocado y navegar por la corriente menos indicada con la convicción de la victoria.

Los falsos rumores tienen algo de eso, comunicar lo incomunicable, informar desinformando, tirar por la borda una mala señal para pescar lo que caiga, lo cual lleva a tomar decisiones inteligentes –erróneas o no– pero falta le hacían a Fernández en este momento para iniciar un texto, aun cuando sus derivas o derivados pudieran tener consecuencias insospechadas.

Decir que le "resultaba difícil iniciar cualquier tipo de escritura" llevaba intrínseca una mentira atemperada por el pretérito imperfecto, o el "si bien" en la apertura de este relato, pues a la larga sus primeros cuentos tenían un inicio y la dificultad estaba en su mente no en la capacidad de desarrollar un párrafo de comienzo. Le hacía falta el piano –pensó– no solo porque este se

parecía a un sarcófago que lo impulsaba a la creación por el lado siniestro, sino porque en él hallaba signos repetidos –notas, corcheas, claves…– cuya combinación resultaba una entrada incorpórea a otros mundos. Ahora, en ese vacío de la habitación, pensaba en su nombre y veía su imagen en un solo espejo –el del cristalero familiar– que no era lo mismo que encontrarse. Mirar sus palabras tenía un sentido menos revelador pero más real, podía llegar a verse algún día –concluyó–. Sus días de concertista habían llegado al fin por propia decisión: "para ser un buen músico hay que ser ciego" –había dicho– y "todavía no pienso arrancarme los ojos".

Lo que menos le preocupaba era la trama de sus textos, unos sueltos publicados gracias a la influencia de un reducido grupo de amigos convenientemente relacionado. Sabía que cada uno de sus escritos sería tan autónomo e independiente como él, pero cómo empezar a generar la corriente desde la cual desparramar las ondas de sus anécdotas más allá de las tertulias era su impaciencia. Lo mismo fumar, cómo echar el humo en forma de volutas elegidas y dominables desde el fondo de sí y volverlas a atrapar para reiniciar el ciclo.

Los capitanes suelen morir con sus barcos –se dice– aunque la tradicional frase es "el capitán es el último en abandonar el barco". Sin embargo, ese marinero principal del acorazado Graf Spee sobrevivió a los cañonazos para escribir una carta de despedida antes de suicidarse unos días después del hundimiento, justificando la destrucción de su barco –el de la Armada alemana– antes de que cayera en manos enemigas. Si la destrucción trae una nueva forma de construcción es un tema filosófico del cual mucho se habla y poco se ilustra. Porque destruir para evitar la destrucción –pensaba Fermín Fernández en una especie de premonición– es fundar una idea sobre otra, según un determinado punto de vista, esa parte complicada de la narración. También eso de morir de pie –después de bajar de la nave–, con hidalguía de soldado, destruida su conciencia de marino, a la vez construyendo un

poquito de leyenda colgado de una viga del cielorraso de un hotel. Así tendría que escribir Fermín...

La multitud entusiasta y conmovida congregada en el puerto de la ciudad vio cuando el acorazado, seguido en su estela por el mercante Tacoma –también alemán– avanzaba por el estrecho canal y detenía sus máquinas a unas cinco millas de la costa. La gente distinguió a la distancia a varios remolcadores que desembarcaban tripulantes y camillas, minutos antes de que las llamas surgieran alborotadas de aquel barco pirata confundiéndose con el crepúsculo. El escritor encontró una frase posible con la cual empezar el cuento. Eran exactamente las 19.55 de aquel inolvidable día de verano.

2

Las ganas del señor F. Fernández de romper con la tradición estaban asentadas en una actitud de indolencia más que devoción por la literatura. No tenía claro el principio pero tampoco el fin, le interesaba el medio del relato –si así puede decirse– fundamentando el valor de la anécdota. Tanto le hubiera dado por empezar un cuento con un infinitivo como con un gerundio –corriendo los riesgos–, pero escribir era la expresión de una búsqueda por intermedio de la cual descubría en cada palabra o en cada imagen una nueva tierra, y como descubridor no había mejor tierra que aquella que no se conoce. Su etapa de pianista en los bailes montevideanos no tenía por qué llegar a un drástico desenlace, pero a los treinta y pico de años, cuando se pretende ser un caminante de la noche, empezar otra marcha ilustra y alivia, decía pensando en su nuevo oficio lleno de pasos apenas andados. Los lugares a los cuales refería su nocturno deambular eran boliches de la Plaza de Cagancha, donde frecuentaba tertulias que no desahuciaban el encanto de la charla literaria y filosófica, sitios en cuya entraña se aspiraba a la gloria.

Los coloquios constituían para él una forma de monólogo, pues cada tema le disparaba secuencias por donde vagaba entre nubes de café *do Brasil* molido a la vista y aroma dulzón de habanos, mientras se debatía a su lado la cuadratura de varias circunferencias. Poco le importaba todo, no obstante su espíritu creativo lo obsesionaba, cada reunión a la que concurría le provocaba una suerte de delirio en forma de partitura en blanco –página, ahora– que le exigía dar origen a algo, aunque ese algo fuera difícil de comunicar.

Pero poco veía a su hija, no solo porque la madre de la niña intentaba por todos los medios alejarla de los signos de locura que –según ella– presentaba el padre, sino porque él sentía una gran ambivalencia hacia la criatura. El solo hecho de nombrarla la convertía en un rótulo al cual no le sería fácil corregir, modificar o tergiversar como a sus composiciones, por eso prefería dejar de lado los nombres que le fueran asignados por obligación y llamarla cuándo y cómo se le ocurriera en el momento.

Ahora, en medio de reflexiones y estruendos circundantes, el pianista recordó al torpedero "Uruguay", donde había iniciado una carrera naval que dejó por el camino cuando supo que los primeros años tendría que pulir diariamente los dos cañones Skoda albergados en la proa. No tenía idea de que en ese mismo momento, la nave de 1250 toneladas se desplazaba velozmente hacia la zona bélica para defender la neutralidad del país en la guerra mundial número dos. Allí nomás se cruzaban los disparos de otras naciones acertando en puntos nada imparciales.

FF escuchaba y escuchaba, había pequeñas brechas de silencio entre los tronidos igual que en cualquier tempestad, esta vez cargados de silencios mayores, por lo que la misma morada en la que estaba el pianista procuraba descubrir las diferencias auditivas exteriores para salir de dudas. Parecía estallar los cristales, oscilar las arañas de luces que pendían del techo, tintinear las copas y estremecer los cuadros de las paredes, en una apariencia que concluía en acciones visibles, tales como para decidir que por allí estaba pasando algo extraño y sombrío.

No era un hombre ilustrado en el sentido tradicional, Fermín F. tenía cierta incapacidad para expresar con método sus ideas, intentaba decir grandes cosas con pocas palabras cuando escribía –no meterse en brete–, pocas notas pero repetidas melodías cuando hacía música, y con unas y otras jugaba a rebato. A veces inventaba juegos alterando el orden de las frases, agregando prefijos o sufijos, variando letras de tamaño y lugar, para dar al significado un concepto particular, y su ironía podía fácilmente convertirse en

burla. Pero poco y nada puede medir el tamaño que una palabra ocupa en la historia de cada uno.

Alex, su amigo librero –al cual le decía "el Feo", a pesar de superarlo– lo había ayudado a alquilar una casa en la Ciudad Vieja, en las adyacencias de la costa, primero como encargado de la portería cuando cohabitaba con su segunda pareja, sin buenos resultados porque cuando era más necesaria la vigilancia F. salía a trabajar a las *boites*, donde aparentemente pasaba la noche, y una mujer no es para ningún propietario la mejor guardiana. Después de acordar un nuevo contrato con fecha límite al quedar solo, duró allí un poco a la deriva, por lo menos hasta este momento del alboroto. Su esposa se había hartado de ausencias, obsesiones, de la manera despótica que él tenía de tratar a las mujeres a quienes decía adorar, y se fue aliviada llevando consigo a la niña. A partir de allí, el señor dejó los recitales, se vio obligado a vender algunas pertenencias para subsistir, pero esto le permitió sumar más horas dentro de la vivienda.

Tampoco era un tipo agraciado, cierto desequilibrio facial sumado a una obesidad incipiente lo hacían parecer más a una fiera que a un ser humano, con todo el respeto que esto conlleva. Una fiera por su mirada desconfiada y su manera extraordinaria de ubicarse en la realidad. Eso sí, en sus relaciones íntimas podía superar ese perfil con una alocución profunda y una ternura infinita. Es lo que han dicho sus mujeres.

Ese día menos que nunca le interesaba el desastre que estaba ocurriendo un poco más lejos de su existencia, a pocas cuadras de su refugio, quería aprovechar la inclemencia del viento, el olor a pólvora, para aminorar la desgracia de abandonado con una narración urgente. Él no esperaba más que dejar plasmada su ansiedad creadora, conjurar a ese fantasma desconocido que lo perseguía y a quien no estaba seguro de desear conocer. El resultado no iba a depender de sí mismo sino de quienes él simulara ser, no la imagen falsa del espejo sino de todos los Fermines que surgieran antes de hundirse en la apariencia.

El aislamiento de este hombre se daba de cara con el entorno, el concurrido panorama de lo que estaba sucediendo: un barco incendiado en la bahía, embarcaciones por doquier, un gentío desbordando las angostas veredas alrededor, enfermeros en rápida evacuación de los heridos, la asistencia pública, policía y bomberos derrapando coches y sirenas por las calles empedradas de la ciudad. Ni siquiera había prendido la radio, por eso no estaba al tanto de lo que ocurría, pero imaginaba algo así como una hermosa catástrofe.

Su sordera hacia el mundo exterior era de las llamadas peores, la que escucha solo lo que se le antoja y a la inversa. Por ello, una vez filtrados estruendos y estampidas entornó las celosías, aproximó una pequeña mesa hacia una butaca desflecada por las uñas del gato y escribió en una libreta: *El anochecer llega con un elefante herido. Los alaridos confunden el aire, los oidores de la noche buscamos el significado del grito, los misterios callejeros que pasan raudos, como el vuelo de moscas felices…*

Una pulsión incontenible lo llevó a tachar algunas palabras, a cambiar otras, a escribir abreviaturas para no perder el hilo del pensamiento: ~~*El anochecer*~~. *La noche llega con un elefante herido.* ~~*Los alaridos*~~ *Su lamento confunde el aire, los oidores* ~~*de la noche*~~ *nocturnos* ~~*buscamos*~~ *(buscan el) significado del grito, los misterios* ~~*callejeros*~~ *que pasan raudos, como el vuelo de una MOSCA.* ~~*felices*~~, y estampó con la palma a un insecto díptero contra un tulipán azul del empapelado de la pared. "El mismo significado con menos palabras… La felicidad no está en las moscas sino en las alas, podría utilizar el adjetivo *feliz* junto a la palabra *vuelo* o dejarla posar por sí sola en el lugar de las incógnitas…", de esta manera dejó suspendida su reflexión con la firmeza del lápiz sobre una hoja pálida como un papel.

La conmoción del suceso cercano se convertía en un hecho histórico, mientras en Europa se instauraba el terror –un segundo histórico terror–, la iniciación de otro fin. La trampa tendida al Graf Spee en el Río de la Plata había sido eficaz y la simulación

del servicio secreto inglés había construido una corta pero efectiva victoria. Fermín descubrió que solo así podría engañar a los lectores, la forma por el contenido, el destello apenas de los faroles en medio de la húmeda neblina, un tronar ensordecedor de cañones rebotando en la clandestinidad de las palabras, un espectáculo singular del cual, ahora sí, fácilmente podría sacar partido.

II

1

Cuando descubrí que yo no era parecida a nadie, ni siquiera a mí misma, me dispuse comenzar un tratamiento psicoterapéutico, mucho antes de iniciar este paseo por las memorias. Necesitaba descender a las profundidades del inconsciente para atrapar los peces desconocidos que navegaban por mis mares inubicables. Ya vería después si los recuerdos se encargarían de pescarlos y darles el ambiente apropiado en el momento justo.

Desde el preescolar mi personalidad causaba alarma a las maestras y a muchos de los compañeros, digo a muchos y en género masculino porque los varones lo demostraban sin disimulo. Me rehuían y apartaban en sus juegos durante el recreo y tenía que conformarme con las aburridas rondas de las niñas o sentarme solitaria en las raíces del ombú del patio a pensar, como en una penitencia.

En una fiesta de fin de curso, una vez, me disfrazaron de pollito. Era una función de niños pequeños en la cual debía decir "pío pío" al asomar las gallinas. Allí conocí mi primer pánico, no hubo nadie capaz de hacerme subir al escenario y permanecí como pollo mojado entre el público, llorando a mares en brazos de mamá. Otra vez, una inspectora escolar preguntó cuál era nuestra estación del año preferida. Los alumnos iban respondiendo "verano", pensando tal vez en la playa o en las vacaciones, hasta que llegó mi turno: "invierno", dije en voz casi inaudible y se oyó diáfana una risa generalizada. A mí ciertamente me atraían los días invernales cuando al salir a la calle, curvada por el peso del pulóver

tejido por mi tía Aurora, exhalaba un vaho similar al humo sobre mis manos gélidas y silbaba una melodía aprendida en los programas musicales de radio Imparcial. El castañeteo de los dientes hacía trepidar el silbido con un arpegio igual al de los cardenales, tan bello que hacía desaparecer el frio por encanto, lo cual me llevaba a repetirlo una y otra vez en una suerte de solo instrumental. La asistencia a la escuela en esa estación disminuía, así que podía elegir el pupitre donde sentarme, dibujar con guantes, escribir "socorro" con el dedo en el vidrio empañado del ventanal, aprovechando la flexibilización de las normas. Cuando caía granizo miraba encantada cómo se diluían las piedras repicando en las baldosas del patio, y me entusiasmaba observar, bajo la protección generosa de un techo, la caída fatal del aguanieve sobre las plantas del jardín. No me cautivaba ni la arena de la playa en el verano, ni el sol, mucho menos las desafiantes olas del mar...

En una fiesta de aniversario sujeté tan fuerte un vaso por temor a su caída, que el vidrio estalló entre mis dedos con el consiguiente sobresalto público, y en un festival rechacé, ante el asombro de los demás niños, un trozo de torta de chocolate por su ridículo decorado. Prefería ir al cementerio con mi madre antes que jugar a las estatuas en la plaza, o ir a pescar a la escollera con mi padre en lugar de pasear en bicicleta con mis amigas. Así podría continuar la crónica de mis aventuras infantiles plagada de rebeldías, unas por miedo, otras por temeridad. Tal como yo era, tímida pero lúcida, habituada a participar a regañadientes y a decidir a veces a mi pesar los cruces y las cruces que la vida me iba imponiendo.

Pero mi infancia no estuvo siempre fuera de lugar, aprendí a dibujar caricaturas y desnudos, a fumar barba de choclo a escondidas y a cuidar de mis animalitos: gatos, gallinas, perros, cuises... y una tortuga que logró fugar a un arroyo próximo un día de tormenta. Los gatos me despertaban una especial ternura. Aunque su pelo me irritaba la piel y me provocaba imparables estornudos, los

prefería a los perros desde que un mastín de raza entró sin permiso por el corredor de mi casa y asesinó a un gatito silvestre que criábamos como a un bebé. Aquel fue uno de los primeros abusos de poder con que me vería lidiar.

Estos seres queridos tenían un nombre propio, entre ellos varios gatos, dos con el mismo apellido aunque de sangres diferentes: Merlín, el más pequeño y somnoliento y los otros Chopin y Bizet Matou, ambos de gran tamaño, el perro Jaime Kent, casi un súper héroe, un canario Sofía Pi, un gallo y gallina enanos a los cuales llamaba Los Blancanieves, aunque uno solo era blanco. Ellos no siempre respondían a los nombretes impuestos por mí sin su consentimiento, por lo cual opté por llamarlos según su denominación genérica o sonido onomatopéyico: gato gato, guauguau, clocló... aunque tampoco contestaran. En las visitas a la quinta de mis abuelos, en San José, se ampliaba mi reino: una vaca Rosita, un corderito Negro y una vieja yegua Dulcinea, a la cual mi papá montaba por lástima. A Núñez, el apellido ganadero de la vaca, le narraba historietas de suspenso que leía en revistas intercambiadas con mis amigos del barrio. Fue ella quien me despertó el deseo de contar cuentos pues me escuchaba con un interés que nunca más encontré. Y me erigí dueña de un ciruelo blanco y un limonero a quienes confiaba mis dudas por las tardes, después de tomar el café con leche a la llegada del colegio. Estos árboles no tenían nombre, pero sobre la más firme de sus ramas dejé caer más de una lágrima de muchacha incomprendida.

No obstante, solía sobrellevar dignamente mis temores hasta disimular las emociones frente a los demás por más significativas que estas fueran. El llanto no debía surgir nunca pues era una demostración demasiado obvia, la risa, en cambio, podía asomar sin estridencias, siempre y cuando diera lugar a una sensación incierta acerca de su origen o finalidad. Se presentarían nuevos episodios a lo largo de los años y sería ineludible crear seres sensatos para enfrentar distintos escenarios.

No me agradaba ir a la escuela, lo confieso, solo me complacían la lectura de fábulas en el aula porque imitaba fiel las voces de los animales, los hallazgos casuales en los giros del globo terráqueo, como si viajara de país en país sin horario de trenes o aeropuertos, la contemplación de las constelaciones en los cielos del atlas y eventualmente los eclipses en la intemperie de la azotea. Pero las operaciones aritméticas, los dictados imperativos, en particular los deberes domiciliarios, eran un suplicio obligado, como la palabra lo indica, y más de una vez simulé estar enferma para faltar a clase por no cumplirlos. Tal vez esta característica no me muestre diferente a los demás niños, sin embargo, la incluyo en este bosquejo porque en esa actitud ya asomaba mi estilo histriónico.

No considerarme parecida a nadie podía ser parte de esa afectación. El artificio tenía una rutina que no pasaba necesariamente por la originalidad. Desde que había aprendido a leer no perdía de vista los carteles de propaganda y publicidad, afiches, pizarrones de quioscos, menús, avisos del transporte, programas de cine, pedidos de almacén, alertas viales, envoltorios de caramelos, anotaciones escritas con cualquier tipo de letra, y los leía en voz alta, casi a gritos, asegurándome de ser escuchada por gente a mi alrededor: familiares, amigos, pasajeros de ómnibus, transeúntes... Y este espectáculo se veía más espectacular debido a mi manera de repetir las sílabas al final de cada frase, lo que en realidad era un síntoma de tartamudez invertida que, con el uso frecuente de trabalenguas, fui controlando. A veces recibía aplausos que me subían colores a la cara, pero me daban cierto orgullo.

Leía con dosis de fanatismo cuanto folletín o folletón, cartas, guía telefónica, libro, revista grande o pequeña, fragmento de texto o inscripción que viera estampados en mi cercanía, por lo cual mis tíos, al verme entre tan diversa parafernalia, expresaban en tono de reproche: “no leas tanto, nena, te va a sufrir la cabeza, estás lastimando las vistas y la mente”, sumado al “pobrecita”, empleado toda vez que se referían a las niñas. La lectura podría secar o que-

mar mis sesos, alterar los surcos del cerebro, revolver la razón, temían quizás, pero no imaginaban cuánto de ese fervor comenzaba a fluir para formar parte de esta pequeña historia. Una tormenta de palabras concentradas que al desatarse producían relámpagos en mi cabeza, como un rayo vital o fuegos nada fatuos. A mis padres no les molestaba porque me trataban como a una extensión o agregado de sus vidas. Para mamá, quien apenas sabía leer y escribir, yo era algo de lo que ella había soñado ser, para mi padre una posibilidad de que él continuara siendo.

Yo me sentía un ave rara en mi figura delgadísima, mis pies planos, mi cerquillo sin gracia, mis dedos pequeños con uñas desgastadas, mordidas con avidez hasta las yemas, sin otra personalidad más que mi propia extrañeza, pero a mí no me disgustaba ese sentimiento, aunque no fuera del todo cierto, porque tampoco me satisfacían los modelos de mi entorno y la extravagancia tenía un toque genial. En tanto, podía subir sin permiso a los árboles con la rapidez de un chimpancé, acostarme sobre el piso a espiar la ruta de las hormigas, tirar ciruelas al blanco de la pared del vecino o jugar al Llanero solitario montada en una rubia escoba.

Las escenas fueron variando de acuerdo con circunstancias y edades. Era yo quien no siempre aparecía en cada actuación, o no me daba cuenta, porque la rareza implicaba no saber definir quién estaba detrás de las formas, sobre todo decidir si esa definición era imprescindible.

Ya en el liceo deseé usar lentes pues me había impresionado el personaje de una novela que, dotado de unos anteojos de vidrio de botella, leía las palabras de atrás hacia adelante con velocidad lauchesca y resolvía de inmediato los jeroglíficos más complicados. Con la intención de parecerme a él simulé tener dificultades de visión y en el consultorio del oculista indiqué letras equivocadas para transformarme en “La niña de los lentes”, a la cual la historia convirtió en “La Ciega”. Tanto que hasta hoy me persigue una hipermetropía con tendencia estrábica, descuidada en aquel

tiempo. Otra vez fui apodada “La chica de los zapatos”, cuando concurrí a mi clase de la mañana calzada con un zapato de un color y otro de otro, pero esa fue una de mis torpes distracciones que, inconsciente o no, daban pie para distinguirme. Varios trucos más me servirían para ejercitar personalidades: una sagaz comerciante al cambiar figuritas por vueltas en la bicicleta de mis vecinos, una química cuando mezclaba pétalos de rosas en alcohol para elaborar perfumes, una pintora dibujando en papel garbanzo las ruinas del muelle en la rambla de Capurro, una hortelana plantando semillas de tomates en el fondo de la casa de mis abuelos, y todo lo que me inspirara de repente y fuera indispensable al estado de la creación. Cada oficio o personaje se complementaba con la vestimenta correspondiente, por lo menos similar en aquel entonces, para lo cual recurría a mis tías, mis primos, hasta los guardarropas de todo el vecindario. En carnaval aprovechaba las fiestas de “asaltos” a las casas vacías del barrio para disfrazarme de cualquier cosa y creérmelo.

Insólito podía resultar cuando de jovencita vestía ropas de mi madre y asustaba a mis primos pequeños haciéndome pasar por bruja. Digo insólito pues lograba ser irreconocible, en una transformación tal que me tornaba en un elemento de disuasión para las travesuras del grupo de chiquilines. Bastaba que los adultos dijeran “si te portás mal llamo a la bruja Margara”, para que se cumplieran sus órdenes al pie de la letra. Había logrado gran movilidad entre los distintos roles, igual a esos transformistas que entran y salen de escena con prendas distintas en cuestión de segundos. Sin embargo, no solo el cambio de fisonomía llamaba la atención de mi conducta sino la actitud, una especie de metamorfosis compulsiva.

La psicoterapia me fue ayudando año a año a ordenar mi identidad en lucha a muerte con la terapeuta, así pude saber que si miraba al espejo y encontraba la imagen de otra persona no padecía un delirio, ni cuando me visualizaba con barba y bigotes o veía una sofisticada modelo de labios pintados, y pude entender que

cada vez vería menos personajes y lograría reconocer algún día mi rostro en espejos propios. A la larga asumí haber nacido en una mañana apacible, un año donde la guerra de Corea se desencadenaba por intereses ajenos, como otras guerras después, y más allá de ese hecho nada trascendente había sucedido. Aprendí a ser lo que tenía que ser en el minuto preciso, a ser lo que esperaban de mí, una y otra distinta e indistinta, según, pues la conciencia de mí misma estaba llena de otros.

2

"No hay nada seguro", decía mamá, lo decía con una legitimidad inexistente, con la certeza de la seguridad. Mi vacilación, me he dado cuenta, no es por insegura, cada uno de mis papeles reconoce que no hay nada más lejos de lo que represento y que el ser verdadero, si es que existe, aparece cuando nadie lo espera. Ni siquiera yo. La inseguridad se me da por añadidura, en la medida en que el piso del planeta tiene su propio vaivén.

Eso sí, en mis recuerdos, o como se llamen los asuntos ya vividos, siguen existiendo objetos fijos que forman parte de los seres que me habitan, cosas que poseen la certeza de ser con las incertidumbres de las personas a lo largo de sus vidas. Una mezcla de materia e imaginación sin definir, como los sueños, por ejemplo una bitácora perteneciente a mi abuelo materno con dibujos en clave reiterados uno tras otro con mínimas modificaciones, como los test de inteligencia que se completan con ejercicios cada vez más difíciles. Ese objeto, una especie de breviario personalísimo de sus incursiones a orillas del río, para mí en los márgenes de la Tierra, fue mi cómplice para olvidar recuerdos que no deseaba recordar. Concentrarme en esos símbolos y tratar de descifrarlos era una aventura en la cual podía convertirme en sabio, en una elegante espía, un pirata o en una señorita capaz de escudriñar el alma de los otros detrás de un cortinado. A la distancia creo que no fue solo un diario de campaña de mi abuelo, me serviría después para desarrollar mis dotes de investigadora y desentrañar la punta de algunas intrigas en las que se puede caer sin remedio.

Este abuelo mío fue guardacostas durante gran cantidad de años en playas del suroeste uruguayo, dependiente del Resguardo

Marítimo, junto con mi abuela cuidadores de la estancia Buena Ventura de la Primera Sección de San José donde residían con sus numerosos hijos e hijas. Mi abuelo acostumbraba presumir que fue el primero en cruzar el puente sobre el río Santa Lucía cuando aún no estaba abierto al tránsito, en busca de un médico para un niño que rescatara de las aguas casi ahogado, aunque no queda ningún testigo para corroborarlo. Pero yo le creo. Cuento esto no por ese ingenuo alarde suyo de pionero, sino porque el interés por los demás no solo es otro de mis tendenciosos perfiles, parece ser heredado, sobre todo esa pretensión de voluntario sacrificio.

El abuelo Rafael rescataba piezas diversas de la playa, no solo niños, no era malacólogo porque en ese momento a nadie se le ocurría hacer una ciencia de la recolección de caracoles, juntaba finas caparazones de moluscos marinos y tenía varias cajas con la malacofauna de la Playa Pascual. Tengo presente, aunque no sé dónde están, cuatro enormes caracoles nacarados que mamá colocaba entre las plantas como una ofrenda a la tumba de una playa perdida en sus primeras andanzas. Abuelo me había enseñado a escuchar en el interior de aquellos el sonido de las olas y me había convencido de que todo el mar estaba allí dentro. Y también recogía botellas exóticas, de colores brillantes, que parecían morada de genios o de mensajes que se hubiera tragado el delta.

Como decía, hay cosas pertenecientes al reino de los objetos aunque estos no sean exactamente eso, imágenes con formas precisas ubicadas en otra dimensión, de ahí las confusiones entre ver y creer, en ocasiones enredadas en ver para creer. Repaso la explicación de mi abuela Angélica acerca de las comidas que preparaba a los dueños de la estancia, las veintenas de huevos que batía con dos tenedores, los incontables frascos de conservas y licores, las ollas imponentes donde cocinaba para cien invitados que no eran de ella… No sabré si algo de los sobrantes de esos almuerzos degustarían mis abuelos y mis tíos en su rancho de humildes servidores, pero no había una sola protesta en las anécdotas sino

orgullo. Pienso en la pila de cartas escritas en tinta azul llegadas desde la otra orilla donde estaba colocada la mayor de las hijas, las imagino pasando de mano en mano cuando una palabra se hacía ilegible, la revelación de la nostalgia que contenían, y vuelvo a experimentar aquel olor a mar dulce que acunó a mi madre y sus grandísimas ganas de conocer todo, "no pecar de ignorancia", decía ella, ignorante del acto de pecar.

Es una alucinación perfecta, no sé cuánto hay de mamá y cuánto de mí en ese lugar que no llegué a conocer, con el aroma de los pinos y la escuela por correspondencia. Suelo soñar que entro por puertas fantásticas al gallinero y lo hallo vacío, como si los huevos hubieran desaparecido y las gallinas fueran muriendo igual que en un fin del mundo. Mi madre era una mujer buena, pero no pudo llegar a ser ella misma porque ninguno de sus deseos se cumplió y estaba llena de recuerdos que no eran suyos.

Por el lado de papá, mi abuelo Nicolás tenía una gran diferencia de años con abuelita, una india morocha de manos grandes. India no estoy segura, descendiente de indígenas, decían, por las características dictadas por las maestras acerca de las etnias residentes en estas tierras, aunque es difícil afirmarlo tan rotundamente como ellas. Recuerdo la sorpresa recibida cuando me dijeron que al enviudar se dedicó a lavar ropa ajena para mantener a sus hijos. Creí que por fregar y refregar continuamente le habían ido creciendo las manos, como a una masa que se estira con un palote hasta llegar a esas enormes que me estremecía mirar. A diferencia de las de mi abuela materna estas solo me prodigaban caricias. A mi abuela paterna, Beatriz, maragata o josefina, a quien llamaban la Tata, nunca me sentí capaz de representarla, al contemplar mis manos blancas y pequeñas la percibí distinta, ella tenía las manos de una gran mujer.

El abuelo Nicola como le decían, Don Nicola después, fue un personaje admirado entre otras cosas por el misterio que lo rodeaba, nunca supimos si era Gentili, Di Paula o Expósito su apellido.

Aparecen indistintamente en los documentos, a veces un solo apellido unido al nombre de pila, otras agregado como si fuera el segundo, unas veces Gentili aparece con doble ele a continuación, o De Paula en lugar de Di, escrito antes, como si fuera el primero, o sin espacio entre las dos palabras, con mayúsculas cada una, o el *de* en minúscula, o todo junto. Estas diferencias eran múltiples, pues en aquella época los registros se realizaban a mano alzada con los consiguientes errores en los cambios sucesivos de quienes los transcribían, mientras alentaban la ilusión de descifrar correctamente cada letra.

Todos los intentos por encontrar su partida de nacimiento fueron en vano, lo mismo la bautismal. Los caminos, no obstante, conducían a Italia, no precisamente a Roma sino a un pueblito del norte, de allí surgió que era hijo natural de un aristócrata italiano y una de sus empleadas. Su llegada a estas tierras se habría producido cuando unos monjes católicos del asilo donde fue criado viajaron a Sudamérica, a fines de siglo, llevando consigo a niños y adolescentes con capacidad de sobrevivir, lejos de un probable destino en la profundidad de las minas de azufre. Mi abuelo sabía pintar, leer, así como esgrimir con elegancia la pluma. Más tarde aprendió el oficio de peluquero, pero su vocación ya era cambiar el mundo.

Mi madre, primogénita de Rafael y Angélica, se dedicaba a coser para afuera, trabajaba en casa y lo hizo hasta su muerte, tan temprana como la de mi padre, aunque por motivos diferentes. La recuerdo inclinada sobre géneros de fibras y colores diversos, estirados en un bastidor circular, intentando enhebrar finísimas agujas con las que lograba una trama delicada, como si estuviera escribiendo sobre una página o una partitura una obra maestra. No solo cosía sino también bordaba a mano y a máquina de coser, tenía encargos de familias pudientes, quienes acostumbraban usar sábanas, manteles y toallas blancas bordadas en granité, filtiré y otras palabras agudas que no recuerdo, incluyendo monogramas

con las iniciales entrelazadas de los apellidos matrimoniales. Era una tarea que también realizaban mis tías, por lo que se había convertido en una actividad parecida a una cooperativa familiar, intercambiando clientela de acuerdo con la cifra de pesos faltantes a cada familia a fines de mes. Gracias a esta labor mamá pudo hacerse cargo de gastos imprescindibles cuando papá estuvo enfermo por largos períodos.

Con mi padre descubrí la afición por la política, él asistía a asambleas sindicales, clubes partidarios, repartía listas en las campañas electorales, pegaba carteles con engrudo en las paredes por las noches y defendía exaltado sus opiniones. Muchas veces, durante mi niñez, lo acompañé en incursiones correligionarias a los comités y lo ayudaba a despegar propaganda política que los opositores fijaban en vidrieras. Fue entonces cuando entendí que las ideas eran una especie de pájaros que nunca se acercaban al suelo, a veces se detenían y yo deseaba tocar su plumaje, pero volaban y no era posible llegar hasta ellos, más veloces que cualquier intento humano. Si bien yo no sabía bien de qué se trataba todo aquello, sé cuánto complacía a mi padre que alguien continuara procurando alcanzar esas aves, no para enjaularlas sino para conocer sus planes de vuelo y aprender de ellas.

En todas las mujeres de mi familia la sumisión fue una virtud reconocida en su época, cumplían casi a la perfección los roles asignados: buena esposa, madre sacrificada, abuelas piadosas, hermanas, primas, tías ejemplares, pero nunca supe si llegaron a ser felices.

III

1

El misterio que rodeaba el nacimiento de Nicola cayó sobre la familia como si fuera un reproche. No solo por lo que pudiera representar el desconocimiento de las raíces y sus ramificaciones, sino porque las líneas de parentesco quedaban truncas en un ángulo y la ausencia de pasado contribuía a desarrollar las más nutridas especulaciones.

Las partidas de nacimiento que –según las pesquisas– habían desaparecido durante las guerras europeas que profanaban iglesias, se veían ahora impedidas de inscribir y perpetuar los apellidos de las nuevas generaciones. De ahí que cuando su hijo menor se enteró que su apellido no era Gentili como siempre había creído, y que nadie podía asegurarle cuál era el verdadero, cayó en una depresión que lo llevó a entrar en las soledades del alcohol. Esa fue, por lo menos, una de las causas conocidas.

La familia había considerado posible el arribo del hombre a la Argentina alrededor de 1895 –quizás antes– de donde se trasladaría a Colonia del Sacramento, frente al puerto de Buenos Aires. En ese paraje se estableció un grupo numeroso de italianos –oriundos de diversos lugares– en momentos de una diáspora hacia ambas márgenes del Río de la Plata, huyendo de las penurias en las cuales había caído el pueblo itálico por la fragmentación del Estado. Que Giuseppe Garibaldi hubiera pasado por ese punto en su lucha revolucionaria aparecía como una buena razón para tal asentamiento. Allí se quedó Nicola hasta morir.

La ilustración de Nicolás –presumiblemente Gentili– destacaba en aquel lugar donde el número de habitantes todavía permitía el

conocimiento mutuo y pequeños espacios de libertad. En los primeros años –por lo que cuentan– realizó trabajos relacionados con la escritura y las artes gráficas. Personas analfabetas recurrían a él para que les redactara sus cartas, avisos clasificados, letreros, invitaciones, noticias de nacimientos, defunciones o bodas, y hasta formularios requeridos por el Estado para trámites a seguir en la capital. Colaboraba además en la redacción de periódicos locales y dibujaba viñetas con objetivos políticos, pero esto fue parte de su compromiso con la causa de los oprimidos. Eso sí, hay huecos de información en cortos períodos en los cuales no se supo cómo subsistía, tanto él como su familia. Lo claro –al examinar el conjunto de sus papeles– es que escribía poemas y reproducía cartas de amor dirigidas a cuanta mujer aparecía por esos lares. Una letra redonda en un estilo caligráfico impecable permitían suponer que había aprendido y ejercitado –tal vez en el convento donde había sido acogido– una escritura pulida, dibujada con esmero, aun cuando las faltas de ortografía centelleaban como horrores involuntarios de sus escritos.

Expósito parecía un apellido incontrastable con su origen, aunque algunos países habían legislado para no inscribir a los hijos mal llamados naturales con una palabra peor que los condenaría a otro abandono, entonces eterno. Por ello, Nicolás Expósito –o Sposito– era el nombre menos creíble, o el menos aceptado. Entre Gentili y Di Paula había un criterio caprichoso por las contradicciones provinciales de su origen itálico y porque cualquiera de ellos por distintas razones podía ser posible. Como ya se ha dicho, su procedencia era una incógnita, así que rastrear por el lado de cada uno de los apellidos podía convertirse en un infructuoso entretenimiento. Todo conducía a creer –por falta de pruebas– que nadie más que el mismo Nicola había sido el inventor de su apellido para tener una existencia real y no quedar innominado. Al margen de otros motivos presentes en esta maraña que no siempre se llegan a conocer o a reconocer.

Las versiones de sus hijas acerca de este señor son tan imprecisas como él mismo. La mayor, Aurora, quien podría tener más claridad

en los recuerdos, dice que no fue un buen padre, desaparecía a menudo, a veces por varios días, mientras Beatriz enfrentaba sola las obligaciones cotidianas con entereza de mujer–esposa bien plantada, con algo de resentimiento. Esto último lo desmiente Alba, la segunda, por quien este hombre demostraba preferencias. El hijo menor no tiene recuerdos pues tenía pocos años cuando el italiano murió. Pero todos aceptan el apellido Gentili como propio, con la salvedad dubitativa del más chico. Es más, cuando Nicolás instaló su peluquería, al frente del local lucía un cartel en bellas letras: "*Peluquería Gentili*", y dentro de una carpeta suya se encontró una copia reducida de ese letrero, en cartón fino, en la cual agrega: Deposite en la alcancía su aporte para la causa de los trabajadores...

En la misma peluquería guardaba una máquina de escribir Fox, a dos tintas, y un casero bastidor de serigrafía con el cual imprimía volantes, panfletos y programas de actividades benéficas organizadas por el grupo político que integraba. Los pueblerinos contaban que lo iba a buscar la policía –con frecuencia– por intervenir en manifestaciones no autorizadas y apoyar huelgas de obreros de las fábricas de la zona, y en ocasiones era detenido por aquello que el comisario llamaba escándalo público. Su esposa lo acompañaba a los actos, cocinaba empanadas para eventos, le llevaba una vianda con la comida caliente cuando lo metían preso y se destacó una foto –entre las favoritas– en la que ella se dirige a un grupo de gente en la plaza subida en un banquito.

Entreverados en un manojo de pliegos –en casa de sus hijos– se hallaron volantes impresos en papel de alto gramaje pertenecientes a Nicola: uno decía en letras caladas tipo Algerian: FUERA DUEÑOS DEL TRABAJO! y otro más sobrio: ARRIBA EL AMOR LIBRE. Todavía no se hablaba de *L'imagination au pouvoir,* pero esa consigna ya constituía el fundamento de la lucha que los anarquistas venían desarrollando en Europa y se extendía por América.

En ese entonces los matrimonios eclesiásticos significaban un gasto importante para quienes decidían contraer nupcias: *Por*

derecho Parroquial y actuación de Curia en toda la República: entre personas Blancas, Pesos 13.50; entre personas de color la mitad, y en el Registro Civil *por Casamiento Pesos 10.00,* decía la ley. No solo era una decisión difícil para todos sino algo cara para la época, lo que fue modificado y reducido cuando comenzaron a proliferar los concubinatos de personas de color blanco. Pero sí se casaron por civil –"nunca por iglesia", diría el viejo en una ocasión–, la partida de matrimonio, aun cuando se ponga en tela de juicio el apellido, existe, y Beatriz se casó con el italiano Gentili.

2

La apariencia de Nicola no es trascendente en la secuencia de esta narración, pero dicen que era delgado, bajito, con venas marcadas que se engrosaban en el cuello al enojarse. Importa sí precisar que no era un hombre violento, poseía una sonrisa tímida escondida tras una dentadura irregular y un bigote poblado y puntiagudo, más una seducción natural que no pasaba solo por el discurso. Agradable y armónico, nada tenía que ver con las ideas lombrosianas de la época. Caballeroso en demasía era capaz, sin embargo, de salir de sus cabales por discusiones en las que le iba la vida. Lo más extraño era el pelo motoso pero rubio y ojos celestes en un rostro tostado, otra pista para desentrañar el inicio de una vida que no supo tener fin.

Su hija Albita, como llamaron en confianza a quien estaba inscripta en el documento Flor del Alba –la menor de las mujeres–, contó que solía acompañar a su madre a la comisaría en visitas a Nicola, y una ocasión presenció cuando este, mediante una regla escondida en una calceta, calculó el pan en tres partes exactas para compartir los pedazos con dos compañeros de celda. Esto le dejó un recuerdo extraño, pues durante su vida ella fue una persona obsesiva, y la manía familiar por la perfección de alguna manera la heredó la nieta pequeña del viejo a través del oficio de correctora de textos, entre otras labores de su nutrido trajinar en pos de la supervivencia.

El anarquismo se extendía por territorio americano en aquellos tiempos y los sindicatos del Sur se agrupaban para acompañar reivindicaciones de todo tipo debido a las injusticias sociales existentes. En estos grupos comenzaron a intervenir mujeres asumiendo la lucha

por la emancipación e igualdad que les eran vedadas. Ellas crearon sociedades de resistencia en las cuales se congregaban lavanderas, planchadoras, tejedoras, que dieron lugar a asociaciones femeninas dentro del movimiento anarquista. La esposa de Nicola, Beatriz, no permanecía ajena a aquellas tendencias aunque ella en ese entonces no trabajaba, pero no queda claro cuánto había de su propia decisión al participar y cuánto de fidelidad a su marido. Eso sí, unos años antes de morir, sus familiares cercanos la escucharon decir con firmeza: "he sentido amor sin límites a lo largo de mi existencia y la infame sociedad puso ante mi noble deseo una valla".

La guerra contra la barbarie había empezado con el siglo y todas las desobediencias a los poderes constituidos se consideraban propias de salvajes. Los desenfrenos debían ser controlados y castigados por quienes ejercían el poder, así que Nicola para la gente del pueblo fue un subversivo –peor aún, un transgresor–. Alguien difícil de fiar, aun cuando la relación con los pueblerinos era fluidamente cordial. Y Beatriz, dentro de las características femeninas, no era lo que se dice una Hija de María, al crecer se apartaba de la idea de mujer a la sombra de un hombre que tal consideración acreditaba. Por lo tanto, nada más lejos de pensar que tuvieron una vida fácil. El pueblo chico tenía su infierno.

Los anarcosindicalistas se diseminaban por los países del Sur igual a pólvora sin humo, la región tendía sus primeros puentes con un amplio espectro de idealismo. Por un lado, Don Nicola aprobaba críticamente las expropiaciones –recuperaciones de bienes se las llamaba– pero no las ejecutaba, se consideraba cercano a los doctrinarios que hacían primar la reflexión sobre la acción y conceptos como el arte, los valores éticos y estéticos eran fundamentales en su pensamiento. En esos años surgían revistas, periódicos, plegables donde obreros e intelectuales afirmaban ideas contrarias a toda forma de poder, reivindicaban consignas audaces, algunas de las cuales con el correr del nuevo siglo dejarían de serlo para convertirse en conquistas. Nicola asentaba en esta prensa el amor al arte como libertad creadora y expresión de vida. El compromiso del

artista *no es el de un ser solitario oculto en una biblioteca, sino el de un ser colectivo pintando en plazas, caminos y mercados,* escribía en una de sus "Reflexiones Apasionadas", unas páginas desteñidas halladas con su firma casi ilegible, todo en mayúsculas, y en la primera línea *por GENTILI NICOLAS.*

Además de esas páginas reflexivas hasta la pasión se encontraron carillas con poesías: *Agüita mía... si vuelves al* remanzo *de la fuente pura...* muzgo *y cieno hallarás de mí...* Y con el título "Versos In Fraganti" decía: *Un mundo Nuevo se acerca.../un mundo de* union *e Idea (...) un mundo Libre para Soñar sin rejas/como el pájaro que vuela... a su Morada* insierta *(…)* Parecía un poema largo pero no se pudo descifrar totalmente dado que la tinta debió ser salpicada por gotas de lluvia y mostraba completas solo algunas estrofas con letras desvanecidas –casi un rompecabezas–, amén de los reiterados puntos en suspenso y las manchas marrones de los pasos cotidianos del almanaque. Lo seguro es que era un texto de su autoría porque la firma al pie era clara: *N. G. DI PAULA*, de las pocas veces que aparecía con un supuesto segundo apellido. Y cuando lo llamaron Don dicen que no pudo resistirse al significado "De Origen Noble", aunque la intención tradicional de ese tratamiento era derivarlo de un *dominus,* "dueño y señor de su casa y de su familia".

Aparte de estas condiciones artísticas, se supo una vez –lo dijo un vecino de entonces– que en la trastienda de la peluquería de Don Nicola existía una *chaise longue* sobre la cual el intrépido peluquero daba rienda a su lujuria con algunas damas de la vecindad y más de una vez fue sorprendido por maridos traicionados y recibido su merecido. No se sabe si esto es verdad o es el fruto de falsos rumores que pueden llevar a la tragedia.

IV

1

Decir la verdad no era prioritario para Fermín Fernández en ningún plano de la vida, menos en la creación, por ello la apariencia de lo verdadero –con posibilidad de ser creído– sí ocupaba el lugar uno. Para lograr esto utilizaba cualquier herramienta, a veces con escasas contemplaciones: podía llegar a plagiar, multiplicaba repetidamente el motivo musical hasta alterar las percepciones, usaba un seudónimo para firmar y lo variaba para confundir, camuflaba sus ideas autoritarias bajo un manto de persuasión.

El "músico que escribe" amaba la extravagancia del compositor Satie, porque cuando trabajaba de pianista muchas veces se consideraba el intérprete de una música de mobiliario. Mientras él armaba piezas remachando un patrón musical, el público –ajeno a la ejecución– conversaba sin miramientos. Nadie mejor que él para sentirse un objeto invisible, por eso "el escritor músico" se parecía a un doble de sí mismo.

El juego con los tiempos de la escritura le era útil, alternaba entre presente, futuro o pasado con rapidez de zorro –igual con los personajes– porque su estilo implicaba una forma de pensar: todo se movía en un círculo como una ardilla en su rueda, y en su punto de vista estaba el lugar desde donde tenía excelente perspectiva para ver los hechos sucedidos, ocurriendo o a punto de acontecer. Mejor dicho, un instante –como este– dando vueltas alrededor de un eje donde todo parecía detenido sin estarlo. Y daba resultado porque, a pesar de sus dificultades para escribir de un tirón, era un animal creativo y en su brega no le importaba engañar o definitivamente destruir al lector.

La peor verdad sobre su carácter había sido la de su primera mujer cuando lo llamó torturador antes de mandarlo a pasear. En este caso ella no se había hastiado como la madre de su hija, simplemente procuró salvarse de las heridas de una relación insana en la cual su inteligencia estaba al servicio de un hombre que la menospreciaba. Por lo que dicen había sido un vínculo de sometimiento, a tal punto que aún hoy mantenían una relación epistolar dependiente. Él acostumbraba bautizarla con sobrenombres, diminutivos o apreciaciones calificativas que por su doble significado podrían llegar a ser humillantes: "Vieja", "Cara" –entre lo menos tortuoso–, lo que a la larga la había hecho sentir en medio de la informalidad, insegura de ser ella o perdida para él en un mar de palabras que pretendían nombrarla. F. había estado a favor del voto de las mujeres el año anterior, solo porque favorecía al número de electores no porque lo considerara un derecho, aunque el hombre no podía dejar de sentir admiración –en realidad, lástima– por un género hermoso y primitivo a la vez.

Era un arbitrario del sentimiento, allende todo estaba su espacio, una zona en la cual intervenía sin concesiones altruistas y una considerable exposición de arrogancia. Ni la gente corriendo, ni los clamores, ni los desenlaces que acontecían fuera de sí mismo –ahora a pocos metros de su domicilio en una infortunada guerra naval– le causaban una sensación compasiva, siquiera un estremecimiento, esta o este estaban destinados únicamente a su obra, lamentablemente para él perecedera: *Nada es para siempre, ni los monstruos, ni los placeres, los cañones explotan el sentido del texto y ya no depende de mí lo que escribo, se pierde en una idea letal,* escribió de repente ante el sonido de otro cañonazo en la bahía. Una coraza estaba por caer para siempre en la profundidad del mar, dejando al aire –para la posteridad– los restos de la batalla en un lejano lugar al sur del planeta.

En España –meses atrás– se habían quemado centenas de libros de la Universidad de Madrid en la plaza pública, corolario de una guerra civil en la cual la República fuera derrocada

para instaurar una cruel dictadura. Artistas e intelectuales de la oposición fueron asesinados u obligados a exiliarse ante la congoja de buena parte del mundo. Fernández no se enteró, tal vez no había leído ninguna obra escrita por los fusilados o perseguidos de ese país, tampoco los titulares catástrofe de los diarios donde esos hechos se denunciaban por miles. Eso lo hizo saber él mismo cuando días antes en una reunión, en el Café del Parque Rodó, los parroquianos hablaron de los poetas españoles Lorca y Alberti a quienes él no había oído nombrar. El librero Alex le relató los sucesos con tristeza pues él sí conocía a los escritores cuando años antes habían visitado Uruguay, y estos episodios permanecían vivos en la conciencia de los intelectuales uruguayos.

Esa indiferencia hacia el mundo exterior la tenía FF hacia su propia vida, notoria en los pormenores externos: higiene, trabajo, vivienda… y no hubiera podido subsistir hasta ahora sin el auxilio generoso de alguien. Hasta sus efímeros empleos habían sido obtenidos por la intervención solidaria de amigos y se mantenía gracias a préstamos y mínimos recursos económicos. Eso sí, sus creaciones, mejor dicho sus "destrucciones creativas" –como las llamaba– eran para él lo más constructivo de su mundo interior, lejos de heterónimos y seudónimos profusamente usados en sus trabajos musicales y literarios.

Nada es para siempre, ni los monstruos, ni los ~~placeres~~ (secretos), los cañones explotan el sentido del texto, y ~~ya no depende de mí lo que escribo,~~ se pierde en una idea ~~letal~~, corrigió lentamente mediante prolijas tachaduras. Agregó al final: ***Simple como una bala.***

En tanto un barco alemán se hundía rápidamente muy cerca de allí, un gemelo con otro nombre –obra maestra de la ingeniería naval alemana– cambiaría el mástil torre por un mástil trípode y un puente en forma de tubo para mantener el Admiral en acción al margen de esta derrota.

El último concurso literario al que se había presentado por insistencia de contertulios –un premio convocado desde París–, no había

tenido final gratificante. Su ex mujer se ocupó de armar la encomienda con los originales, las copias a carbónico, despacharlo por el correo con el tiempo suficiente, así como después había sido la encargada de comunicarle su ausencia en la lista de premiados. A él –indicaba Fermín Fernández a quien le preguntara– no le interesaban los galardones. Solía decir que solo el cuento es pura fama, por lo que no volvería a perder minutos en floras, sería fiel al pedido del texto no al de casuales amistades, ese tendría mejor consecuencia.

Fumó ávidamente el resto de tabaco Vuelta Abajo tragando el humo del último cigarrillo armado de la noche, lanzó una bocanada casi sin aire, vació el colmado cenicero y buscó un libro entre una pequeña columna levantada junto al lecho. Hacía mucho calor, un día denso, pegajoso, digno de un naufragio. "Simple como una bala" –repitió afónico– y se dispuso a ojear unos párrafos antes de acostarse. Había estado ajetreada la jornada con tantos ecos, resonancias que lo dispersaban de su centro. "Para ser un buen músico hay que ser ciego y para ser buen escritor, sordo", concluyó.

2

Los años habían pasado en forma lineal, no como a Fermín se le ocurriera o deseara que podrían transcurrir. Ahora no era tan verdadero como ayer, porque los escritores sobrantes –aquellos ignorados por la crítica– solo tenían que mostrar una intención respetable, atenta a los consejos de los consagrados y a tratos con editores fáciles, no la soberbia de los ignorantes que lo habían acercado a cenáculos aspirantes a movimientos literarios. Sabía que no sabía pero tenía que saber cómo demostrar saber. Eso era más importante en las letras que en la música y así lo haría.

Se iniciaba otra década, nacía un nuevo gobierno en el país, estallaban confrontaciones distintas a aquellas ocurridas diez o más años atrás en el río ancho. Ahora eran subrepticias injerencias extranjeras, conflictos en los dos partidos tradicionales y sobre el mundo esta vez sobrevolaba el peligro de una tercera gran guerra. La segunda había dejado profundos huecos que se iban llenando de olvido. Como si la experiencia del horror no fuera más que una escena perpetua de errores y fuera imprescindible contar y contar los sucesos una y otra vez, repetir y repetir recuerdos para evitar nuevos y dolorosos vacíos. Solo quienes conservaban en los oídos el estruendo de las puertas clausuradas, las marcas a fuego del odio y los gritos desesperados en un reguero de metralla, hablaban de ello y oían las noticias de la radio con idéntico espanto.

Al señor Fernández seguía sin interesarle el universo, el planeta, el continente, el país, la ciudad, el pequeño sitial donde sobrevivía. Si fuera por él ya se hubiera marchado a cualquier parte con un lápiz Faber Nº2, una goma de borrar y muchas hojas en blanco. Aun, si pudiera, cargaría sobre los hombros de alguno un

piano para defenderse del hambre en noches de bohemia. La improvisación del jazz podía servirle –se animaba Fermín sin mucha firmeza–, crear por crear dejándose llevar por el entrenamiento. Eso sí, llevaría suficientes monedas para liberar los giros bancarios que sus allegados le enviaran periódicamente.

Nunca aclaraba sus pensamientos –la clave está en el cómo, decía, no en el qué–, meta y plan de vuelo en indudable contradicción: la pluma lo llevaba de la mano de izquierda a derecha ahora como mañana podría hacerlo de derecha a izquierda, y el medio empezaba por no justificarle los fines. "El final o el principio son lugares comunes –advertía– lo importante es la intriga de los temas, el nudo que desencadena el conflicto". Si bien parecía convencido, lo cierto era que en esa parcela encajaba mejor, un terreno de tierra propia, no ajena como la Tierra o ignota como el Cielo.

Ahora era el día en que le habían ofrecido un pago fijo por revisar cuartillas de arriba abajo, cuando estaba empeñado en no volver a tocar el piano porque la columna vertebral le crujía y las piernas –demasiado cortas para el tamaño de su figura– palpitaban como un pedazo de corazón roto. Las referencias del entorno no eran buenas –al margen de la esperanza invocada siempre por los gobiernos inaugurales–, la exterioridad tenía la estúpida condición de invadir el interior de cada uno con alguna forma de violencia, sobre todo impuesta por el habla, el rumor, la manera de informar la novedad o por el atropello de los hechos en los cuales no hay modo de intervenir porque se agitan como dados en un cubilete, dependientes de quien los mueve. Fermín era experto en trabucar, no es lo mismo el título *Ataque a la madre del niño que robó la banda,* que *La madre del niño robado por la banda fue agredida,* o expresar *Quienes pretenden gobernar el país solo desean su bienestar…,* sonrió a lo ancho por la anfibología flagrante, moviendo la cabeza de lado a lado, recorriendo unas páginas desplegadas de la prensa mañanera. Allí, sentado en una silla rígida de un popular café, donde comía galletas de ayer mientras leía el diario de hoy, estas reflexiones suyas le sonaban pueriles frente a la desinforma-

ción por excelencia, pero él sabía convertirlas en graciosas peripecias. Por ello acumulaba frases exquisitas en su libreta de tapa negra. No suponía agradable revisar escrituras de otros, consciente de que el lenguaje es un acto en el cual –además de los equívocos posibles– convive una intención encubierta. Si bien descubrirla era un interesante desafío, no era para su ego de mayor valor si no tenía la posibilidad de trastrocarla en su beneficio. Ansiaba controlar sí todas las posibilidades que lo desviaran del deseo de convertirse en amo y señor de la palabra, pero de la propia.

Apenas terminaba otra relación amorosa y no tenía ánimo para decidir si estaba preparado o no para desaprovecharse en revisiones y en la redacción obligada de detalles ajenos a él y a su universo, el que a menudo volvía sobre sí como una velada amenaza. Se imaginaba perdido entre linotipos, teletipos, tipos y tipos, ruidosas máquinas de composición y de escritura, cumpliendo horarios, soportando jefes y tontos reporteros, resumiendo asuntos lejanos de los que no tenía la mínima idea, ni ganas de acrecentarla. La mujer no había tolerado las desconfianzas de Fermín, sus recelos, sus manías, así que optó –esa misma mañana– por romper en pedacitos las frases de sus cartas en plena calle, antes de dejarlo allí con la boca abierta, mirándola, sin palabra alguna.

En México apenas había finalizado el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española y las noticias ya se le habían colado por los oídos en el Café Sorocabana, adonde había ido a parar junto a su silencio, mientras los amigos conversaban arrebatados a su alrededor. Creía –si es que Fermín era capaz de creer– que el autoritarismo de la lengua no puede obligar a nadie a decir lo que no quiere decir ni cómo lo dice, pero su imperio en el idioma bien podría contribuir sin tanta vuelta a liberar la palabra de sus prendas íntimas e incluso de todas sus vestimentas, hasta dejarla en el dibujo *naif* de las cavernas. Eso pretendía creer pero no lo dijo –un pudor le desteñía la piel en lugar de sonrosarlo–, solo oía orientando la oreja con cautela, eligiendo echar una bocanada de humo a la cara de los clientes

de la mesa contigua y reunir varios cuadraditos de azúcar para esconder en el bolsillo.

El clima en el entorno del Café era tenso, la variedad de temas tocados enfrentaban opiniones: la enfermedad de Eva Perón del otro lado del río, el camino hacia la reforma constitucional, el envío de tropas uruguayas a Corea, la Vuelta Ciclista, la invasión de langostas, los agentes norteamericanos a sueldo infiltrados en los medios de prensa, hasta la cerveza uruguaya Salus pasteurizada. Por encima del murmullo y los sonidos de lozas chocando, Fermín Fernández olfateaba el aire concentrado en nubes pardas de nicotina esperando el milagro de la levitación. Tantas palabras superpuestas en un coro desafinado, donde las notas subían y bajaban en un concierto desconcertante, eran más insoportables a su oído que el olfato musical a su nariz.

Tal vez –se le ocurrió– una rebanada de fiambre le ayudaría a matar el apetito, sobre todo, a soportar la charla que le impedía clasificar los lugares comunes que escuchaba en torno de sí. El desayuno había sido de pocas palabras dialogadas consigo y mucho té negro, insuficiente para el cuerpo excesivo que le iba ganando terreno. Pensaba en la necesidad de establecer códigos de señales que permitieran a las personas comunicarse con lo imprescindible, sin necesidad de verter verbos, preposiciones, sustantivos, pronombres, sinónimos…, para decir lo mismo que podría decirse con un número menor de vocablos. Pero se enredaba con imágenes diversas de palabras escritas, habladas o gesticulaciones que ayudaban a decir cuando había que decir. En ese lugar de paso, por ejemplo, escritas en la mesa de mármol sucio, otras palabras le señalaban que no podía distraerse del todo del idioma, porque estaba presente, como las horas, en sus incomprensibles rituales y su incesante pacto. De ahí que buscara distintas formas, atajos, algo así como un desvelo de párrafos que rescatara del origen las palabras para restaurarlas.

El aroma a café filtrado en tela y al baño de María –condición del ex presidente brasileño Getulio Vargas para obsequiarlo a

Uruguay– era parte del clima de la conversación, igual a fusas, semifusas y otras notas musicales surgiendo de un globo transparente en el marco de una caricatura. Quién sabe si ese requisito cafetero continuaba cumpliéndose estrictamente, pues después del Campeonato Mundial de Fútbol –ganado por el seleccionado uruguayo el año anterior– miles de personas bebieron y agotaron, inspirados en la gloria celeste, el apreciado café. Se llevó a los labios un pocillo blanco, y al comprobar que el borde estaba marcado por una sombra roja, tomó una servilleta de papel y escribió en ella: *la realidad no tiene compasión/ es indeleble como la mancha de un beso*. Esta vez no hizo el ademán de corregir la frase, pasó el delgado papel por el borde de los labios y lo arrojó al suelo violentamente, como si desechara escéptico las normas incluidas en la última edición del diccionario de la Real Academia. En torno de su actitud las voces parecían quedarse en un llamado imperturbable. "Llamar las cosas por su nombre" –se habló bajito– "en el nombre de quién o de qué" –se preguntaría después– "dónde está cada cosa si quien dice pan dice vino".

V

1

Así como escribo acerca de mi abuelo, basada en crónicas de parientes, amigos y vecinos del pueblo donde residiera, puedo decir que papá sufrió con Nicola, su padre, una suerte de ambivalencia afectiva que le impidió llevar una vida simple como la de otros miembros de la familia. Por un lado, le fueron trasmitidos los valores de ese hombre: su generosidad, su compromiso social, lo que le provocaba admiración, por otro, los detalles sombríos, los vacíos de información que daban lugar a desconfianza lo atormentaban.

Hacía ya varios años de casado con mamá cuando se enteró por un trámite en el Registro Civil de Montevideo que su apelativo aparecía como Ferro, esto es, el apellido de mi abuela, un antiguo disfraz idiomático según supe después. En realidad, las partidas de aquella época eran engañosas, porque en uno de los documentos decía solo eso, en otro Liberto Ferro Gentili (la última palabra entre paréntesis) y en otro más Liberto Gentili Ferro, lo que parecía un error porque la fecha de nacimiento de este último se retraía a 1920 y él había nacido en 1929. Mi padre, desde el período escolar utilizaba el nombre Liberto Gentili Ferro, hijo de Nicolás Gentili y Beatriz Ferro, por lo cual nunca había vislumbrado la posibilidad de no ser quien era. Pero la disparidad de los papeles sembró la duda que no lo dejaría vivir ni morir en paz.

Mi tía Aurora hacía culto de su soltería, con la cual compartió su vida, tanto que cruzaba frecuentemente en el vapor de la carrera a Buenos Aires en busca de clientes para su labor especializada en sombreros masculinos e iba sola a bailes de salón cuando pocas

mujeres lo hacían. A las sobrinas nos llevaba al teatro, a tomar el té a la confitería Conaprole, y nos convidaba cigarrillos mentolados que venían en una cajilla verde cubierta de celofán que yo escondía como un tesoro probatorio de un complaciente delito. Esta precoz experiencia era un secreto entre todas, porque menudo escándalo estallaría si mi padre se enteraba. Solía llevarnos a las fonoplateas de las radios a presenciar espectáculos de cantantes de moda venidos desde países lejanos, a quienes admirábamos y reconocíamos por las voces etéreas de las emisoras. Allí conocimos de carne y hueso en sus trajes típicos a boleristas mexicanos que nos hacían delirar de romanticismo.

Una vez tuvimos la mala suerte de ver cómo una cantante estadounidense se desplomaba en medio de una canción, dijeron después por abuso de drogas, lo que en esas fechas era insólito. Fue un momento de excitación, la gente corrió hacia la calle creyendo que la estrella había sido objeto de un atentado y que tal vez el francotirador, estimulado por su acierto, podría disparar indiscriminadamente a la constelación de espectadores, de tal forma que les fue difícil controlar la situación a los guardias del local. Las primas y yo nos refugiamos en el baño asustadas, pero mi tía nos trasmitió calma y nos aseguró que había sido solo un desmayo histérico, acorde a los artistas que se tomaban demasiado a pecho su desempeño.

Siempre sentí por tía Aurora algo de fascinación, tanto por su comportamiento como por esa cálida compañía que ofrecía a nuestras curiosidades adolescentes. Las solteras en esos tiempos eran clasificadas en bonachonas, tontas o sencillamente malas mujeres. Si lo primero, predestinadas a enfermeras de sus mayores, las segundas desarrollaban su existencia a través de las protagonistas de radioteatros o novelitas por entregas intercambiadas en las peluquerías de damas. Las de la otra categoría, de conducta liberal, no llegaban a concretar un matrimonio por ambición desmedida o moral dudosa, una especie de castigo en forma de culpa, de acuerdo a lo estimado por la religión dominante. En esta última condición estaba mi tía, condenada por la naturaleza a una

fina elegancia que sabía lucir a pleno, aunque estoy convencida de que nunca llegó más que a aparentar una libertad que en el fondo no ejercía. Poco podría importarle a tía Aurora que su apellido fuera Zutano, Sultano o Perengano, se sentía Aurora con toda la luz de su designio y más allá de la secundaria donde la llamaban Gentili Aurora, siempre respondió solo a su nombre de pila.

Si a esta tía le gustaba copiar los vestidos de las actrices de las cintas norteamericanas de la época e imitar sus gestos, oír a Gardel y a Jorge Negrete y cantar con éstos a dúo por el parlante de la radio, a voz en cuello, sin importarle las quejas del vecindario, a mi tía Albita, por el contrario, la complacía la lectura y el silencio. Ella juntaba revistas enviadas por los parientes de Buenos Aires, y recuerdo varias pilas de esas publicaciones en su cuarto desperdigadas sobre muebles, desde *Leoplán* hasta *Radiolandia*, a las cuales recurría mamá para leerme primicias y cuentos cuando yo estaba enferma. A veces mi madre abandonaba la lectura por las tareas domésticas dejando las narraciones a medio terminar con mi consiguiente expectativa, y otras, para abreviar, intercambiaba finales con finales de otros cuentos. Albita tenía un gran celo por estas colecciones, a tal punto que llevaba un índice donde apuntaba fecha y número de la revista solicitada en préstamo y seguía como perro guardián el rastro hasta recuperarla.

Esta tía no fue feliz en su matrimonio y se separó poco después de nacer su hija, mi prima Eleonor, a la cual unos llamaban Elena y otros León, lo que le provocaba un drama identitario con ataques de llanto alternado con espasmos difíciles de identificar, por eso los primos por el lado de su padre y yo la llamábamos Leo, aunque su signo era Piscis y no la convencía del todo el cambio. Creo que fue el azar, en primer término, que la llevó a la India después que su madre fue detenida durante la dictadura, y nos enteramos que en ese lugar lejano sobrevivió gracias a los desechos de las bolsas de basura.

En páginas de las revistas de mi tía Albita descubrí palabras suyas escritas en los márgenes, donde ensayaba su firma con

distinto tipo de letras: *Flor del Alba Gentili Ferro,* **Flor del Alba Ferro Gentili,** *Flor De Paula,* **Alba di Paula Gentili**, *Flor del Alba Ferro Gentili Di Paula, Flor Gentili,* así en todas las combinaciones posibles, por lo cual imagino que si no la desvelaba, por lo menos la inquietaba el tema. Cuando supo del sufrimiento de su hermano acerca de esta especulación habló con él, según me contaron, y le restó valor al asunto, tal vez para contribuir a su olvido, al de mi padre y al de ella. Pero considerando los orígenes del abuelo en tinieblas, igual su ascendencia y trasmisión patriarcal, no era exagerada la preocupación por las líneas descendientes de ese linaje.

Supe después que a papá lo abrumaba el engaño, se sentía burlado, pues ninguno de sus padres había mencionado antes la cuestión y él dudaba por primera vez: si había sido adoptado, pues era el menor y tenía buena diferencia de años con sus hermanos, si era hijo de su padre y no de su madre o viceversa, si todos serían hijos de otro padre, si eran hermanos entre sí, unos sí y otros no, de quién era cada cual, cuál era cada uno, si era verdad donde había nacido… Un cúmulo de preguntas flotando, sin dejarlo hundirse del todo o salir a nadar contra la corriente si fuera preciso. De alguna manera tallaba el tema consanguíneo fuertemente y esto sí no había manera de zanjarlo. A partir del momento en que entró por los documentos a la incertidumbre, la tinta de los frios formularios que le mostraban no le fluía por las venas y el alma se le echó a perder.

2

La idea del abandono me pega con fuerza, no solo por mi padre en su indefinición existencial, sino por mi abuelo. Él nunca habló de su origen, tal vez porque no supo quiénes eran sus padres ni de dónde provenían, nada donde rastrear, ni una partida de bautismo donde dijera *in civile* o *in ecclesiastico* antes de su nombre. Nicola podría haber sido un hijo de una madre abandonada que no estaba en condiciones de criarlo y lo dejó a su pesar en un torno o en un portal, esperando volver un día a buscarlo. O de un padre indiferente e irresponsable cuyo honor le impedía aceptar la paternidad de un hijo fortuito, del cual no quiso hacerse cargo ni conocer su paradero. Un niño al cual no le dejaron una *tessera* como seña de identidad para un futuro: una medallita, una cinta, una estampa de alguna virgen…

Al amparo de la noche imagino a una mujer delgada, de pelo oscuro y retorcido, llevando en brazos a un bebé arropado con prendas del hospital público donde este había nacido, envuelto en un rebozo húmedo de lágrimas. Lo dejaba en otros brazos porque los suyos no podían con la carga, a pesar de que el niño pesaba poco más de dos kilos. Había colgado un pequeño letrero en el pecho del infante, perdido después, en el cual estaba escrito un nombre de santo como hubiera deseado llamarlo, una palabra que le fuera negada, elegida libremente por ella por única vez. O a lo mejor una mujer muy joven había caminado kilómetros, después que su cuerpo había ayudado a nacer un niño rubio, muy distinto a sus rasgos, lo había cubierto con una manta hasta llegar al monasterio, lo dejaría en la puerta como si fuera un cachorro y volvería serena a su humilde morada convencida de que su hijo tendría un hogar que ella no podría ofrecerle.

Don Nicola no hablaba de esto, Beatriz no preguntaba y los hijos no sé, los secretos se heredaban por línea directa hasta cuando mi padre, adulto ya, supo e imaginó el desamparo sufrido por su progenitor y se llenó de piedad, también de rencor. No sabía a quién estaba destinado este resentimiento, pero sí que la sensación de abandono formaría parte para siempre de su vida.

A partir del conocimiento, o desconocimiento, de su origen incierto, a mi padre lo venció la depresión, pasaba días sentado en los escalones de la entrada aferrado al termo y el mate con la mirada distraída, sin siquiera saludar a los vecinos de la cuadra que pasaban a su lado y lo contemplaban con simpatía. En ese momento vivíamos en un barrio obrero de Montevideo y las licencias médicas eran su mejor pretexto para no ir a la fábrica. Ni la radio ni los diarios le daban placer como antes, aun cuando la política era el único interés que mantenía despojado de preocupaciones, claro, hasta el suceso del Golpe y ahí sí todo se vino abajo, hasta ese último motivo de atención que había tratado de preservar de los hechos contaminantes de cualquier realidad.

Al inicio de su caída comenzó a coleccionar botellas de vino: tinto, garnacha, blanco, dulce, seco, clarete, rosado y variedades que fue incluyendo: mistela, espumantes, champagne, oporto, jerez, orujo, manzanilla, vermouth, sangría… Decía que los matices del vino eran palpables por el sabor delicado, el color, la capa y el espesor, y en la variedad estaba el gusto, frase que alguna vez escuché en otros contextos. Él mismo elaboraba la bebida cuando en una de las casas donde residimos había una pequeña parra de la cual extraía racimos morados, prensaba las uvas hasta sacar el jugo de los hollejos y dejaba el mosto en reposo envasado en damajuanas de cinco litros. Prefería el vino tinto de espeso cuerpo y coloración intensa, pero en botellones de vidrio traslúcido envasaba aquellos derivados a los que había agregado alcohol o mayor cantidad de azúcar para ocasiones especiales. Estas bebidas pasaban a convertirse en un líquido más a consumir una vez agotados los demás litros.

La afición de mi padre me hizo descubrir un sótano en el fondo de una de las piezas, disimulado con una tapa corrediza en el piso de madera. Papá guardaba en él las damajuanas encorchadas pico abajo, pues decía que los vinos necesitan conservarse en sitios oscuros y húmedos. Al levantarse la tapa, un vaho de humedad se esparcía en el cuarto junto con un tejido denso de telarañas, lo cual me hacía pensar que allí era el refugio de los ángeles insurrectos surgidos a menudo en mis pesadillas. También llegué a imaginar que los espíritus de antiguos moradores podrían esconderse allí, después de burlarse de los habitantes.

De aquellos días recuerdo las habituales visitas de mi padre al psiquiatra y las montañas de envases de pastillas en la mesita de luz. Esos frascos tenían acceso prohibido para mí, porque desde pequeña me fascinaba observar los colores de los minúsculos cilindros que un día tomé a escondidas y dormí un día entero. Por su parte, papá tragó muchas tabletas otro día y, por lo que me contaron después, casi se pasa para el otro lado de la vida. Recuerdo las fotos familiares que guardaba en los cajones y volvía a sacar todos los días para comparar los rasgos físicos entre él y sus padres y hermanas, así como las más antiguas de abuelos, bisabuelos y parientes inclasificables. Quizás en esa búsqueda desencadenada por un simple detalle papá deseaba ser otro, un ser distinto liberado de culpas, por fuera de la huella de un doble nacimiento y una doble muerte. Un ser sentenciado, a lo mejor con nostalgia de una única palabra que lo nombrara, sin nada de aquello que no pudo ser.

VI

1

Aquel día Don Nicola había llegado temprano a su trabajo. La navaja de afeitar le raspaba el mentón cuando pasó con rapidez el filo sobre la barba, entonces pensó que tenía que ir hasta la farmacia de la localidad de Nueva Helvecia a comprar diversos elementos que le hacían falta en su casa y en la peluquería. Suavizar la navaja era algo de todos los días, pero esta vez sentía que tanto él como ella tenían que estar en óptimas condiciones y la cinta afiladora ya no servía. Ese comercio, aun cuando estaba a muchos kilómetros de allí, tenía un surtido completísimo de drogas, medicinas, productos químicos y otras especialidades no siempre posibles de conseguir en la ciudad a un precio económico, así como accesorios de tocador: cosméticos, cremas y otros enseres. No era lo que se daba en llamar una botica, sin embargo, recogía algo de la palabra que almacenaba en una bodega variedad de elementos. Valía la pena sobre todo si la compra era a granel, aunque en aquellas cantidades para la peluquería hablar por mayor sería un despropósito.

La compra en las farmacias lo complacía, pues el aspecto de estas –fuera del talante comercial– mostraba un reflejo de mano milagrosa o de mágica confianza. Aquella se había fundado en el siglo diecinueve y la estantería de madera lustrada, repleta de vasijas de porcelana y frasquitos de vidrio –etiquetados y clasificados por contenido–, cajas con dibujos de hierbas, botellas dispuestas en vitrinas espejadas, recipientes y probetas de formas extrañas y diseños extravagantes, permitían curiosear en derredor mientras se rendía a la mezcla de olores a eucaliptus, mentol, yodo, desde el

asiento de la única silla del local. Eso sin dejar de considerar los meses en que llegaban perfumes y esencias de flores que dejaban en el aire un efluvio de encantamiento.

Desde que se había descubierto el agua oxigenada y el extracto de corteza de sauce para fabricar pastillas analgésicas, así como inventado las *gillettes* –doble filo de hoja de afeitar–, Don Nicola se transportaba hasta la farmacia y volvía con la valija repleta. No porque quisiera estar *avant–garde* con la reciente invención, sino porque sus clientes le pedían incluir esos elementos a los menesteres de la barbería, perdón, de la peluquería, pues ya hacía varios años que no solo se dedicaba a la barba, sino al corte de cabello, rizado y teñido, con la ayuda ocasional de su esposa.

Una loción aplicada por el rostro y cuello le hizo arder la piel, aliviando poco a poco unos pequeños cortes que aparecían sangrando en el espejo de marco dorado que lo reflejaba. Varias noches sin dormir lo suficiente le habían dejado los ojos claros algo enrojecidos pero, dejando de lado sus tendencias hipocondríacas, le dio menos importancia que a los cortes de la cara, suficientes para comprender que esa navaja necesitaba urgente atención.

Se acercó al otro espejo erguido enfrente del sillón rústico donde se sentaban los clientes y esta vez se dirigió a sí mismo: "Aunque parezco no lo soy". Experimentó una sonrisa que tenía el aire de un ensayo teatral en un intento de calmar, no su ardor en la cara o su fatiga de sueño, sino algo más agudo. Nicolás Gentili repasaba la reunión de la noche anterior con sus compañeros y se repitió que estaban equivocados. Lo indignaba solo la posibilidad de confusión, aunque fuera una conjetura que en este caso recaía sobre él pero ya había ocurrido con otros y seguiría ocurriendo.

Esta vez tocaba a su persona y sí lo afligía, ellos no podían dudar de su conducta intrépida a más no poder, se sonrió con un gesto irónico devuelto idéntico. Hasta ahora había sido el encargado de manejar las relaciones con imprentas en las ciudades cercanas, tomado riesgos que lo pintaban más que confiable, desafiado autoridades con buena dosis de coraje. Incluso él mismo escribía e

imprimía volantes y se hacía cargo de su distribución desde años atrás. Su opción –desde muy joven– había sido la de vivir en peligro y hasta ahora ningún poder había logrado someterlo, ni siquiera el poder del miedo, aseveró a la imagen que lo enfrentaba desde el recóndito más allá. Recordaba su desconsuelo al regreso de aquel viaje a Buenos Aires, cuando solo los panaderos parecían tener ideas anarquistas. A pesar de ello, había renovado su lucha y trasmitido confianza, pero en su interior sentía que estaba cada vez más solo. Por eso encontraba injusto que compañeros argentinos –sumados a otros uruguayos–, cansados de sostener una doble vida en un batallar constante y arriesgado, sembraran sospechas sobre su honestidad.

Aquello era pan de todos los días por entonces: delaciones, calumnias, "debilidades de conciencia" –decía él– pero lo que Gentili no podía entender era cómo y por qué, después de tantos desafíos en las calles, en los periódicos, en las asambleas, donde mostraba patente su entrega, se cernía sobre sus actitudes una duda insoportable.

En el mundo el movimiento ácrata languidecía a consecuencia de las guerras, la revolución rusa, las pugnas internas. En la región, al auge de organizaciones socialistas se sumaba el surgimiento de industrias con gran número de obreros, los alambrados en los campos asentaban al gaucho libertario, la burguesía acogía a los inmigrantes neutralizando sus acciones, todo iba fraccionando a los grupos de luchadores anárquicos. Hacía pocos meses, no obstante, varias expropiaciones en las márgenes del Plata parecían reflotar la utopía revolucionaria buscando financiar la propaganda y la fuga de presos políticos, en ese entonces recluidos en la Penitenciaría de Punta de las Carretas.

Nicola intuía que una injusticia se estaba gestando muy cerca, algo le provocaba una reacción que todavía no estaba en condiciones de razonar, fijaba mayor atención sobre cada hecho sucedido –una inquietud se le metía en el pecho–, pero nada lo paralizaba. Por el contrario, permanecía alerta, dispuesto como siempre a continuar y a cumplir fielmente su misión.

Beatriz estaba ajena a esto, los hijos, los problemas cotidianos y domésticos la hacían participar junto a él solo cuando se realizaban *meetings* o –en ocasiones– en la distribución de panfletos. Algunas veces tenía que llevar un paquete desde el correo a la peluquería, otras viceversa, sin despertar desconfianza en la vecindad, porque había convocatorias clandestinas y muchos aliados del comisario. Una de las acciones frecuentes era repartir gacetillas entre grupos afines para incentivar la educación y mantener informados a los militantes, y la Tata Beatriz sabía muy bien cómo hacerlo cuando llevaba a los niños a la escuela o a pasear por la plaza.

"Se les escapa a muchos el sentimiento libertario que levanta una tempestad de brazos amenazadores contra la opresión", decía en voz alta Don Nicola, ahora reclinado sobre un cuaderno abierto donde escribía con su ortografía habitual: *la idea* dejenera *si se aleja de la verdad y la justicia.* Afuera los matorrales se movían al ritmo del viento y se escuchaba un ruido molesto para su poco sueño: cascos de caballos, campanadas de iglesia, vendedores ambulantes, la vida que al empezar un día de trabajo se oye en casi todos los pueblos. *No es raro ver ahora cómo prevalece entre algunos hombres las malas artes del engaño..., s*iguió escribiendo líneas desparejas en moderada caída libre y luego arrancó la hoja para comenzar en otra como si fuera un mes vencido del almanaque.

El final de la carta le fue más fácil que el principio, el grafito dejaba una huella grisácea sobre el papel para que alguien la siguiera. Por la altura del sol y el rumor de la calle calculó la hora, debía apresurarse para viajar a Nueva Helvecia, haría un viaje rápido, estaba visto que no podía pasar un día más sin afilar el instrumento.

2

Sucedió al retorno de la Colonia Suiza lo que sería el arranque de lo que pasaría después. Antes, el boticario había empaquetado con papel de estraza las cajitas, pomos y frascos elegidos por Don Nicola. El paquete no era demasiado grande y estaba embalado con hebra de hilo sisal apenas llegado de Brasil, grueso y resistente. Sobre el mostrador una caja de cartón algo pesada, escrita en un lado con letras grandes: "Importación, Exportación y Tránsito". No había nadie en la farmacia además de Nicola y en la calle vio un caballo solo que pretendía pastar entre los macachines. Era un día luminoso con una corriente de aire inoportuna.

Intentó guardar en la valija el bulto pero no cabía, por lo cual pidió ayuda al farmacéutico quien de mala gana presionó el paquete con sus manos para permitir la entrada, de modo tal que rompió parte del papel. Una vez cerrada la maleta, Gentili tomó la caja asegurada por fuera con una cuerda de cáñamo, se despidió del comerciante y se fue.

Durante el viaje de regreso engañó al estómago con unas tajadas de queso y una rodaja de mortadela en medio de un pan marsellés, pero apeteció la comida de la Tata: las albóndigas con arroz, el puchero, su especialidad en chupín de pescado –comprado fresco en el muelle– y se le hizo agua la boca. Había acostumbrado el paladar a nuevos sabores y a la manera de cocinarlos, pero Gentili –o Di Paula– veneraba la pasta de los domingos. Algo así como una memoria escondida en algún lugar del organismo –más específico el estómago– le pedía un plato de *spaghetti con tucco*. Memoria de un origen indudable,

pues si bien no se sabía dónde había nacido ni quiénes eran sus progenitores, seguro que pertenecía a la península itálica.

Para él su mujer conformaba casi el todo: lavaba, planchaba, cocinaba, cosía, reconocía yuyos medicinales, sabía armar ramos de flores y cuidar enfermos, elaboraba licores y conservas, mantenía el hogar aseado, sacaba manchas, había aprendido a cortar el cabello, hacer la *croquignole* con las pequeñas bigudíes y teñir el pelo con las nuevas sustancias. Una buena mujer, madre de sus hijos y compañera de ideas, pero tenía un gran defecto: no sabía leer.

Él no era fiel a su esposa –se lo planteaba sin culpas– no concebía un hombre atado al matrimonio y a la familia, se había casado porque era necesario para la vida social consintiendo los deseos de ella, pero tanto el matrimonio como la familia significaban para él una forma de legalizar el sometimiento del Estado a las patrañas de la ley y la religión, un signo más de esclavitud –proclamaba–, un invento trasmitido por los curas que atemorizaban con profecías sin demostración fidedigna de la existencia de un Dios. "Lo perfecto no puede producir lo imperfecto", decía Nicola, "la religión deja prisionero del Dogma al Hombre, por lo tanto, condenado en la cárcel de la ignorancia".

Partidario del libre amor soñaba un mundo sin autoritarismos, donde el goce de vivir fuera una finalidad a la que cada cual accediera a su manera, y la solidaridad "una magna actitud de retribución entre los Hombres", había escrito en algún lado. En cuanto a la familia, no quería hacer de sus hijos un objeto de propiedad sino seres capaces de pensar por sí mismos, no imponer un orden donde ideas y gestos de los padres influyan sobre los descendientes de modo de hacerlos un calco. La unión de pareja tiene que darse por afinidad de ideas, temperamentos, afecto, sensualidad…, pensaba Don Nicola Gentili con la cabeza a todo vapor.

Es así que amaba a sus hijos sin sentirse un patriarca, los aceptaba tales cuales, sus pestañeos continuos, sus respuestas rápidas e insolentes, su curiosidad infinita, sus picardías, y ansiaba para ellos un mundo distinto, mejor, infinitamente. Albita era su prefe-

rida –niña inteligente, rubia como él, tenía un lunar en la mejilla que le imprimía un sello personal–, lo escuchaba con atención cuando le leía el diario en voz alta o los poemas de amor, según él dedicados a su esposa. La mayor, Aurora, tenía el pelo más lacio y oscuro y una belleza autóctona particular –parecida a Beatriz–, pero rara vez reía con ganas como los otros dos y las bromas del peluquero la impacientaban.

Qué decir del menor, un niño tan rebelde como Nicolás lo había deseado. Se escapaba a la calle a jugar con amigos de su edad o a pescar al río con compañeros mayores, y al anochecer el vecindario todo oía la voz aguda de Beatriz llamándolo: ¡Liii–ber–toooo!, un grito en el cielo puesto por una madre alarmada en el lugar indicado. El hijo llegaba desprolijo, las alpargatas húmedas y el rezongo nervioso de ella era una repetición casi diaria en las andanzas del infante. Con pantalones cortos, tiradores caídos y gorra de visera, Liberto conformaba la silueta clásica de un travieso incorregible. Para su padre, ese niño era algo así como el sucesor, toda teoría quedaba de lado frente al propósito de que su hijo varón trasmitiera su apellido Gentili, aquel elegido y conquistado por fin para no ser un noble pero tampoco un huérfano abandonado a la misericordia de los sacerdotes.

Dos guardiaciviles esperaban la llegada del transporte en la última parada donde debía bajar Nicola. Él los vio desde su asiento y ya no tuvo oportunidad de permanecer en el vehículo, por lo cual tomó pausadamente sus pertenencias –una mano en la maleta, la otra en la cuerda de la caja pesada– y descendió. Los machetes de los guardiaciviles se movían inquietos y los ojos vigilantes se detuvieron en el viejo vecino conocido. "Buenas", dijo el hombre a los primeros pasos abriéndose camino distraídamente entre ambos guardias. Fue en ese momento cuando la valija se abrió por la mitad y cayó estrepitoso el paquete de su interior. Cajas de píldoras, caramelos de guaco, cintas de afilar, frascos de agua oxigenada y linimento, jabones de coco, jarabe para la tos, brillantina, una botella de

miel, algodón, bicarbonato de sodio, grageas laxantes…, fueron rodando entre los pies de los hombres azules apostados en la calle principal, a poca distancia del desembarcadero.

La idea de agacharse no fue buena, apenas un instinto de supervivencia de los objetos trasladado a las piernas de Nicola impedidas de correr a su antojo. Los policías contemplaron el tesoro con codicia profesional, olfateando enloquecidos los polvillos, las pomadas, los líquidos, cuando de repente las miradas se detuvieron en la gran caja de cartón: "¿Qué es esto?", dijo uno. El viajero hizo el ademán de levantarla en actitud de recogimiento y una patada lo levantó del piso empujándolo hacia atrás. "¡Cuidado, huele a fósforo, es una bomba!", dijo el otro levantando el machete. De allí a la comisaría no había demasiados metros, los suficientes para llevar a empellones al recién llegado, obligándolo a cargar sus bártulos en la maleta y arrastrar la caja, a tramos cortos, como si fuera un perro con una cadena.

No hacía mucho tiempo que se venían realizando atentados en la capital, asaltos a bancos y fugas de presos políticos en Argentina, por lo cual podía ser exagerada pero no disparatada la exclamación llena de sospechas de aquellos uniformados. Ni tan confusa la perplejidad ante elementos que parecían –a sus ojos– distraer el motivo principal del largo viaje del peluquero. No obstante, los minutos que le llevaron a Nicola levantar del piso los productos comprados en la farmacia fueron clave para pensar desde allí una posible coartada. No podía fallarle a sus compañeros, menos ahora, en una situación extrema.

Las alas de la caja se abrieron ante la mirada de la autoridad. Varios libros, cuadernillos y volantes dieron lugar a sonrisas de satisfacción policial: "propaganda política prohibida, impresión clandestina en quién sabe qué escondrijos de malvivientes". Pero los autores de los libros empacados –abiertos con extrema precaución por temor a posibles explosivos– eran los clásicos más un folleto con título inocuo de Malatesta y cientos de pliegos impresos en una sola cara que decían: *Empresarios, Artistas y Empleados que com-*

ponen la Compañía Circense en un noble gesto de humana solidaridad, en la Matinée de Hoy abre sus puertas para todos los Niños y Niñas del Pueblo, para que así guarden en sus corazoncitos el Recuerdo de todos los Artistas del Circo que, despojados del interés Comercial, les proporcionan unas horas de Alegría. ¡¡CONCURRID, NIÑOS, ACOMPAÑADOS POR SUS MAYORES, AL CIRCO QUE OS OFRECE ESTE ESPECTÁCULO GRATUITAMENTE!!..

El peluquero Gentili sabía bien lo que estaba detrás de aquel equipaje pero porque era delgado, no de juicio, y bajo, no de conciencia, protestó con fundamento: "Esto es para que lleven a sus hijos al circo, ¿qué delito es este?". En lo íntimo consideraba: "Tenemos que salir a dar la cara, no amedrentarnos, en nuestras ideas no hay vesania ni crueldad, sino bienaventuranza". Un moretón en el brazo apretado le punzaba de dolor aunque más en el orgullo, pero sabía que debía calmarse y se aplacó. Le temblaban aún las pantorrillas por la caída provocada en los primeros sacudones de los vigilantes, y le lastimaban de rabia las patadas recibidas en los riñones mientras lo trasladaban. En tanto esperaba al comisario –ninguno de los hombres que lo había detenido sabía leer–, trató de repasar el libreto ensayado junto al boticario, nadie mejor que Nicola para imaginar esa ficción. Tenía claro que un sueño puede no ser realizado pero no tiene por qué ser irrealizable.

La agrupación a la que ambos trabajadores pertenecían intentaba apoyar labores solidarias, crear conciencia de la necesidad de ser veraces en contraposición al ocultamiento de los hechos que habitualmente se ejercía, sobre todo desde la prensa oficial. Sucesos distorsionados por diarios y radioemisoras –tanto en la otra orilla como en Montevideo– determinaban que la información fidedigna fuesen pilares del activismo revolucionario de aquellos días.

Realizaban actos con fines humanitarios, espectáculos de teatro, *kermesses*, tómbolas, bailes, concursos, conferencias, ferias, competencias, juegos en los cuales se destacaban músicos, titiriteros, deportistas, quienes respondían a sus pedidos de solidaridad

en pro de un mundo más cooperativo. Así, aprovechaban bodas, cumpleaños, festejos populares para repartir folletos y difundir consignas idealistas. En este marco no existía exclusión alguna, pues en un lugar todavía pequeño como la ciudad de Colonia, así también eran de mínimas las oportunidades para los habitantes y por ello le sacaban provecho a todo entretenimiento. Eso sí, permitido siempre y cuando no se divulgaran ideas opuestas al gobierno o apoyaran huelgas de los trabajadores. Ahí sí había una prohibición, pues aunque era aceptada la huelga en esa época Nicola y sus compañeros no olvidaban la lucha de los picapedreros allí cerca, en Conchillas, y su fatal desenlace.

Entonces, una zona de incertidumbre sobre lo que podría ser ilícito, mejor dicho, lo que la autoridad de ese momento consideraba delito y lo que no –los límites del riesgo–, se abría inmensa ante los obstinados militantes. En ese sitio se ubicó Don Nicola para no decir todo lo que hubiera deseado e intentar salir por mejores aires de tan difícil trance.

Es mejor hablar poco, cuanto menos mejor, los gatos no hablan, no son como los perros que ladran y ladran. Los escucho a toda hora. De mañana hay algún perro bajando por las escaleras a saltos de felicidad porque va a oler la calle, más tarde ladridos con variada entonación y distinto grado de distancia enredan canciones. En la noche, bueno, en la noche escucho de todo, desde aullidos solitarios, coros sinfónicos, hasta ecos de alerta canina.

Los gatos, en cambio, son silenciosos, tienen la parsimonia de los felinos, solo saben exigir sexo y comida, cada urgencia a su tiempo, y tienen memoria, tanta que no solo recuerdan lo suyo sino lo de su especie y hasta lo que nadie más recuerda.

El cuento de que los perros se llevan mal con los gatos es solo eso, una mentira que se convierte en verdad por reiterada y convence a los mismos protagonistas. Son animales distintos pero no excluyentes. Así, las guerras humanas. Una información falsa puede llevar a una deflagración... pero mejor hablo de los gatos. Mis gatos son seres superiores, juegan con su sombra y se confunden con ella porque no les importa cuál imagen es la real.

Cuando decido leer ellos se sientan diseminados a mis flancos, observan con ojos semi cerrados sin necesidad de decir nada, apenas alguno se acerca a la silueta de mi mano y se acaricia. Creo que escucha mi lectura secreta, porque su lenguaje sin voz me sigue y si hay ruido afuera se acerca para oír mejor.

El negro es ágil y no parece gato, su apariencia es de un acróbata dando vueltas en cuatro patas. Pienso que él cree estar en un circo porque lo he visto ascender de un salto más de un metro con el pretexto de cazar una mosca, y tirarse desde lo alto

de la biblioteca flexionando la espina dorsal hasta caer parado para entrar al paraíso.

El bigote lacio del barcino parece moverse con independencia de la nariz en el intento de detectar frecuencias en el espacio. Capta señales, lo siento cuando acompaña ese casi imperceptible movimiento con el fulgor de la mirada. Roza apenas mi piel transparente con la suya para alertarme sobre un símbolo que mi limitada psiquis no registra.

Más de una vez me he preguntado si al entrar en otras dimensiones el gato tendrá el privilegio de compartir el alma de los muertos, el diálogo inefable vedado a los seres humanos ineptos. Ahora lo compruebo. Consigue percibir movimientos extraños en el espacio de la casa, objetos que caen sin ser tocados, vaivenes nocturnos de pestillos, puertas que se cierran de golpe. Él despierta del descanso, vocaliza unos breves gemidos y en ocasiones huye, como si no quisiera develar el misterio.

La gata afila las uñas en la alfombra, no tanto en el felpudo porque es grueso y tosco. Prefiere la hebra azul del mágico lecho de la sala, único color que distingue, dicen, pero yo lo dudo pues para los gatos la apariencia es solo eso. No importan los colores sino la esencia con la cual están hechos. Por algo contempla lo que está más allá de sus narices, aunque otros lo ignoren. Ella lame su pelo suave en una actitud de bienestar envidiable, peina, alisa, tersa, domina su lengua rosada y cavila con una especie de sonrisa cómplice, más bien cargada de ironía.

Las plantas no sobreviven a los desenterramientos que ejercitan laboriosos mis felinos. Ante la presencia protagónica de éstos quedan subordinadas en otros planos. Para mí ellas ya dejaron de existir. El siamés echa los brazos hacia atrás sutilmente en afán de tocar ape-

nas los bordes de las hojas, y cuando menos se espera ya está de pie arrancando los tallos con sus garras. Es el más díscolo, si así puede llamársele a una bella rebeldía que lo hace parecer un humano disconforme con el mundo y capaz de manifestarlo. Es plateado, oscuros los bordes de las patas, como su madre, y huérfano. El azar le dio la posibilidad de llegar a este hogar adoptivo donde lo que menos le falta es cariño. Elegido único entre todos sus hermanos en un instante único. Qué suerte.

De los otros no sé su origen pero actúan como gatos: tiemblan dormidos, huelen el aire vacío en busca de algo grandioso, se acicalan, inventan juegos enigmáticos tengan la edad que tengan y toman la vida como les llega, sin demora para decidir y juicios a considerar. Tienen la costumbre de escarbar en la arena donde dejan un hueco húmedo al que tapan velozmente como si escondieran sus instintos a los ojos de los extraños. Pero no sé si somos tan extraños. De estar tanto junto a nosotros a lo largo de los siglos, a lo mejor ellos ya dejaron de ser gatos y son un remedo de nuestro pensamiento o… al revés.

El gato blanco moteado es el más cercano a mí, tiene algo de perro en su docilidad pero sabe ser independiente cuando pretendo darle una orden en el aire. Hace aquello que mejor le cuadra. Creo que se está poniendo viejo y aunque mantiene su vitalidad por momentos se desploma, no tiene la aguda visión de los primeros años y sus fantasías concluyen a menudo en un ovillo detenido a mis pies. Me sigue de habitación en habitación hasta descubrir el plato repleto de comida, entonces busca abrazarme agradecido y después se abalanza sobre el recipiente como si cazara un pájaro. Más tarde escucho su respiración dormido a mi lado,

pierdo su ritmo de reloj extraño porque no sé si es parte o suma de un largo sueño, un ronroneo celestial, un lenguaje incomprensible todavía.

En cuanto a la gatita más joven, tiene tantos matices que parece que la hubieran coloreado, sentada sobre las patas es un ideograma volviendo a la primigenia etapa de ser adorada en los altares. Finge estar en la casa como simple animal doméstico, aunque tal vez desconoce que nadie está en el lugar que le pertenece. Y si no lo desconoce simula porque es una manera de expresar su cariño, la fidelidad que la lleva a esperarme detrás de la puerta cuando aparezco, aunque sabe que no estoy del todo y volveré a partir.

A veces puedo imaginarlos a todos en actitud de cazadores, no detrás del vidrio de mi ventana interior, sino subidos libres a los árboles de la vereda a manotazos y arremetidas tan feroces como les permita su beatitud. Pero nadie elige el lugar que le toca, por eso ellos solo esperan incansables y atentos el momento oportuno para cumplir su destino.

Ah el maullido de los gatos, formidable manera de comunicarse en medio de una babel sin remedio, lejos de las estridencias cotidianas, domésticos en intención sin vueltas, paseando entre los estantes, sorteando objetos con temple de ilusionistas, afinando la garganta para elegir la lectura preferida a la que pueda confesar su elocuencia.

Si pudieran hablar, lo creo, no dirían esto que estoy diciendo, una sarta de palabras desde un lugar privilegiado, se dedicarían a mirar como un buen voyeurista, *a no hacer pública su naturaleza y a dejarse ser tal cual vinieron al mundo. Porque a pesar de estar más cercanos al conocimiento del universo prefieren que-*

darse arrollados en los pliegues del almohadón, contentos, al alcance del eco de mi voz.

Hay pozos que son inicios, los espejos suelen serlo, incógnitas en la profundidad de las cosas que no tienen más lenguaje que el principio. Mis gatos son eso, porque hablan poco, dicen solo el comienzo y a partir de allí lo demás es imaginación, supuestas memorias. Es sencillo para mí hundirme en las pupilas incógnitas de gatos que no siempre acuden al llamado, aun los anónimos. Un silencio cargado de preguntas, y eso me gusta.

VII

1

La vida de simulación no puede llevar a buen fin, salvo que esté basada en una historia literaria en la cual el personaje fuera verdadero y su vida mentirosa, o juegue a la verdad disimulando la mentira. En el caso de Fermín es difícil ubicar cuánto hay de cuento y cuánto de realidad en su vida, igual en sus narraciones. En definitiva, sus escritos en cualquier página estaban en el primer lugar.

Habían pasado casi veinte años de los bélicos acontecimientos en el puerto y la bahía, cuando sentado a un piano soplaba en el aire perfectos anillos de humo. El cigarro –habano ahora– ya no le provocaba los accesos de tos que años antes lo había forzado a dejar momentáneamente el placer de fumar, era una muletilla igual que la Parker, sobre la cual descansaba su pata de escritor.

Mientras escuchaba el dictado acostumbrado de su mente absorbía el aroma de las hebras perfumadas del tabaco, como si hubiera perdido el olfato e intentara desesperado recuperarlo. Varias veces había caído en internaciones en el Hospital Maciel por una salud mal atendida, mientras su obsesión y su sarcasmo marchaban intactos por los andariveles de la pluma. Si bien publicaba alguno de sus textos en revistas reducidas a lecturas en peñas literarias, la economía de Fernández continuaba dependiente de sus mecenas. Así que, obligado por adversas circunstancias, aceptaba conciertillos de piano en clubes de mediana categoría que le reportaban ajustado ingreso a su supervivencia junto a una acotada satisfacción. Eso sí, tenía una casa donde vivir porque esta vez su tercera esposa lo había llevado consigo.

Estaba encantado con el lugar donde ahora vivía: habitaciones enormes de techos de bovedilla, tragaluces con vitrales de subidos colores, una claraboya en el centro del patio que, aunque a veces dejaba colar la lluvia por fallidas uniones, era un deleite en tardes de primavera, como la de hoy. Aunque ese bienestar tenía una contra, compartía la casa con la madre de su esposa. No es que se llevaran mal, pocas veces se cruzaban en los pasillos pues los horarios insólitos del músico lo aislaban de su familia más de lo que deseara, pero –aun en una amplia casa– la convivencia con una multitud de dos personas le provocaba desasosiego.

El mundo de la música había regresado apenas, según él porque ya tenía conquistado el territorio de la narrativa uruguaya, aunque en verdad su cónyuge poseía un piano y no era sencillo a unos pasos de distancia sustraerse a la seducción de tocarlo. De todos modos, no se proponía componer, solo interpretaba, y en ese acto reproducía lo mismo de siempre, repetía estribillos con cierto cansancio, ejecutando sí algún encargo por precio extra sin desdeñar a los clásicos. El desafío mayor consistía en imitar a músicos noveles si se lo pedían, traducir a su lenguaje lo que otros apenas inventan. “Las piezas tradicionales son un triunfal ejercicio para espíritus vagabundos y lo nuevo poco tiene de nuevo”, opinaba. “Si se reconociera a músicos contemporáneos desconocidos, podrían convertirse en clásicos en el futuro” –desarrollaba su opinión– “hay que copiar a los nuevos para ser un clásico para siempre” –había dicho una vez en el boliche Antequera ante la atención de algún parroquiano despistado–, "hasta que la vanguardia se convierta en retaguardia...". Era su manera de hacer música con la propia mezcla de la música, sin descuidar las formas habituales que le daban prestigio. O improvisar valiéndose de un motivo conocido reiterado hasta el bostezo.

La música tenía su impronta como la literatura pero la literatura le daba mayor libertad al escritor desde sus esquemas clásicos. Se animaba más en el doblez sublevado de las frases. Los instrumentos, en cambio, crecían con el sonido, podían llegar a

dolerle en la piel. *Tocar es llegar a algo con la mano sin asirlo, hacer sonar un instrumento o una pieza musical, golpear algo para reconocer su calidad por el sonido, haber llegado el momento oportuno de ejecutar algo…*, según el diccionario, y en este el señor Fernández buscaba pistas para comprender la sensación de cercanía, el acto que permite a los dedos revelar una ficción. Se convencía de que en el interior del instrumento está el centro del misterio: la vibración del teclado impulsa el martillo contra las cuerdas y suena como un *uppercut*. Al apretar cualquier tecla se desencadena un mecanismo indetenible hasta que se suelta y cada acción tiene consecuencias inesperadas: desafinaciones o la inversa. Así deshilachaba contenidos y contenedores como si no supiera dónde estuviera parado y dejara todo librado al desplazamiento de sus manos, también –diría después– de su pie derecho. Su gozo, en este caso, no entraba en colisión con su deber, demostraba su capacidad de hacer al ritmo de lo que era o ser al compás de lo que hacía. En eso descansaba su pata de músico.

En cuanto a la literatura esta seguía siendo su verdadera mujer, pues aunque él no le era fiel ella sí cumplía sus deberes conyugales. Las demás eran eso, las otras, de las cuales no podía huir sí ocultarse bajo nuevos trajes, chaleco, corbata y alfiler, disfrazarse para no ser descubierto y tocar sin ser visto. Hoy F. Fernández se sentía sereno, si la serenidad puede acontecer en una mente danzando pensamientos en torno de las llamas de una hoguera como en una aventura cinematográfica del *far west,* del lado de los malos pero con cara de buen culpable. Allí, bajo las bovedillas de una casa sólida y estable, su voluminoso cuerpo se instauraba para sedimentar narraciones –no del todo originales– que no germinaban en el itinerario cíclico de balcones → escalera → zaguán → puerta cancel hasta la calle, sino adentro, desde su habitación → lecho → mano → cabeza, hasta su juicio…

La casa de la Aguada cumplía ciertos requisitos artísticos que el escritor había disfrutado antes solo en visitas a escasos conocidos: tenía una mezcla de estilos propia del casco urbano de la ciudad de

Montevideo, la Muy Fiel y Reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo. Él admiraba esa arquitectura que se debatía entre el anti hispanismo, el modernismo, el clasicismo, una tendencia ecléctica que incorporaba molduras decorativas en la fachada y cumplía con creces el papel de residencia.

Ese día, por calles aledañas, los altoparlantes anunciaban propaganda de la campaña electoral y los ruidos se superponían de tal modo que nadie podía distinguir con qué candidato se relacionaba cada eco. Era un momento clave para el país sumido en una profunda crisis. La lucha por la autonomía universitaria estaba en su apogeo y manifestaciones multitudinarias de obreros y estudiantes se expresaban por las principales avenidas de la capital.

Una brisa resignada recorría las cornisas, aun cuando se presagiaban temporales. Los postigos estaban cerrados –desplegados como un acordeón– pero el murmullo entrante por momentos se hacía insoportable. Fermín no pudo más con la invasión sonora, abrió de par en par la ventana que daba al balcón y mirando hacia abajo gritó ¡SILENCIO! Lo hizo con una voz de mando, baritonal y seca, tal como si hubiera demandado a la tropa una orden impostergable. Un muchacho que tocaba una bocina repartiendo proclamas, indignado ante tal censura, reaccionó arrojando una piedra hacia Fermín, la que –contundente pero desacertada– fue a destruir la nariz de un adorno angelical de la mampostería del frente de la casa.

La ansiedad podría caracterizar alguno de sus defectos, es cierto, nunca la ira –su desgano se lo hubiera impedido–, por lo cual ensayó el rol de cura párroco y en voz engolada, rápidamente convertida, las manos juntas como en un rezo, se dirigió al joven que lo miraba profiriéndole improperios: "Estamos en un velorio, hijo mío, Dios libre y nos guarde el recogimiento", y regresó a la habitación cabizbajo. Mientras su suegra alarmada hacía los cálculos forzosos para la reparación del estrago realizado por el vándalo, Fernández glorificaba sobre el teclado una fuga terapéutica, mordiendo un puchito de cigarro moribundo.

Sentado en la comodidad del sofá escribió luego en la nutrida libreta de anotaciones: *afuera cae granizo, subo por el húmedo balcón buscando la paz hasta alcanzar una muerte súbita*, y empezó a reír a carcajadas por su ocurrencia fatídica. Al instante corrigió la metáfora: *afuera NO llueve granizo, caen copos de piedra* ~~*subo por el húmedo balcón buscando la paz, hasta alcanzar una muerte súbita.*~~ *Por el aire vuela el ala de un ángel*. Agregó la última frase centrado en el manido tema. Esta vez solo sonrió, le había surgido una nueva idea para continuar el hilo del relato en el cual un ángel violento le cortaba la nariz a un estudiante y una jauría lo perseguía aullando sin parar. Tenía que incorporar un toque de terror para evitar el aburrimiento de los lectores y de él mismo.

Le parecía que sus palabras cada vez decían menos, escribir con palabras o con símbolos le empezaba a dar una sensación sumatoria de desgaste: reiterar, golpear… y la mirada se le descolgaba hacia adentro como ramas que desearan llegar al cielo pero en realidad cayeran al fondo de la tierra confundiéndose con raíces. Escribía *ángel* y notaba que detrás de esto no había una imagen sino una realidad generada por el deseo de que hubiera un ángel, aun cuando la figura de este se materializara en lo que era solo un invento suyo, ni siquiera un dibujo del diablillo o de la presencia de una fractura en el borde superior de la casa.

En el caso de las notas salteadas sobre las líneas del pentagrama, estas antecedían a las palabras, escribir música también era un simulacro, una manera fingida de decir sin vocablos pero con voz –a diferentes alturas– en un desierto. Se dijo en voz alta y en tonos sucesivos que escribía para defenderse de los espíritus, para alejar la enfermedad, como los primitivos, para conseguir el bálsamo de la lluvia.

La libreta negra era una infaltable compañía de Fermín junto a un portafolio cargado de libros prestados –solo leída la contratapa–, los cuales se complacía en exhibir a los integrantes de los grupos cada vez más selectos de su ronda habitual. Las páginas de la

libreta estaban asediadas por frases, dichos, palabras sueltas, ornamentados con tachaduras, comillas y subrayados. Decía que todas sus narraciones habían surgido de allí, de una suma –a veces aleatoria– de expresiones registradas entre expiración e inspiración dictadas por su lapicera, como comprimidos anti–ocio superiores a la belleza y a la fealdad. En forma gradual había ido utilizando el color rojo en los trazos, –"código secreto compartido entre el autor y el texto"–, en un intento de evitar la confusión de citas que copiaba de los libros. Se le ocurría bucear en apócopes, anagramas, palíndromos, retruécanos y apuntaba los hallazgos mediante "innovaciones literarias" que lo convertían en único ante su inmodestia. Era un entusiasta del verbo embaír, no de gallofear –por ejemplo–, odiaba los adverbios terminados en mente, el solo sin tilde, y otras veces en su papel de máquina escribidora se reconocía en letras script, entintadas o en manuscritos caligrafiados en doble raya, a rigurosa lapicera fuente, en su papel de hombre alfabetizado.

Pensó en aquel minuto de su existencia que simular no es fingir, es enmascarar lo verdadero, convertir lo falso en imaginario para diferenciarlo de lo real. Escribir –se planteó– es girar un texto y por trechos transformarlo: en un sacerdote, en una sala de velatorio, en un angelito modélico o en un ser humano sin identidad. Él mismo podía convertirse en una sala con todo su mobiliario, un pez, un estudiante o un cómodo sillón. Rectificó el camino de su pensamiento, hasta ahora su mejor actuación había sido la de chiflado, loco, tan parecido a sí mismo que bien interpretado hasta él podía llegar a creerse que lo estaba. "Lo importante –decía– es mentir la verdad lo mejor posible, aun a costa de que los medios estén al servicio de los fines". Así fue que sin importarle un rábano la política se metió en sus redes, de acuerdo con el grado de su lucidez, para escribir. Algo o quién sabe qué.

2

El librero Alex –amigo del escritor Fermín Fernández– había llegado en esa oportunidad al Café de siempre en compañía de una dama de mediana edad y un portafolio pesado. Parecía nervioso en el momento de presentarla: "Una amiga lectora, Floralba, amiga de los libros…" –tartamudeó presionando los dedos sobre la boca al hablar, como si dudara de la acción emprendida–. Si hubiera sido Fermín hubiera dicho "una cliente", pero Alex era otro. Ella tenía un lunar en la mejilla debajo del ojo izquierdo, ojos claros y el cabello muy apretado, motas rubias que trataba de disimular con una cola de caballo que se elevaba en un moño en lugar de caer –debido tal vez a la consistencia del pelo–, y un cuerpo joven. Fermín la miró con el deseo con que miraba a todas las mujeres sin distingos, pero se contuvo de dejar sujeta su mano en la de ella mientras la saludaba, sin hablar, por no descuidar el pucho –en apariencia apagado– que colgaba de sus labios. Los libros surgieron como tópico insoslayable de la conversación: librero – escritor – lectora, así como el tema de la nueva Feria Nacional de Libros y Grabados en la explanada de la Intendencia Municipal de Montevideo. Esta congregaba un numeroso público y sus mesas al aire libre brindaban un espacio de difusión a la nueva literatura uruguaya que apenas comenzaba a brillar. Así, las miradas fueron cruzándose con escasa reserva y mucha estrategia: abundancia de títulos, sonrisas seductoras, roces de rodillas por debajo de la mesa… Mientras esto sucedía, el vendedor intentaba continuar la frase iniciada sobre una película que se exhibía en Cinemateca, pero su vacilación en el lenguaje le impedía concluirla rápidamente, en tanto los otros dos integrantes del círculo

imaginaban más allá de las pausas y las afinidades intelectuales.

Floralba visitaba a menudo la librería de Alex, un sótano donde este canjeaba –en sistema de compraventa– primeras ediciones, ediciones de autor, colecciones de revistas agotadas, libros obtenidos de mano de los herederos de bibliotecas que perdían a sus dueños, dentro de las cuales –según el propietario de la librería– rescataba "incunables". En la cotidianidad de las visitas, mientras Flor hurgaba en las estanterías en busca de oraciones verosímiles escondidas en los libros, se había entablado entre ellos una relación amistosa que podría ocultar una intención más profunda. Lo cierto es que la avidez de esta señora por la lectura, su pasión confesa por los libros y la asiduidad de su presencia en "El Depósito", bien podía confundir los sentimientos del tímido librero. En los últimos meses ella había sido su más asidua compradora, compartieron copitas de *grappa* entre ácaros y polvillo literario, y había demostrado amplitud de intereses a través de los volúmenes elegidos, pues aunque optaba por temas políticos alternaba con literatura, particularmente lírica. La realidad, en ese momento, se daba a conocer en el país a través de polos contrarios, disimulados a veces ante los métodos drásticos que aplicaba el gobierno para desalentar movimientos opositores. En el caso de Flor no era fácil distinguir su ideología, ni para un lado ni para el otro, menos para el medio.

Fermín había decidido aprovechar la coyuntura para aliviar su vida trashumante, cancelar deudas contraídas, las cuales le venían haciendo un seguimiento insufrible, e intentar acercarse a su hija a través de un dinero que la hiciera sentir –según él– un poco más hija. Por supuesto, sin dejar de continuar una *performance* de romances que le significaban el mejor estímulo para dejar de percibir los cambios en su cronología. Y el periodismo, de alguna manera, lo había ayudado a plagiar algunas historias por encargo –en función de notero y a destajo– que lo infiltraban en el terreno de las letras más sencillas. Su labor de ahora le ofrecía mayor independencia económica, preservar sus vértebras de la incomodidad del piano, escribir sentado en un banco de plaza liberado del taburete –al tiempo que aleja-

ba a manotazos las detestables palomas– y no pensar más que en lo que siempre había pensado, ahora con mayor orgullo: en sí mismo.

Esa mujer, *bocato di cardenale*, madura y con palabras justas, podría ser otro aperitivo para llegar al postre –se imaginó– en tanto miraba indiferente la angustia en el rostro de su amigo, al que vio más feo que nunca. Allí, en el Sorocabana, todo podía ser posible, que la ilusión se desatara, también que la ilusión se desencantara, hasta podía suceder que lo que más se deseara fuera lo que menos se cumpliera y que lo peor pudiera comenzar.

VIII

1

Si me decidí a contar esta historia cuando la edad se me vino encima con revelaciones insoslayables, es porque existen distintas versiones y quisiera presentar mi punto de vista. No sé si esta interpretación es válida, porque mis imágenes están sujetas a años que las deforman y a leyendas trasmitidas de voz en voz, involuntariamente enmascaradas por lo que cada uno de los narradores seleccionó, incluso yo. Nunca me convencieron las caras planas de una moneda, elijo bordes, cantos, relieves, por ello es que ni siquiera sé denominar esto que escribo, solo pretendo contar para que no se disuelva lo acontecido en el vaivén de ríos interiores y en la rapidez de los peces coloridos que no he logrado todavía alcanzar. Las mujeres hablamos con nosotras mismas de cualquier modo, dialogamos en soledad aunque no sepamos cómo se llama nuestro discurso, menos aún cómo otros lo llaman.

Hasta ahora, desde las aventuras de la infancia que he contado, he transcurrido salteando alternativas del destino, ese extraño vocablo que no deja de ser fatal pero intenta llegar limpio como una carta firmada a un destinatario. No porque ya esté escrito, como creen muchos, sino porque las memorias se escriben y se reescriben, con pasión y sin ella, y detentan el poder de ser creídas.

Esta historia, o como se llame, puede ser una forma de reconocimiento propio ante lo que otros reconocen ajeno, la propiedad tiene mucho de paradoja en su precaria identidad, y conceder al azar lo que no se puede reconocer. Hay detalles en esta narración que son parte de un testimonio, aunque solo tenga el valor de un

deseo, otros son recortes de piezas que se eligen a sí mismos desde diversas visiones. A lo mejor, dejar claros aspectos que no lo son es prioritario esta vez para encontrar pistas de una de las realidades, solo eso.

Aquellas anécdotas infantiles no tenían suficiente pasado para mencionar, por eso recién a los quince años decidí escribir un diario íntimo con el fin de empezar a construirlo, pero a los dieciséis ya lo había destruido. Comprendí de repente la irrelevancia de representar momentos dirigidos al blanco de ninguna mirada, como si el diario fuera un conjunto de estampas cotidianas reunidas en un álbum tan personal que las figuras quedaran entrampadas en una única cerradura, a la vista de un solo testigo. Un narcisismo literario en un territorio obligado por la circunstancia irreparable de ser mujer. Entonces, elegí salir de la intimidad edificando párrafos hacia afuera, sin puertas, en un exhibicionismo no exento de un poco de generosidad.

Aunque no estoy segura de los hechos que ahora estoy contando, necesito ordenarlos para recomponer el recuerdo en cada lugar donde me encuentre, ensamblar fragmentos de años, sensaciones, evocaciones de ojos mejor iluminados que los míos, y poder mirar de frente lo que no he visto aún. Tal vez las Memorias puedan ser el género más apropiado para decir y los cautivos lectores sus intérpretes.

Cuando los años difíciles de la dictadura en Uruguay, mi padre Liberto Gentili estaba postrado tras un ataque de hemiplejia, mi madre intentaba sobrellevar semejante carga con la paciencia debida, pero hubo atardeceres en que se derrumbaba. Sé que ella también hubiera querido escribir para disipar el terror y edificar su presencia en el mundo, aun cuando esta fuera la que le concernía por obligación, pero la escuela por correspondencia solo le dio la posibilidad de leer y escribir lo imprescindible, lo demás era espejismo o pura hojarasca. Eso sí, mamá bordaba a máquina con pasión, como si tratara de grabarse ella misma en una flor al matiz

o en unas puntadas en realce, dibujando con la punta de las agujas un mundo menos cruel donde vivir. Tal vez la idea de la construcción permanente me la impregnó con todo el peso de las caídas previas, aun después de las sucesivas destrucciones.

Al perpetrarse el Golpe de Estado papá no podía andar pero quiso que lo llevara hasta la vereda a ver pasar a los militares encumbrados en tanques de guerra al salir de los cuarteles, agitando manos con los dedos en ve. Allí lo escuché sollozar un 27 de junio, sentado en una silla de ruedas a las puertas de la casa, viendo desfilar el entierro de la democracia que durante años había defendido desde su tradición. Era joven aún pero ya no fue el mismo, comenzó a rechazar por completo los noticieros y cadenas informativas, a fumar desesperadamente, a no hacer esfuerzos por recuperarse y nunca más volvió a caminar.

Mamá se dedicó a él por entero, cambió zapatos por zapatillas y se encerró en la casa buscando amparo. No solo los médicos venían al domicilio sino los carniceros, los verduleros, los farmacéuticos, las modistas, los pagadores y cobradores, los empleados de la mercería que traían cajas de carreteles de hilo, las clientas... Ella tenía organizado todo de manera de no salir a la calle y cuando me fui, obligada por las circunstancias políticas, sentí una paradójica complicidad de clausura que nos unía a los tres.

Yo estaba en Buenos Aires cuando asesinaron a dos parlamentarios uruguayos allí exiliados, recuerdo que miraba unas diapositivas sobre la Catedral de Luján en casa de unos amigos argentinos al recibir la noticia. Una sinfonía de Mozart, sonando a todo volumen al fondo de la proyección, me hizo pensar que había escuchado mal: "Aquí cerca aparecieron los cuerpos en una zanja", dijo alguien conmovido. Nadie agregó nada después ni pudimos vernos los ojos, todos sufrimos a nuestro modo mientras continuaban pasando las transparencias con un clac quebrado por los disparos del proyector.

En esas horas que duraron años los nombres provocaban espanto, los títulos de las películas, de los libros, de las canciones,

los apellidos más comunes se transformaban en peligro porque podían confundirse con sus homónimos: Pérez o Rodríguez podrían constituir una forma de disfrazar la identidad, la que aparecía en documentos que poco documentaban. Ni qué hablar de José Pérez o Juan González o María Martínez o Carmen García, peor si los segundos apellidos también eran comunes, repetidos por miles en listas de proscriptos. O aquellos difíciles de pronunciar por su origen, fácilmente reconocibles, sospechosos y amenazantes, todos considerados indeseables por los dictadores. Comenzaron a aparecer entonces los nombres falsos o de guerra, o seudónimos, o alias, como les gustaba decir, para presentarlos como delincuentes. El nuevo nombre pasó a ser un signo secreto, un santo o una seña a compartir entre los perseguidos.

Muchos resolvimos perder la identidad cuando nos pedían la cédula a cada paso desconfiando de nuestra familia, de nuestros amigos, de nuestro cabello, de nuestros lentes, de nuestro origen, de nuestros bigotes, del lóbulo de nuestras orejas. Para saber si éramos quienes el documento aseguraba que éramos o si la cédula no decía quienes nosotros decíamos ser. ¿Dónde estaba el límite? Era más seguro permanecer anónimos y salvarnos y para mí, en ese momento, crear un personaje que, aunque no tenía nada del juego de otra época y sí mucho de siniestro, serviría para alejarme de la cárcel del pensamiento que ellos habían creado con pompa en aquella circunstancia. Mientras, en prisiones de paredes sólidas pero no invulnerables, los nombres de las personas dejaban de existir para convertirse en números y los apodos celebraban el reto de nuevos nacimientos.

Mi padre sintió tal vez, en tiempos de cerrazón, en medio de temporarias angustias y altibajos anímicos, que ningún nombre poseía la capacidad necesaria para contener a nadie. Por eso, un día destruyó todos los documentos, no quiso más que lo llamaran fatalmente Liberto y pidió ser nombrado Humano, a secas.

2

La vez que conocí a la hija de Fermín Fernández tuve la sensación de estar ante una ocasión extraordinaria. Mi afición por las tablas me había llevado a actuar papeles secundarios en obras presentadas en salas del interior del país, junto a un grupo actoral de Montevideo, mientras corregía textos como practicante en una editorial. Al revisar la edición de un libro póstumo de ese narrador, al cual sus ex compañeros insistieron en financiar, no pude dejar de seguir sus pasos. No sé si por la forma de la escritura, pero sí por el clima obsesivo que trasmitía, me sentí en familia.

En ocasión de una de mis visitas al lugar donde habían vivido mis abuelos en la capital del departamento de San José, encontré en una esquina céntrica a una mujer jovial, de edad mediana, quien repartía volantes de publicidad para una función del circo asentado allí hacía poco menos de un mes. Primero por curiosidad, después por un no sé qué de mi juventud curiosa, me acerqué a ella y conversamos acerca del espectáculo: acrobacias, trapecios, payasos, magia… No era frecuente ver a mujeres en prácticas no tradicionales en las pistas, sobre todo sin barba y sin velos, imaginé, pero su charla me conquistó: ella había aprendido a hacer malabarismos con nueces tui tui del tamaño de una manzana, como las niñas de las islas Tonga en el Pacífico Sur, aunque en el caso de Mabel, tal su primer nombre, no le importaban las consecuencias.

En franco intercambio decidimos encontrarnos otro día para planear actividades tomando providencias de la realidad. Los grupos de teatro eran acosados en una época donde toda reunión pública requería un trámite en las comisarías locales o en las Jefaturas de Policía para su autorización. Yo siempre había

deseado fundar una escuela circense para niños callejeros, pues cada vez surgían más deambulando sin ton y creía posible evitarlo extendiendo las ramas del arte a los barrios más humildes. Pero el sentido artístico no solo no existía en el autoritarismo de turno sino que se consideraba amenazador, así como la justicia brillaba por ausente. Sin embargo, el desenfado de Mabel me inspiraba cierta confianza, ella había llegado de España donde había actuado varios años con el circo y pensaba regresar a ese país después de una temporada en Uruguay, pasando por Brasil.

Nos reunimos entonces y hablamos del entusiasmo que compartíamos por la actuación, en su caso la ocurrencia de considerar la vida como parte de un movimiento telúrico por el cual no le era posible estabilizarse en ningún lado. Pensé en el círculo al desdoblar la palabra circo y en los círculos por los cuales quizás había pasado mi abuelo Nicolás, sin descanso, igual que ella, en el temblor de los ríos nuestros en las órbitas de cada día, en las olas cíclicas del tiempo universal, en los repentinos corajes con que se tomaban decisiones en aquellos días, como un vicio prepotente del que no se tenía idea cómo salir pues todo iba en peor. El arte escénico, decía ella, penetra una nueva dimensión donde las cosas parecen ser lo que no son y otras son iguales a lo que parecen en atmósferas paralelas. Se apasionaba al decirlo, no por la novedad de sus dichos sino porque la realidad se le escapaba al encontrar nuevas formas de sentar y sentir su presencia en el mundo.

El hecho de conversar sobre temas afines en la Confitería París de la antigua ciudad maragata con una artista excéntrica, ya era un acto de transgresión, sobre todo porque la plaza de los Treinta y Tres se veía custodiada por militares que no tenían nada de bufones y yo acababa de regresar de Buenos Aires con tristeza y mucho miedo. En Argentina, meses atrás se había dado otro Golpe de Estado, igual que en Uruguay, con tristes consecuencias para el pueblo, mientras Mabel parecía consustanciada con sus pensamientos sobre la arena y los malabares como única inquietud, al menos en apariencia. Expresaba que las nueces eran frutos

enigmáticos, pues debajo de la cáscara se ocultaba un precioso o un terrible contenido, y utilizar esas piezas en su presentación le provocaba un delirio místico cercano a un culto.

En uno de los diálogos entre Mabel y yo, frente a las acacias rosadas de la plaza que nos espiaban sin simulaciones por los ventanales de la confitería, le comenté mi gusto por la lectura y mis preferencias literarias relacionadas con mi ocupación. Allí surgió el nombre Fermín Fernández, mientras ella chocaba cinco o seis veces la cucharita en el borde del vaso de café antes de tomarlo. Intentaba ocultar ese acto pero yo había advertido la misma repetición anteriormente. Se sonrojó y su desenvoltura se cubrió de timidez, la cual pude comprender cuando me confesó que ella era Mabel Temis Fernández, Mabel por su madre, Temis elegido por su padre, y supe después que él le había agregado un tercer nombre, Isolina, ausente en su certificado de nacimiento, activo en su cédula de identidad, y no había tenido un bautismo religioso. Mabel Temis Isolina Fernández Roque era única hija del escritor y, según expresiones de esta mujer, no podía desembarazarse de la figura dominante de aquel hombre. Él constituía para ella una especie de espectro, con existencia corporal y no, que se debatía en su interior como presencia y ausencia a la vez y se le había impuesto con sus exigentes reglas personales en un santificado mandato "hágase su voluntad", pero deseaba olvidarlo.

Cuando iba a San José de Mayo a ensayar con mi grupo, la invitaba a acompañarme, entonces pude comprobar que, por susceptibilidad extrema, fácilmente se sentía amenazada. Si alguno de los temas surgidos en las reuniones no era de su interés caía en un desmayo súbito, y aunque fue incómodo en los primeros momentos, aprendimos poco a poco a distinguir la molestia que la precipitaba sin miramientos contra el rigor del piso. Ante los primeros síntomas de disconformidad cambiábamos el centro de la conversación y a otro cantar.

Nada de lo planeado en conjunto con la hija de Fernández se pudo concretar, el período sombrío que padecíamos impedía cualquier forma de complacencia, solo el entretenimiento del circo significaba una distracción posible. Pero lejos, muy lejos, de la educación por el arte, la cual yo aspiraba para los niños del mundo. El bello Teatro Macció, tomado por las fuerzas conjuntas de los militares, sufría el deterioro en la calidad de las obras debido a censuras y persecuciones, difícil se hacía desplegar allí ideas independientes. En ese pueblo entristecido, bajo las lonas remendadas de un circo, las nueces de coco bailaban en las manos de Mabel dibujando elipses con la exactitud de la caída a una velocidad imposible de medir a simple vista, lo cual lo convertía en un magnífico acto ilusionista. Se la veía experimentar un desdoblamiento en el rostro, los ojos quien sabe dónde, pues cualquiera trataría de seguir con ellos los rápidos movimientos de las nueces. Sus palmas se disipaban en un ritmo sincronizado y rápido, recibiendo el peso justo del fruto en cada mano, aun cuando la rotación variaba según el número par o impar de nueces utilizadas. Sin lugar a dudas era una virtuosa y al actuar se impregnaba de belleza.

Puede parecer extraño evocar el gozo de esos días tristes, la constancia de encontrarnos, para mí presenciar la atractiva representación desde un lugar más cercano al de espectadora. En momentos difíciles todo se vive con pasión, pues los fines se acercan más a los principios y las consecuencias se ajustan a otras medidas. Los sentimientos se exacerban y lo nuevo parece tan viejo que se convierte en un vínculo entrañable, sin límites de ninguna naturaleza, como si fueran desde siempre y para toda la vida.

Mabel se animó a decirme en una de nuestras citas íntimas que su padre usaba un sobrenombre para llamarla, en realidad un apócope: Bella, que pronunciaba “Bela”, aunque cuando en las cartas se dirigía a ella le decía Zonza, destacando las zetas. Corolario de esto, debo decir que su distintivo artístico era “El domador de nueces”, porque vestía de varón y ocultaba su sexo bajo un aspecto masculino.

A mí me gustaba el circo, pero me producía una sensación opresiva, no sé si por los zurcidos desprolijos de las carpas, la inestabilidad de los carromatos, las máscaras pintadas de los payasos o la humillación a los animales... A tal punto que imaginé un día en el cual los prestidigitadores al toque de sus varitas abrirían las jaulas, solo quedarían los artistas imitando a los monos y el espectáculo en la pista central sería conducido por las fieras para deleite de los espectadores como yo. Entonces, una vez terminado el malabarismo de Mabel yo salía corriendo calle abajo como alma llevada por Satán o Satanás o Lucifer, o a ampararme en la música de Corelli Arcangelo y otros compositores armoniosos para conjurar en coro angélico semejante infierno. No obstante, en un entorno precario como aquel entablamos una amistad profunda con esta mujer, mediada por un padre que, aunque no surgía de continuo en nuestras conversaciones, estaba metido hasta el tuétano en su trillado apellido.

IX

1

La casa del peluquero quedaba a varias manzanas del Centro de Colonia. La Tata Beatriz había limpiado meticulosa los cuartos, vaciado el tanque donde recogía agua de lluvia para bañar a los niños, lavado las sábanas y planchado las camisas almidonadas de su marido, a quien tanto agradaba estar prolijo frente a sus clientes, servido la comida por separado a la gata Felisa y al gato Otelo, así como llevado al fuego la olla con las verduras apenas llegadas del almacén. Liberto, con sus escasos 8 años, era el encargado de hacer los mandados. Las niñas colaboraban en las tareas domésticas y la mayor escribía la lista de artículos a comprar, la cual era llevada por Liberto hasta el comercio cercano. El almacenero incluía el gasto en una libreta que pagaba Nicola una vez al mes, depositaba la compra en una bolsa cruzada con tientos en forma de trenzas tejida por la mayor de las hijas y la entregaba al niño varón de la familia.

Si bien a Liberto no le gustaba cumplir órdenes –no era la obediencia su mejor virtud– contemplar la forma de las nubes acostado sobre el pasto, respirar el aire fresco trotando cerca del río, eran sí sus mayores pretensiones. Por ello asumía el mandado no como tal sino como cual, y por aquello de que es mejor el caminar que el camino no siempre llegaba a la hora en que su madre debía preparar el almuerzo. Se distraía en contemplar las carreras intempestivas de los perros callejeros, los saltitos de los gorriones, jugar con el pedregullo o cabecear alguna pelota asomada entre los destellos sombreados del paisaje.

La espera era algo que Beatriz había incorporado como un lastre inevitable. Desde su noviazgo con un hombre mayor que ella, quien no tenía orden en su vida y que, salvo el trabajo de la peluquería, se movía sin relojes y *a piacere*, no hacía otra cosa que esperar: hijos, esposo, mundos imposibles de los que hablaba Nicola. Por esto, la organización doméstica en cuanto a horarios no era estricta y los apetitos como las esperas a veces se transformaban en puras esperanzas.

Esa vez, como suele decirse, se le gastó la paciencia. Había aguardado primero a Liberto quien llegó tardíamente con la compra, lo que provocó que se hubiera consumido el combustible del calentador, ahora seguía esperando a su marido quien debería haber llegado horas atrás. El cansancio de la tarea del día la venció de modo que se reclinó en el sillón de paja con un conjunto de calcetines para zurcir, en tanto apoyaba las piernas en un catrecito de lona. Había visto preocupado a Nicola la noche anterior y observó que en la mañana se había levantado incluso más temprano que ella para ir a la peluquería, y había partido sin siquiera tomar el tradicional café negro.

Las voces de las niñas discutiendo la distrajeron de la labor, a tal punto que sin darse cuenta el óvalo de metal con el que acostumbraba coser los agujeros de las medias cayó al suelo y se perdió bajo la mesa. Al encontrarlo, los ojos de Liberto chispearon: "¿una pelota de lata?" –dijo– pues el artefacto hueco había picado y rebotado en varios puntos de las baldosas antes de esconderse. A Beatriz le hubiera gustado saber leer un libro entero, conocer por qué un niño puede confundir un huevo con una pelota o distinguir un objeto por un sonido, conocer la mente infantil, responder a sus curiosidades con otras, por más absurdas que estas fueran… Tenía mucho para aprender, aunque gracias a su esposo había conocido historias que muy pocos contaban, hechos que se trasmitían cabalmente solo por boca de algunos.

Aprovechó a levantarse del asiento y al ver que empezaba a oscurecer, comprendió que la espera ahora convertida en fe no le

era suficiente, se quitó el delantal, se colocó un pañuelo en la cabeza, un chal sobre los hombros y se dispuso a caminar hasta la peluquería. Encargó a Aurora el cuidado de los hermanos pequeños, calzó sandalias y se fue. Si es preciso ponerle un nombre ya podemos llamar ansiedad a su inquietud y un poco de temor mezclado con celos. Las ramas crujían al final de la primavera mientras la tarde se iba ocultando, ella caminaba rápido, como si estuviera huyendo, y trató de pensar en algo que le provocara interés para no perder ni una miga de paciencia. Recordó cuando Nicola le leyó la noticia de que recientemente –por primera vez en el Sur de América– las mujeres de Uruguay habían votado. No era todavía una elección nacional sino un plebiscito, tan trascendente como decidir a qué lugar pertenecer. Otro tema que llevaba en la mente. Y se sintió feliz por las mujeres de Cerro Chato, en el departamento de Durazno, más allá de si estaba o no justificada la decisión. El hecho de lograr la igualdad en algún punto la hacía sentirse valiosa y eso la calmó un poco más.

Había descubierto en ocasiones que su esposo le mentía, pero no lograba conocer el motivo que le importaba más que saber la verdad. ¿Por qué tenía que mentirle si entre ellos todo parecía estar claro: cariño, respeto, deseos en común para los hijos y para el futuro de la humanidad...? Había una diferencia entre la mentira y la ocultación, en el caso de Nicola un escamoteo que significaba no decir evitando la construcción de un discurso falso, pero la intención quedaba en una reserva equívoca. Y cuando decía por escrito –la redacción de artículos principalmente– representaba para ella otro ocultamiento, este más pesado pues le era inaccesible. La sospecha la había llevado a situaciones difíciles en su matrimonio, pero siempre terminaba convencida de que lo mejor para ella era no saber en qué actividades estaba metido Don Nicolás, el anarquista, otra cosa era el peluquero Nicola Gentili, su esposo y padre de sus hijos.

En todas las familias hay secretos y estos no siempre encubren mentiras o falsas verdades, a veces son secretos que sabe todo el

mundo, otras nadie los sabe pero en algún momento se develan: en un documento, en una postal, en un testimonio, en una maceta con malvones cuando cae de un balcón. El secreto principal puede ser ninguno o muchos secretos con capacidad de ser rápidamente revelados. En el caso del peluquero eran contraseñas a otro universo al cual solo él podía entrar. Además de su independencia, pues no daba cuenta de sus actos a nadie –sí a sí mismo–, mantenía un espacio íntimo a puerta cerrada. De ahí que tampoco hablara del pasado, quizás preservando incógnitas de las cuales era mejor no acordarse. Callar intencionalmente para ocultar un hecho o mantener un código compartido de silencio puede ser una táctica piadosa, no siempre un malicioso entretenimiento, moralmente inválido.

Beatriz era fiel a Nicola en alma y cuerpo, vivía su fidelidad como un mandato emanado no solo de la autoridad del esposo sino del amor que le profesaba. Los rumores sobre relaciones de su hombre con otras mujeres le llegaban cuando ya todo el pueblo lo sabía, entonces ella apoyaba más que nunca la lucha por la emancipación de las mujeres. No solamente por no ampararse en la sospecha como único consuelo, sino por confiar en lo irreal para hacerlo realidad.

Ese día, cuando los faroles de la calle se encendían y el viento movía siniestramente las copas de los aromos, Beatriz, joven aún, tenía más que sospechas matrimoniales algo similar al miedo. Una expectación mayor a la de otras veces, un aturdimiento que no sabía a dónde la conducía, como si su sombra se precipitara fuera de ella y se perdiera entre otras sombras. Cuando llegó por fin, el portal de la peluquería estaba trancado, la cortina de la ventana corrida, y un papel lucía pegado contra el envés del vidrio de la puerta donde anunciaba lo que Tata Beatriz tampoco podía desentrañar: HOY ME FUI MAÑANA NO.

2

Nicola no sabía si todo iba a salir bien –aunque su optimismo era un baluarte–, pero le llamaba la atención que la policía lo estuviera esperando en la terminal, pues nadie estaba en conocimiento de que en la fecha viajaría a la colonia de Nueva Helvecia. Que el paquete contenía libros para la inauguración de la Biblioteca Obrera y boletines de publicidad para que los niños concurrieran gratuitamente al circo era verdad, pero ambas acciones solidarias de la agrupación de Don Nicola encubrían una operativa audaz y peligrosa. Por un lado, se aprovecharía el lanzamiento de la biblioteca para hacer un acto de protesta por la pena de muerte aplicada a Sacco y Vanzetti –dos anarquistas juzgados y asesinados en Estados Unidos en el cercano agosto– por otro, estaba previsto el arribo de dos libertarios argentinos fugados recientemente después de un asalto expropiatorio en Buenos Aires. Estas actividades públicas servirían de distracción mientras se preparaba un refugio.

La detención de Nicola podría ser una mala señal, pues todo estaba sincronizado para que al día siguiente se iniciaran las operaciones con una volanteada en la Plaza 25 de Agosto. Este acto desviaría la atención mientras se aseguraba la llegada de los compañeros al comercio del peluquero, donde pasarían la noche. Después continuarían viaje rumbo a otros destinos, pasando por la colonia suiza donde se aprovecharía el bullicio de la fiesta de aniversario de su fundación. En esta maraña de combinaciones, Nicola los afeitaría, les cortaría y teñiría el cabello, de manera de encubrir su aspecto para ponerlos a salvo de las autoridades policiales de ambos países que estaban en su busca.

En el círculo de la agrupación la noche anterior se había anunciado la posibilidad de que existiera un informante entre los miembros, por lo cual se tenía que actuar con sensatez y pie de plomo. Esta maniobra podría traer graves consecuencias si se llegaba a descubrir el plan: proceso por delito de encubrimiento, complicidad y quién sabe cuántas infracciones agregadas con sentencias consiguientes. El exhaustivo examen al que había sido sometido la noche anterior había provocado que Nicola se sintiera en la mira, aunque era comprensible la precaución de sus compañeros debido a semejante compromiso, así como al enorme riesgo que corrían los prófugos y sus cómplices.

Los libertarios colonienses contaban con el boticario como enlace a través del cual se reproducían libros en una imprenta clandestina de la zona. La desconfianza de sus compañeros, junto con esta desagradable coincidencia a su retorno, al Don le dio mala espina, por lo cual ideó plantear en momento tan álgido un sencillo pretexto –en realidad, una mentira– sobre el viaje a la farmacia: la tos persistente de su hija Alba que requería medicinas y la compra de los libros *El apoyo mutuo,* de Kropotkin, y *Amor y matrimonio,* de Proudhom, para su esposa Beatriz. Sería un modo de evadir el verdadero motivo del viaje afirmar que estas lecturas estaban destinadas a salvar su matrimonio, pues su mujer tenía "las malas intenciones de pedirle que se largara del hogar". Ambos eran libros de consejos "en contra del divorcio" –diría en el curso del interrogatorio–, por lo cual al leerlos su señora se convencería del error de una separación y volvería todo a la normalidad, pues no cabía duda de que se amaban y "no podía romperse una familia así como así". Recalcaría la palabra familia.

Así se le ocurrió iniciar su alegato ante el comisario, persuadido de que el uniformado no sabría de qué libros se trataba y al conocer las referencias sentimentales de Don Nicola, sabría también a qué problemas podía atenerse a menudo la cándida mujer. Por lo demás, tanto la tos de Albita como los impresos de la invi-

tación al circo –contenidos en el envoltorio– tenían una base real que se podía llevar, con un poco de exageración, a mejor término.

Mientras esperaban al comisario había llegado la noche y Nicola comenzó a sentir una agitación incómoda, algo parecido a grillos en la barriga. Una sensación física unida a un ánimo desconcertante de tristeza.

El comisario –hombre obeso de bigotes afinados y camisa celeste con lamparones de sudor– llegó cuando quiso, al parecer sin muchas pulgas, pero sostenía una situación habitual entre un policía y un detenido con antecedentes –ninguno de gravedad–, conocido en la localidad por subversivo. No obstante, la aspereza de la voz del jefe policial, unida a la orden de esposarlo después de su apología, en esta ocasión a Don Nicola lo disgustó aún más. Hasta le pareció sentir ganas de llorar.

Las casualidades son imposibles de soslayar, están presentes para recordar después. Hay encadenamientos de sucesos fatales, hechos confundidos en contextos no gobernables pues concurren simultáneos. En el momento de la llegada de su mujer, Nicola estaba pálido –agotamiento, incertidumbre, hambre– pero al verla, asombrado por su presencia a esa hora en la comisaría, su rostro enrojeció, como si quisiera dejar de ser él y convertirse en algo parecido a un diablo que pudiera entrar y salir ileso de una hoguera. Quizás por vergüenza, como si ella lo hubiera pescado *in fraganti* con una amante y él no supiera cómo disimular o –más seguro– por temor de que su treta se estropeara y no surtiera efecto.

El temple de Beatriz era admirable, alertada por un letrero en la peluquería que no pudo entender, logró intuir que algo desagradable le había ocurrido a su esposo y nada más acorde a él que la posibilidad de caer prisionero por alguna razón desconocida por ella. Al encontrar a su marido inmovilizado en el entorno irrespirable de la comisaría no pudo evitar pedir explicaciones al comisario, al margen de cualquier posible justificación. Ella, de carácter retraído, no siempre sostenía una mirada, bajaba los ojos con recato –miraba su interior preservándolo–, pero los nervios de la jornada más la

indignación ante la decaída presencia, le facilitó el coraje para hablar. Esta actitud de la mujer había sido un cambio progresivo en su personalidad desde que su conciencia brillaba con mayor autonomía.

Nicola estaba de pie contra una mancha de humedad de la pared, piernas abiertas, manos inmovilizadas a la espalda, la gorra sin calzar del todo, la camisa por fuera de los tiradores y una manga descosida que dejaba ver un brazo rasguñado por los primeros zarandeos. En su rostro se notaban unos pequeños cortes enrojecidos, destacados en contraste con su palidez. El gesto de asombro de Nicola al oírla se convertía poco a poco en una mueca, la cual más que sorpresa bien podía llamarse resignación.

El comisario tenía ante sí la caja de cartón, el paquete desenvuelto y varios de los objetos contenidos esparcidos sobre una mesa. Apilados a su izquierda los libros parecían estar en actitud atenta, el hombre agarró cada uno de ellos y los fue tendiendo hacia la mujer después de escuchar en silencio sus reclamos. Ella miró los ejemplares desconcertada, el funcionario reiteró cada gesto sin hablar, con falsa amabilidad. Beatriz –entonces, aturdida– recibió los libros en sus manos como si fueran palomas y dijo, acariciándolos, lo que diría para siempre: “No sé leer”.

El mentiroso sabe que miente y decide disimular, a veces se miente a sí mismo como si fuera a otro, otras a los otros por imperio de la mentira, pero hay mentiras que se repiten sin pensar, en una generalizada falsificación de los hechos a fin de ocultar verdades. En el caso de Tata –o Beatriz– ninguna de estas situaciones, ni aquellas que pudieran surgir de esta especulación, se le ajustaban, porque ella no faltaba a la verdad ni era capaz de concebir una mentira. No podía dejar de decir lo verdadero por más penoso que esto fuera, como lo fue aceptar allí –frente a los representantes de la autoridad– que ella no sabía leer, cuando lo que más la avergonzaba de sí misma era su ignorancia. Desde otra perspectiva, esa verdad fue el golpe final para que la mentira de Nicolás se transformara en una doble mentira. Y las dobles –mentiras o verdades– tienen resultados dos veces mayores. Al no existir toda-

vía un suero de la mentira, ahora y aquí, en este lugar inhóspito de la comisaría de Colonia del Sacramento, Nicolás Gentili o como fuera que se llamara, fue depositado en una celda sin más comunicación que su porfiada oreja y los insectos de turno.

Los libros acuden a mí aunque no los busque, ha ocurrido que cuando vagabundeo por las habitaciones cae algún volumen en mis manos, como si pretendieran entablar un diálogo y esa fuera su manera de llamar la atención. Me sorprende cuando sus títulos responden a mis preguntas con solo mirarlos, o si abro una página al azar y veo escrita en ella la solución al acertijo. No son como los gatos que me acompañan sin solicitud alguna pues las palabras les están vedadas, no su entendimiento, los libros, por el contrario, están henchidos de frases que esperan interlocutor. En ocasiones he pensado que ese mundo de voces al acecho, cargadas por miles en estantes a mi alrededor, podrían derrumbarse sobre mí todas juntas, dejando solo mi efigie pegada en el suelo, como la ceca de una moneda. Pero no emiten sonidos, si lo hicieran no correría riesgo porque sus párrafos me arrullan, no me gritan ni me pesan a pesar de sus justificados rencores.

Los verdaderos libros se esconden bajo un sustantivo sin género, aun cuando se empeñen en utilizar el artículo en masculino o una vocal al final. Su origen latino nombra la corteza del árbol y el albedrío del libre juego, y son tan peculiares y distintos entre sí como los árboles en un bosque, donde son parecidos pero nunca iguales. Las repisas donde residen son habitáculos pasajeros, en ellas unos pocos libros duermen de por vida, se empolvan y son víctimas de insectos ansiosos, otros caminan de un lado a otro aun dentro de un mismo territorio elegido en el área que corresponde a su temática, y confunden sus andanzas en categorías difusas. Otros se internan en espacios que no son suyos y parecen extraviados entre paredes desconocidas, los más salen y no vuel-

ven, se pierden por la calle de las pasiones y no sé cómo hacer para rescatarlos porque no quieren desaparecer, saltan de mano en mano, de caricia a caricia, de lectura en lectura, sin quejarse.

Lo más extraordinario es que su indumentaria no los hace mejores, se integran en la diversidad de colores y tamaños y parecen felices en medio de su aventura. La careta, la tapa o el título muestran un perfil que puede nombrarlos en función de su contenido, no al revés como a las personas. A veces las portadas se exhiben seductoras para invitarme a entrar, entonces voy hacia ellos casi volando y asoman apenas los bordes de las letras, tal como si llegaran en un barco hasta mi playa esperando que sea yo quien los abra para mirarlos por dentro. Sus lomos resplandecen para atraer mi curiosidad en encuadernaciones de distintos materiales, rebelándose a la antigua uniformidad. Y ya no me queda duda de que son libros.

No necesito luz para mirarlos, tampoco antes se usaban velas para leer por temor al fuego y los monjes encargados de las transcripciones no podían hablar para no equivocarse en el copiado. Ahora son otros los que piden iluminación para hojearlos no yo, y tampoco es preciso hablar para entendernos. Me siguen, los persigo y nos alcanzamos, así de simple, porque nuestras palabras son mudas pero no ciegas ni sordas. En esta casa de ahora ellos no me pertenecen, son dueños de su autor y de sus lectores, por último del lugar donde se alojan, aunque cualquier lector puede sustituir lo que se le ocurra, el principio, el medio o el final. Y hasta leerlos desde la página que más le plazca hacia el lado que apriete el deseo.

El ámbito en el que estoy no me permite tener propiedad de nada y esto me conforma, por lo que

implica el riesgo de mantener vivas miles de palabras y millones de letras en pequeños rectángulos coloridos que parecen tumbas. Tal como cajas inertes, basta asirlos para comprobar su calidez, la textura viva de sus márgenes, el perfume de sus hojas, la solidaridad que los congrega y me une a ellos en la invisibilidad de la entrega. Es allí donde sacrifican su lenguaje en aras de mantenerse preservados en un envase sólido, como un tronco. Lejos de cualquier intención de nombrar por nombrar, la lectura construye palabra a palabra la casa insólita de los libros. Una a una, como islas, pueden despalabrarse, caer y ensamblarse para crear otro texto en un gran archipiélago, o armar un título que nombre con toda la fuerza del contenido. El autor solo escribe por dentro, actualizando el lenguaje, por fuera es un universo escrito quién sabe por quién.

No es fácil escribir sin memoria, hay recuerdos que no se escriben o todavía se están escribiendo. Sin embargo, dicen, aun en el agua y en la arena las letras no se diluyen, parten hacia algún lugar remoto donde cualquiera las encontrará, aunque después las desconozca. A mi alrededor hay muchos libros, sí, más de los que se puede leer, yo no los he leído a todos ni recuerdo sus títulos, menos sus autores, pero son seres tan cercanos y vitales como los gatos que me rondan. Sé reconocer sus lomos con mis dedos y he inventado ex libris para identificarlos más allá de editores, imprentas y epígrafes, no para apropiarme de ellos sino para materializar su existencia y distinguirlos de mí. Se superponen y se acumulan en mi compañía, los toco y ellos se reúnen para ronronear murmullos a veces ininteligibles pero sinceros.

Gracias a los gatos y a los libros es que voy y vengo por la casa con la liviandad de sentirme parte de este pequeño mundo. Un mundo de irrealidades con un peso de historias donde los protagonistas permanecen iguales a sí mismos. Me instalo en los universos en que he vivido, en los que desearía que todos viviéramos, en los que es imperioso descubrir o levantar, pero dejo que sean otros los que cuenten las anécdotas. Solo observo imperturbable desde este espacio indefinido. Tuve alguna vez un nombre que no recuerdo y no me preocupa, porque nadie está libre de ser pronunciado y tampoco de ser quien es en el momento en que le toque serlo. Mientras, espero.

X

1

Los años sesenta no fueron fáciles de transitar, ni a la entrada ni al final de la década –el centro de esta crónica–, pasando por los años medios. La amenaza real de un tercer histórico terror, la guerra de Vietnam, invasiones y declaratorias independentistas en el mundo, las ideas encaramándose con pujanza en las mentes jóvenes: la revolución cubana, la muerte del Che, la revolución sexual, el mayo francés, los *hippies*... Sobrevivir este período era una hazaña que a Fermín le importaba menos que un comino. Haber publicado dos libros a poco de haber pasado los cincuenta años, moverse por los boliches de las plazas y observar a los parroquianos discutir apasionados el sexo de un par de ángeles, convencido de la estupidez humana, era suficiente para sentirse un héroe o, de igual importancia, un anti–héroe. También se sentía un pionero en la moda de la época, pues nunca se había interesado por la prolijidad en el atuendo y ahora la juventud estaba decidida a imitarlo –se dijo mesándose el mentón sin afeitar y alisando el pantalón sin raya de plancha–. Y en su displicencia con el dinero, del cual solo estaba preso por la necesidad. Tras una postura descuidada ocultaba un calco –en forma de burla– de aquella verdadera bohemia gitana que había pretendido trascender por prejuicios, aunque en el fondo lo seducía. Y la supuesta originalidad un remedo para ocultar su pereza y su falta de gracia.

En estas circunstancias fue cuando Fermín decidió escribir por encargo las “Cuartillas de la Polis”, al servicio de revistas sensacionalistas de dudosa procedencia. Los sesenta significaron para F.

F. Fernández –convertido en periodista político– una lucha por encontrar palabras graves con que darle duro a los partidos progresistas, y cada vez le costaban menos los finales de los artículos, a los que terminaba por *knock out,* pues el "anti" cualquiera oposición había surgido como panacea en sus artículos, igual a un oportuno duende.

Otros vientos silbaban en estas tierras en el momento en que otra vez se había quedado solo. Floralba había sido una mujer demasiado inteligente para la capacidad simuladora de Fermín, incluso había estado a punto de descubrirlo, por eso en este caso él fue el causante de la separación. No estaba dispuesto a retractarse pero seguía enamorado, recordaba los numerosos encuentros –durante años– que iniciaban con muchas palabras y terminaban en besos, y el modo cómo su poder de seducción lograba que se iniciaran en besos y terminaran en pocas palabras. Ella era una mujer con todas las letras de su nombre compuesto y había logrado conquistarlo, igual a la música perdida en los circuitos de su juventud, pero demasiado empecinada en sus metas y en los medios para alcanzarlas, como si estuviera sujeta a un mandato interior ineludible.

Alex también se había alejado –vacaciones sin fecha de regreso–, arrepentido de consentir la sustracción compulsiva de libros que hacía Flor en cada visita a la librería, así como de haberla presentado a un Don Juan Fernández traicionero, como todos los donjuanes de cualquier apellido.

El señor Fermín estaba hoy deshabitado en aquel parque –caminando bajo los paraísos por una brecha diagonal hacia la parada del ómnibus–, aunque continuaba su *habituée* por los cafecitos montevideanos. Sin embargo, sus amigos le habían perdido la confianza, si alguna vez se la tuvieron. La situación del periodista había mejorado porque las clausuras –y censuras– de la época no se aplicaban a todos los diarios y sus artículos continuaban oscilando entre ficción y realidad. Había cambiado el piano Neumann por la máquina de escribir Remington sin estar

convencido de su decisión –pensó aquel día nublado casi llegando al fin del camino y de otro año–, solo las teclas estaban unidas a su vida de una manera inexorable. Tanto que los nuevos métodos dactilográficos le daban la posibilidad de escribir al tacto y a ciegas una partitura completa, un modo rápido de sentirse músico y escritor en el mismo instante.

Miró hacia los lados el follaje de la naturaleza y pateó la hojarasca sin verla. El sonido que brotaba del sendero a su paso, unido al aire tibio meneando ramas, le hizo recordar palabras musicales como "sibilino", quién sabe porqué, algo misterioso lo asaltaba cuando aparecía ante sus ojos la efigie de Flor. Se complicó en la lectura de leyendas de carteles de prohibición clavados en los canteros centrales y pasó a otros compases mentales menos restrictivos. Consideraba que las máquinas son un evento furtivo en manos del inventor, construcciones donde puede estar asentada la clave de los derrumbes. "Creaciones destructivas", las llamaría con admiración. Desde la pianola –pensó– la música se generaba por sí sola a través de golpes en un simple rollo de papel, como un albañil en cualquier edificio a golpes de martillo. Una caja de resonancia desde donde medir los tiempos perdidos. La máquina de escribir hoy es capaz de organizar cláusulas alrededor de un rodillo a puros aporreos digitales, tal un *címbalo escribiente*. Si las teclas contienen el toque primario hasta el remate final –se argumentó tratando de convencerse–, la tonalidad está guardada en las lapiceras fuente, y dentro de ellas y en los tinteros se encierran letras a extraer como de una mina de oro o de un pozo de petróleo, para combinarlas armónicamente o esquivarlas si se disparan con alevosía. La prensa escrita –donde ahora se movía el periodista– era una máquina de compresión, como su nombre lo indica, solo es posible resumir, estrechar palabras en un limitado renglón, mantener una cadencia y cortar justo en los márgenes de la hoja –continuó divagando–, suprimir adjetivos en los párrafos, escamotear puntos y comas, pausar entre paréntesis... Se sentía el

mensajero de una maquinaria infernal, porque las palabrotas o palabrejas nunca llegarían a ser suyas, dependían de otros golpes como cualquier palabra, aunque una sola podría llegar a morir o a matar y aquellas que él inventara desaparecerían entre las paredes del periódico y las órdenes recibidas. “Pocos podrán entender lo poco que se puede decir aunque parezca mucho” –sentenció con falsa amargura–, “detrás de las palabras no queda más que un grito”. Tampoco él lo comprendía a pesar del intento, pues su figura desfigurada como autor pasaba por apostar a la forma más difícil en la escritura y a la más fácil en la vida. Cómo saber si decía una verdad o algo que se lo pareciera era otro asunto.

2

El país, casi al final de una nueva década, estaba esta vez sacudido por movilizaciones dirigidas a transformar la sociedad desde las raíces con arte, parte y arrebato –igual al resto del planeta–, y la represión policial desplegada día a día no daba tregua. Era imperioso acallar ruidos molestos –según Fermín– quien prefería el mutismo de los sepulcros. Sin embargo, no olvidaba la primitiva voz de entonaciones dispares que le daba su identidad de músico. La forma de golpear en un ritmo monótono interrumpido de forma sorpresiva por otro más alto en tono –no en volumen– y volver a un nuevo golpe ida y vuelta sin mirar a quién, era una idea que consideraba propia. En esa tesitura, en lugar de escuchar habló, dio nombres y más nombres en un solo acorde, y lo hizo más allá de sus propios codos, por interés de agonismo no de protagonismo, o de una fama ficticia que no lucía en sus cuentos. Después de este hecho, ni sus mujeres habían logrado perdonarlo, porque la lealtad había dado paso a la traición demasiadas veces y esta de ahora tenía aquello de juego perverso en el que se amparaba Fermín Fernández para elegir personalidades que rindieran distinción al concepto falaz que tenía de sí mismo, ni siquiera a él o a una ideología personal que lo justificara. A un Fulano o Mengano del cual no se tuviera en cuenta su nada singular patronímico, el que no podía borrar de su partida de nacimiento y tras del cual se escondiera en letras mayúsculas. A un dios que caería a manos de sus propias, exactas y estrictas palabras.

La necesidad de silencio llevaba a FF a vagabundear por los cementerios, las salas de velatorios, los baldíos, las iglesias, los consultorios, las clínicas, las azoteas, los callejones..., y cuando

fuera hospitalizado por una afección pulmonar tuvo sensación de alivio, un modo de encontrarse con su cuerpo en una parte blanca de la realidad, respirando sus propias cuartillas sin mácula. A lo mejor fue uno de esos momentos donde pudo inventar las mejores palabras mal escritas para descalificar a sus otros yo, esos que no lo dejaban alcanzar el trofeo.

Hoy, ya entrado el otoño con la caída de hojas resecas y fogatas en el cordón de las veredas, Fermín no sabía qué estaba pasando en sus confines, solo el olor a leña quemada le picaba en la nariz y le trasmitía leve idea de lo que se avecinaba. En tanto, oía el mar a lo lejos –asomado a la pequeña ventana de la pensión–, el pedido afónico de las gaviotas, alguna gritería infantil lastimándole los tímpanos y se acordó de su hija Isolina, a la cual desde años atrás no veía. Si bien la relación con ella había sido tan inconsistente como él lo era, la niña –ya mujer– desde la adolescencia conocía la literatura del padre a través de cartas, pero ahora había perdido su pista o ella perdido la de él en ese maremágnum del transcurrir y del correo postal. En realidad, nunca había sentido atracción por los niños porque alborotaban su paz con chillidos incorregibles y mocosas demandas, ni por los adolescentes, quienes subían el volumen de las radios con músicas estridentes como las que hoy sonaban –desde balcones aledaños– sobre los demás sonidos.

A la hija, a su vez, le molestaban las apreciaciones de Fermín sobre su letra demasiado pequeña, sus espacios excesivos entre palabras, sus redondeles en lugar de puntos de las jotas... No le gustaba la literatura, es más, ella sentía intolerancia frente a parábolas y alegorías, hacía un esfuerzo inmenso por leer al padre y comprender –aunque fuera un poco– el significado de sus dichos y entredichos. Ahora bien, el deseo de conocerlo en profundidad no llegaba al sacrificio, no podía dejar de escuchar el sonsonete de la voz de su progenitor imponiendo la escritura como un castigo: "tenés que hacer buena letra", "poner los puntos sobre las íes", "calzar los puntos", la mínima desviación lo exasperaba, como si la letra entrara con algo más que tinta, por lo cual dejó de

escribirle y contestar sus mensajes. Ella pensaba que podía heredar las palabras, así como estas se heredan unas a otras, entonces vendrían solas a darle una mano escrita cuando ella lo necesitara, confiando en que sería el mejor testamento de su padre. Por ahora prefería dedicarse a una actividad física, alejada de envolventes engaños, posesivos y posesos de la lengua. En alguna ocasión ella había confiado a Fermín su preferencia por los trapecios y su sueño de ir con un circo a conocer el mundo por lo alto, tal vez por eso –se inquietó en un instante paternal– "no la volveré a ver".

Un violento acceso de tos le sobrevino en medio de una llamarada que subía por las ramificaciones de los bronquios y le rozaba las cuerdas vocales. Carraspeaba párrafos enteros imposibles de escribir, y ningún compás o tonalidad se hacía cargo de su laringe. Expulsó un abecedario completo –con hache y letras dobles– junto a una oscura saliva y ya no pudo volver a hablar.

XI

1

Casi dos años después de conocer a Mabel, salí nuevamente como alma que se la lleva el demonio, esta vez del país, perseguida sé bien por cuáles diablos aunque no sé bien porqué, o tal vez el motivo sea tan insignificante e injusto que no quiero recordarlo. Esos años fueron de porrazo tras golpe, de pérdidas, evasiones, acechos y persecuciones, y tuve que marchar como la mejor aunque no lo fuera. Dejé atrás amigos, familia, pertenencias... El teatro, los proyectos, el estudio quedaron lejos y mis extrañas personalidades se fueron diluyendo en nuevos cumpleaños que tocaban a la puerta y había que celebrar para no quedar excluida del acontecer. Recuerdo siempre a mi amiga Mabel T. I. Fernández R., no sé si aún vive, y a su deseo inalcanzable de pureza, tal vez trasmitido genéticamente por un padre que lejos de realizarlo, salió del cauce.

A una lista de debilidades, por no llamarle defectos, Mabel sumaba alguna de las obsesiones que en mi caso creo que pude canalizar por medio del oficio de correctora. Ella llevaba consigo una cinta métrica de sastre con la cual medía las bocas de la gente, pues buscaba un equilibrio en el rostro humano. Cuando lo hacía con sus pretendientes, si se pasaban de la medida que consideraba apropiada, porque sentía rechazo por las bocas grandes, les daba vuelta la cara. Doy fe porque lo presencié junto con uno de mis compañeros de actuación, y ambos nos sorprendimos ante tamaño gesto. Seguramente ella anhelaba el punto justo que le permitiera encontrar una perfección acotada a cada ser y a sí misma, en reductos inencontrables. Masticaba cincuenta y nueve veces la comida,

limpiaba los asientos con un pañuelo cada vez que se sentaba y su vestimenta a veces dejaba mucho que desear, porque su extravagancia pasaba por un vestido excesivamente corto para la época, un sombrero de alas muy anchas en verano, botas ajustadas de caña alta en cualquier estación y guantes largos para salir, pues fuera de su casa proliferaban las temidas bacterias. En este aspecto lejos estaba de encontrar el ansiado equilibrio.

De estos recuerdos míos, de los cuales quedan pocos testigos, rescato el lugar del circo como un enigma, un recinto mágico seductor e impenetrable. Cada vez que iba a una función descubría un artista menos, mejor dicho, perdía un personaje. Primero fue uno de los payasos que, como todos los comediantes, ocultaba una boca desconsolada bajo un maquillaje sonriente y yo diría algo más que no supe descubrir, presente en su mirada temerosa y el estremecimiento de los labios pintarrajeados, con un dejo de odio. Después se fue el trapecista cuyo número principal, una acrobacia volando cabeza abajo, provocaba vértigo al tratar de seguirlo con la mirada. Ambos dejaron de aparecer en escena sin aclaración alguna y al mismo precio de la entrada. Una Diana cazadora que arrojaba flechas a un blanco móvil con diestra puntería, desapareció luego como por arte del propio tiro. Hasta que de un día para otro la carpa fue desmontada del baldío, cargaron vituallas y Mabelita se despidió de mí con prisa, dejándome una libreta de notas en custodia, según ella, hasta su regreso, que nunca ocurrió. Hacía unos cuantos años el cuerpo de Fermín Fernández había dejado de existir sin gloria, depositado quién sabe en qué cementerio para que disfrutara en lo posible del silencio de su sepultura, y de él quedaban unas cuantas palabras por liberar subrayadas en cuadernos, en letra roja.

Pude encontrar después, escrito en la libreta negra que Mabel me confíara, en letras de su padre, el apellido de mi tía Albita junto a sus otros datos personales, su domicilio preciso en un plano y al mes de abril, mes en que fue detenida por los militares y desaparecida hasta agosto, donde reapareció muy lastimada en un cuartel del departamento de Florida.

De esa época peligrosa evoco hoy a seres que se fueron dispersando entre prisiones y exilios, de los cuales me queda solo un trozo de nostalgia. Una invasión de objetos, ahora perdidos, nos convocaba en aras de conservar una pizca de firmeza, aun en el absurdo, buscábamos cosas que sirvieran de escudo para no mirar el susto a cara descubierta y desafiar el olvido: mates, relojes, botones, grabados, poemas, llaves... pasando de mano en mano como ases de copas, o simplemente copas. Por ejemplo, un reloj era Carlos, un botón era Susana o Graciela, una llave el portero…, las cosas tenían dueño y se sumaban para suplir retiradas. No podíamos guardar retratos ni cartas ni nada que pudiera identificar a nadie. Juntábamos cajas de fósforos, lapiceras, yesqueros, postales, en las cuales veíamos reflejados rostros de quienes ya no estaban en las ruedas habituales. En mi caso, coleccionaba fotos de artistas de cine clasificadas en catálogos por país de nacimiento, donde hacía coincidir las iniciales de los compañeros requeridos y los lugares adonde habían ido a parar. Estos archivos fueron destruidos por hombres anónimos que ingresaron a mi casa una madrugada, se llevaron los textos de química del liceo y envases con agua bendita creyendo que podían ser elementos para fabricación de explosivos. Pero la ignorancia a ojos vista no los hacía menos fuertes y quienes no desaparecíamos empezamos a creer en milagros.

2

Los amores existen por tramos, no importa la extensión, adoptan perfiles de personas que a lo largo del tiempo se transforman, cada nombre se separa en sílabas, se dividen entre sí cada una de las letras y dejan de existir una vez que los fragmentos llegan a la última etapa del borrado. Envueltos en apodos y seudónimos, dejan de nombrarse a medida que el paso de las estaciones los va derribando y si no hay en ellos un estilo que los renueve, terminan dispersos en pedacitos de olvido.

Mis abuelos y mis padres poseían una fortuna de buen amor, heredé de sus actitudes diferentes formas de probarlo, aunque yo tropecé con sentimientos desencontrados, no siempre recíprocos, como sociedades anónimas o de responsabilidad limitada. Pero el amor es tan amplio que se puede escribir mucho más que de la *a* hasta la *r*, sin caer en cursilerías.

No recuerdo cómo se llamaban aquellos a quienes amé, demasiados para una sola historia, insuficientes para continuarla, así y todo hubo en ellos tantos besos en la boca como en el pan compartido y el querer sucedió felizmente. Una de mis parejas estuvo próxima a ser un poco más que historia, pero eso no quiere decir nada, pues cada uno de mis romances, a su manera, forman parte de una biografía que aún no deja de estar.

Una noche, con el fin de conocer la identidad de un informante de la policía que señalaba opositores a la dictadura, fuimos un compañero y yo a un barrio periférico de Montevideo. En una esquina nos abrazamos para disimular nuestra misión, representando a una pareja de enamorados que estaba allí por casualidad. Desde ese momento, sin darnos cuenta que existíamos más

allá de la escena, en un simulacro donde debíamos fingir no tener lo que teníamos, comenzamos una relación que duró tanto como pudo ese tipo de encuentro acorde a las circunstancias, esas que no suelen autorizar una tregua. No se presentaron cometidos similares después, y cuando él cayó preso entendí que las opciones no dan lugar a la suma sino más bien a la resta. Elegir es siempre dejar algo de lado y no siempre quien toma la decisión es quien la cumple, ni tampoco renunciar es el mejor pretexto porque a veces la elección ni siquiera es posible. Sin embargo, creo que soñar es la mejor forma de empezar. Al fin y al cabo, el principio no queda solo ahí.

Nunca pasé por el matrimonio, casi todas mis convivencias transitaron el ciclo idilio – pasión – sexo – compañerismo, hasta los abandonos y reproches mutuos, y aunque no son inolvidables su memoria me hace seguir creyendo que el amor, sea cual sea, existe, por más efímero que sea.

La Tata Beatriz, mi abuela, fue una mujer apasionada de su hombre, de sus ideales, de su proyecto de mundo. Al morir mi abuelo de un paro cardíaco dicen que ella no lloró, colgó en la pared una foto de él junto al del pequeño Liberto y se dedicó a trabajar en el sindicato de lavanderas a modo de relevo de lo que su Nicola no haría más, nunca más. No tenía 40 años pero su concepción del mundo ya estaba decidida. No se le conoció jamás un amante, pero aun en las malas siempre estuvo a su lado un ser humano que la amaba y un mundo entero al cual amar.

Los días de los entierros de Liberto antes y Nicola después, mi tío y mi abuelo, según me contaron, fueron casi iguales, viento del suroeste, sol resplandeciente, la sola diferencia de una carroza blanca para el hijo y una negra para el padre. Las flores silvestres colmaban las tapas de los féretros y la gente del pueblo desfilaba como en una manifestación, de aquellas que en algún momento liderara el respetado peluquero. No hubo luto y las medias negras que le regalaron a mi abuela en ambos sucesos, dicen mis tías, quedaron guardadas en un cajón del ropero. “El luto no es más que una hipocre-

sía, solo sirve de disfraz para un fin, así lo usó la anarquista Juana Rouco, traje negro y velo sobre la cara, con el objetivo de salir del país y burlar a la autoridad", cuentan que pronunció ella en medio del sepelio de su marido, por supuesto una opinión discutida por la mayoría de los pobladores, justificada por el hondo pesar que había llevado a la pobre mujer a desbocarse.

Y sí, las maneras de amar son infinitas, un ágape en el modo de vivir tanto la muerte como la vida, en esta imprecisión de los términos, entre las verdades del secreto y la libre expresión del sentimiento. Pero si de perder a los seres amados se trata, la pesadumbre es nítida ante el vacío del alejamiento. Por eso, mi Tata, en las lápidas del cementerio solo quiso que grabaran LIBERTO en la más pequeña y NICOLA en la más grande. Nada de agregar "sus padres y hermanas" o "su esposa e hijos" como era costumbre, o los inciertos apellidos. Bastante tenía con el padecimiento de fijar para siempre en una losa apenas las letras de un nombre, perdido entre cientos de tumbas en un cementerio.

XII

1

Lo que pasó puede ser nombrado como se desee, no hay palabras exactas para describir azar, destino, consecuencia, casualidad... Después de una noche casi en vela intentando conciliar sucesos, a la mañana Beatriz preparó leche y pan con manteca a sus hijos y se dedicó a lavar ropa en el fondo de la casa. No sabía qué hacer en asunto tan extraño, Nicola no acostumbraba a soltar prendas así como así y las reuniones con sus compañeros se realizaban en la peluquería, nunca en su casa. Si bien ella conocía a varios, incluso a sus esposas –vecinas del pueblo– un recato le impedía acercarse, y en ocasiones similares trataba de no implicar a nadie enfrentando por sí sola la situación de detención de su marido, a sabiendas de que en pocos días todo estaría resuelto y Nicola libre.

Esta vez había tenido una sensación distinta: hostilidad mayor por parte de la policía, prolongado mutismo del comisario, un velo inseguro en la mirada de su esposo, tanto que ella no se había atrevido a tomar las riendas para traerlo de vuelta a su casa. ¿Qué sería esta vez? Todas las anteriores habían sido difíciles: temor, rabia, angustia, sentimientos encontrados con aquello que podía coincidir o no con su juicio, pero ahora no debía dejarse llevar por arrebatos y confiar en que Nicola tenía suficiente sensatez para saber lo que hacía y cómo. Percibió que esto llevaría tiempo y debía prepararse para hablar con él en cuanto se lo permitieran –escuchar sus razones–, después con sus hijos en tanto duraba la ausencia. Tendió al sol dos cuerdas de ropa recién lavada antes de decidir que esa tarde iría a la peluquería, aprovecharía a desempolvar y a lo mejor a encontrar allí alguna huella sobre lo sucedido.

Después del almuerzo dejó a las niñas en el colegio, tomó un juego de llaves y se dirigió al comercio de Don Nicola acompañada por Liberto. Cuando llegó se puso en guardia al advertir que el letrero colgado en el reverso del vidrio ya no estaba, aun cuando el día anterior lucía claramente... La llave abrió sin dificultad y al entrar percibió un olor extraño, como si algo se hubiera tostado, mezcla de alcanfor o azufre, elementos poco probables entre los utilizados por un peluquero. Al levantar la mirada la sobresaltó una leyenda escrita con letras negras sobre el espejo de marco dorado: TRAIDOR. Un sobre abierto sobre el sillón daba idea de que una carta había sido extraída de allí, y al pasar a la trastienda encontró una papelera que soltaba un hilo de humo entre cenizas de papeles chamuscados.

Comenzó a barrer como poseída, todo demasiado incomprensible para Beatriz habituada a enfrentar las situaciones aciagas con inteligencia. Ahora intentó serenarse, reunir los fragmentos de aquel acertijo: folletos quemados en la papelera, un sobre vacío, un local vulnerado pues un cartel había desaparecido adentro –detrás de la puerta de entrada– una leyenda negra –ilegible para ella– fija en el espejo… En la consola encontró otro de los carteles que el peluquero acostumbraba utilizar cuando la peluquería estaba abierta: BIENVENIDOS LOS QUE LLEGAN A ESTA CASA.

Se detuvo a recorrer imaginariamente situaciones en las cuales había tenido suficiente paciencia para tomar distancia ante los hechos. Pudo comprobar que ella no tenía claro las causas de las detenciones anteriores, aunque siempre relacionadas con las ideas de su marido. Bastaba saber que Nicola pensaba diferente para ser tomado como el cabeza de turco, fácil de arrancar en cualquier situación, y de endilgarle delitos que no eran tales y acciones que no eran suyas. Tanto que Don Nicola había evitado muchos estragos planificados por algunos “desubicados” y pagado por ellos. Precisamente allí sobre la mesita se veía un texto de letra y puño del italiano sobre un *pic–nic* familiar –organizado en Carmelo a beneficio de los presos sociales– que decía: *es necesario que no se hagan disparos al aire en forma de selebrasión porque el día menos pensado puede ocu-*

rrir una dezgrasia. Muestra falta de cultura ajena a nuestra organización esos juegos peligrosos y somos los anarquistas los beladores de nuestros actos para que esto no suceda...

Nicola no compartía estas prácticas ordinarias pues le parecían imprudentes, así como los atentados que no condecían con su espíritu pacífico y, al igual que otros compañeros, encauzaba el discurso contra el despotismo, por solidaridad con los trabajadores y a favor de una educación libertaria y humanista. Hacia allí apuntaba la brújula de su continuo desafío. Por eso a Beatriz le dolía si lo culpaban de actos que él no había cometido o lo incriminaban por defender justas luchas que ella había aprendido a respetar: "por un poco de sol, pan fresco y horas de descanso para los obreros", y oponerse al trabajo infantil, tan explotado y habitual en esa época… Años después, cuando su compromiso fue mayor, ella puliría sus dichos con algo que había oído y adoptado: "por medio pan y un libro, eso es suficiente".

Mientras Tata Beatriz abría las cortinas para dejar entrar los rayos del sol todavía claros y baldeaba el piso del local, Liberto jugaba con los renacuajos que nadaban en un charco a orillas del camino frente al establecimiento. Allí crecía un grupo de colas de zorro que formaba un arbusto decorativo, por lo cual Nicola lo había dejado crecer aguardando su florecimiento en el verano. La madre llamó al niño para ofrecerle una manzana que traía en la bolsa trenzada junto con una flauta de pan para el preso, lista para entregar en la comisaría antes de regresar a su casa. El niño sonrió a su madre, tomó la manzana y volvió a sentarse en el borde de la vereda empedrada que separaba la peluquería de la calle. "Una pelota comestible", dijo Liberto, arrojándola al piso para ver si rebotaba. Fue en ese momento, cuando se agachó a recogerla, que se escucharon las detonaciones, fueron varios impactos que alcanzaron los vidrios del negocio en una ráfaga de fuego que salió de un invisible infierno. Beatriz salió corriendo a la puerta como si se la llevara un diablo que había iniciado su periplo en el espejo, y vio aterrorizada a Liberto caído sobre la vereda –detrás de la mata de colas de zorro– con un orificio de bala en la espalda.

2

La carta de Nicola había desaparecido igual que las demás pistas. Él lo supo muchos meses después, cuando lo dejaron en libertad, preso en el penal de la pena y la culpa desconocida hasta ese día. Cómo unir a las sospechas las certezas, coincidir lo real con la simulación, escenarios y experiencias, son preguntas sin signos, porque las dudas están sucediendo, producto de un momento que se conjuga en presente así todo haya pasado. Ahora, Nicola veía tras los cristales redondos de los lentes y percibía el hecho como un inmenso error convertido en horror no solo por el cambio de unas simples letras. Panaderos, colchoneros, sastres, zapateros, hojalateros, muchos de sus compañeros habían sido solidarios con su mujer y sus hijas, y ahora se acercaban a Nicola con una mano igual a la que tantas veces recibieron de él. Ese hombre ya no era aquel jovial peluquero, sino un hombre mayor, delgadísimo, las motas del pelo encanecidas, los ojos perdidos en nada.

En una de las márgenes del río Uruguay fueron detenidos los prófugos en la noche, cuando desembarcaron en suelo uruguayo. Los compañeros que los estaban esperando cayeron también con nombre y apellido, otros lograron huir en las tinieblas de la clandestinidad. Un golpe exitoso de la policía coloniense con felicitaciones de la policía montevideana y bonaerense, ambas rastreadoras de los revolucionarios anarquistas que acababan de asaltar un banco. Pero ningún triunfo de los guardianes –más perros que ángeles– hubiera sido posible sin la participación de un confidente, alguna persona que sabía a qué hora llegarían, en qué lugar sería el desembarco, cómo estaban vestidos, cuáles sus nombres y sus alias, quiénes los encargados de trasladarlos y dónde y cuál sería su destino…

Don Nicolás Gentili había organizado todo con el mayor detalle: establecido el enlace con el boticario de Nueva Helvecia para que esperara a una hora exacta –al día siguiente– la llegada de los evadidos, entregado las llaves a su contacto en Colonia para que ellos pudieran entrar durante la noche a la peluquería, recoger la carta y dejar allí a los argentinos hasta que él llegara a la hora acostumbrada en la mañana, sin avivar sospechas. Después, una vez caracterizados, podrían continuar el viaje. Pero algo había fallado, "la perfección nunca es perfecta", se dijo conmovido y escéptico. "Agüita mía, si volviera al remanso...", pretendió recordar unos versos suyos con el deseo de cambiar su forma de permanecer en la vida, pero renunció ante la evidencia: "aunque soy, no lo parezco".

Trampa, celada, delación, qué importan ahora los sinónimos, los falsos rumores son capaces de acabar con la vida de un inocente llámense como se llamen –sintió cada uno de los huesos del espinazo, mientras se extendía a lo ancho del colchón limpio donde había vuelto a acostarse después de salir de las privaciones de la cárcel–. El techo parecía haberse derrumbado sobre la vivienda dejándole ver el cielo apenas con tres Marías brillantes, y un soplo de viento blandía sobre la cara del viejo atravesada de arrugas. La casa estaba vacía –así la encontraba– en un silencio profundo como si allí no viviera nadie o peor aún, como si nadie hubiera vivido nunca.

La carta aquella era anónima, ese había sido el acuerdo, no estaba dirigida a nadie, era una prueba de lealtad para que el grupo supiera que Nicola pertenecía al movimiento responsable de colaborar y los fugitivos pudieran continuar su huida. La única identificación era la letra redonda y clara de un calígrafo perfeccionista de la pluma como el italiano Gentili, quien mantenía junto con palabras mezcladas en su idioma el español adquirido a tropezones de ortografía.

Pero las coincidencias –o el azar– tienen un precio. Al pasar por la puerta de la peluquería en la noche, los compañeros vieron un letrero colgado del lado de adentro que no había sido concertado y que podía llamar la atención de la policía, pues parecía un código. Era el cartel que utilizaba Nicola cuando cerraba la peluquería para

ausentarse por una razón particular, fruto de esa manía por dejar mensajes. Pese a las sospechas comunicadas en la reunión, las opiniones sobre Nicola estaban divididas, la mayoría lo consideraba un hombre de confianza, amén de su debilidad por las mujeres. Por eso, el italiano estaba obligado a demostrar que sus defectos no eran mayores que sus virtudes y que no sería capaz de traicionar, ocasión ideal para validarlo. Sin embargo, la operación fallida y las consecuencias resultantes fueron un cúmulo de contingencias, como una hilera de piezas que empujadas desde la primera van cayendo una a una hasta llegar a un precipitado e inevitable desenlace.

Es de suponer que fue en la mañana –enterados de la detención y traslado inmediato a Montevideo de los fugitivos, considerados de peligrosidad por los mandos de la época– cuando el resto de los involucrados en la operación entraron a la peluquería y al no encontrar a su dueño, Don Nicolás Gentili, se convencieron de que la sospecha sobre él era firme. Los disidentes –según una de las versiones– quemaron posibles evidencias, sacaron el letrero de la puerta y la carta del sobre, y escribieron la breve sentencia en el espejo. Fue en la tarde –siguiendo esa versión– después de leer la carta en conjunto, cuando unos pocos resolvieron acribillar la fachada del comercio como demostración de repudio, aunque otros habrían votado por las bombas de alquitrán.

La carta que Nicola escribiera con ánimo fraterno, diciendo su verdad, fue interpretada en cambio como una demostración de su opinión opuesta, lo cual justificaba –para ellos– la actitud traicionera hacia quienes discrepaban con él. Según parece, se habían detenido en este fragmento: *...ahora prevalece entre algunos hombres las malas artes del engaño, aun aquellos que dicen que luchan de nuestro lado, ¡cuidado con ellos! La forza bruta no debe entrar en nuestra común idealitá. No dejarnos zebar como los explotadores que juegan con los destinos de los pueblos y roban para su probecho, busquemos la* harmonía *sobre la faz de la tierra. Ataquemos a los débiles de dentro que dejan de lado la moral y robemos solo las ideas porque no hay más ladrón que la* propietá*!*

Es cierto que yo todavía no me he movido de este lugar, porque no tengo tiempo seguro y tampoco lo necesito. Los libros me llevan a todos los mundos y los pequeños animales a mi lado hablan conmigo en idiomas sencillos. Nunca desconozco mi territorio a pesar de saltar de uno a otro sitio en otras vidas, porque en mis itinerarios de papel siempre me asiento en donde me toca estar. Tal vez sean solo las imágenes que me permanecen. En los estantes de mi entorno conviven carpetas, sobres, cajas que integran fragmentos de historias que se miran y vuelven a pasar por momentos cordiales: rutas, casas, vestimentas, maquillajes, disfraces, rostros... un día que se repite y no termina nunca.

Es el único indicio de verdad, un rectángulo reproduciendo un verbo conjugado en presente perdurable. Si fuera palabra exacta sería testimonio de ausencia, una sombra que pasa detrás del asombro, igual que la sombra de los nombres. La imagen, en cambio, construye una realidad de un único sentido, a la vez múltiple y extraño, desde la cual sentimos un instante de presencia, a partir de él millones de imágenes irreales se extienden en una creación eterna. ¿Quedará en la palabra algo de esto?

Me confunde el hecho de creer que en un álbum hay algo más que recuerdo, porque cuando miro no veo y cuando veo no sé qué creer. A una palabra es posible mirarla posada sobre un primer plano, así como en un primer plano se puede distinguir la fisonomía de una palabra intensa.

Aquí, donde no tengo nada ni soy nada, no encuentro diferencia entre contemplación y evocación, no importa mi género ni mi espacio, convivo con los objetos más nobles y con los seres más

bellos. Juego a vivir, sueño con los sueños. A mi edad sin años nadie me marca una frontera ni tengo que simular una superficie, creo que la verdadera dimensión está en aquello que deja su huella, disimulada en el aire de los relatos o en el marco de una cara, como una trampa extendida en páginas de una memoria incierta.

XIII

1

Si Fernández hubiera querido tal vez podría no estar solo este día, en medio de la avenida, despeinando pensamientos con un ventarrón llegado desde el puerto en remolinos por la calle perpendicular al agua. Era una mañana de un año que había dejado de ser nuevo y la Plaza Independencia recogía en los alrededores la basura de la noche última en restos de envases de sidra, bolsas y cajas de regalos vacías volando. Podría haber reverenciado aun a sus preciosas mujeres por sus cabecitas avispadas y culos firmes, a sus viejos compañeros del boliche por su pedantería aldeana y debates mediocres, a su hija Mabel Isolina –Belita o Belisa como deseaba llamarla ahora– por su personalidad cobarde y su odio a la literatura, pero en ninguna de estas personas había hallado el sentido de ser en el sentido de estar, como verbos auxiliares pero imprescindibles, y eso era para él la clave del entendimiento. No por los defectos de esta gente –obviamente tediosa–, sino por la ausencia de no ser en sí mismos más que seres para otros, una masa corporal donde la imaginación iba hacia un lugar imposible despojado de propiedad. Un aspecto catastrófico donde la permanencia no pasaba por la aspiración de unir los puntos de las personalidades que componen un individuo, sino por el de sumar primero los instantes que construyen el tiempo. La única línea tangencial de acercamiento estaba destruida y más que una tangente se había convertido en una línea paralela, cortando posibilidades de encuentro. Una reducida zona en común para durar las relaciones lo que duraran y punto, punto final. Por ello, ninguno de los atributos iniciales de alguien le provocaba interés, ni para empezar un año

nuevo, ni para festejar la Declaratoria de la Independencia, ni el fin de alguna guerra.

El ámbito del lenguaje podría ser mejor reverenciado por Fermín Fernández como compañía, así como el salchicha del vecino le ofrecía mayor provecho en un diálogo parco y respetuoso, casi de igual a igual. Solo cuando el animal lo miraba dócil a su llegada reconociéndolo u olfateaba el borde de sus zapatos, no cuando bajaba por el pasillo con un ladrido reiterado e insoportable, como la irrupción de una alarma.

Si hubiera reverenciado a alguien, tal vez hoy podría estar acompañado por la soledad de otros y no sentir la angustia de estar pasando del ser al no ser, en un artificio común sin verbo –ni música ni escritura, ni pie de página– en un devenir imparable. Sería interesante conocer la opinión de los seres que él despreciaba ahora, pues muy pocos se le acercaban desde años atrás cuando todavía había sido capaz de hablar.

Ya convertido en un hombre anciano –el escaso pelo sin necesidad de peine, los ojos detrás de círculos hinchados y blandos–, caminaba lento ahora por una pendiente en dirección al mar, dejándose llevar por la racha que flameaba los carteles de propaganda, restos de la última campaña –esta vez una elección acusada de fraudulenta–, sin perro que le ladrara. Lo único que Fermín podía escuchar paciente, sin que los oídos crepitaran como en un incendio, era el viento, ráfagas de una batalla temporal, el ulular pesado corrompiendo aberturas de ventanas por donde veía pasar el día de hora en hora, con la única obligación de salir a comprar cigarros, cigarrillos, hojas, hojillas, tabaco, fósforos y más papel para escribir planas iguales a las líneas solitarias de las calles que miraba desasosegado –ahora en mitad de la vereda– aturdido e inconstante, menos Fermín que nunca.

Estaba agotado, feo, la tos lo convulsionaba, había pasado meses sin pisar el boliche donde acostumbraba jugar al solitario con las barajas españolas –únicas que lo miraban directo a los ojos–, ni escuchaba música en la radio porque a esta la había empeñado. Todos

los recuerdos eran de otros pero todas las palabras recordadas eran suyas, por lo menos de alguno de los Fermines, ese que tamborileaba a menudo los dedos sobre la solitaria mesa que conservaba casi fantásticamente o por la supervivencia de la propia madera. Le surgió la palabra gallina y sintió un escalofrío. No era un ave de su atención, demasiado vulgar para su ingenio, sobre todo recordó cuando Floralba le contó que en el gallinero de la quinta de sus padres –en San José– solía dormir un gato grande, del tamaño de un pequeño jaguar o gato montés, al cual criaban en el hogar. El animal se echaba en el nido de las gallinas a empollar los huevos corriendo el riesgo de los picotazos, mientras ellas dormían paradas en el palo sin insomnio que las importunara. Esta imagen se le hacía insoportable, algo así como estar en el lugar equivocado o en la relación errónea o en una confusión de roles. Todavía veía a Flor, el gato y las gallinas, como en una mezcladora de cemento de la cual surgiera finalmente un ser extraño que se iba fraguando de a poco sin sexo que lo identificara, y sin lenguaje porque la voz resultante no tendría nombre. Pero nombrarla –solo Flor, Florcita o Florecita, sobre todo Floralba– le provocaba malestar en algún espacio impreciso de su volumen corporal, opuesto a aquella sensación de alegría que algunas veces le había causado. Y nombrar a su gato Iván –al cual había echado de su vivienda por escándalo– más que sufrimiento era como un terrible peso sobre las costillas del cual no podría desembarazarse.

A su alrededor se había instalado la mañana y él se detuvo prudente en un escalón de la vereda, sorprendido por la grave modulación del silbato de un vapor próximo a entrar al puerto. No había gente, solo vio una pareja muy joven indicando una gaviota en el firmamento, ajena al ruido ambiental. Él había visto llorar a jóvenes en la calle el día después de las elecciones –en el noviembre pasado– envueltos en una bandera de Artigas, enlazados igual a estos dos, lo cual lo había conmovido tanto como el proceso de transformación del gato. La ciudad ahora estaba como él, casi desierta y revuelta en un caos de enfrentamientos, perdida en el devenir, en busca de una salida mejor hacia el otro mundo.

2

Los plazos del escritor y músico estaban por concluir. Las deudas sumaban intereses que ya no estaba en disposición de cancelar, y los acreedores subían ya por las escaleras como plantas trepadoras al ritmo de una música parecida a un *réquiem*. El calendario había perdido las últimas hojas en medio de una furiosa tormenta sin viso de conclusión. Una biblioteca en el cuarto de Fernández se desbordaba en carpetas cargadas de borradores, periódicos, recortes, junto a una papelera rebosante alrededor de la cual sobrevolaban torpes mosquitas. A la mesa la revolvían objetos inservibles: monedas fuera de ciclo, un plumero desplumado, crucigramas completos, barajas sueltas, pocillos sucios de café, lápices sin punta, tinteros quebrados, cuadernos llenos de palabras y muchas colillas de cigarros, algunos a medio fumar, apagados en los bordes de ceniceros repletos. Un olor rancio flotaba en niveles estratificados, como en líneas de un osciloscopio que suben y luego descienden bruscamente, aquí, sobre el polvo acumulado del piso.

Repasó el espacio de su infancia y se detuvo en un perro. Era blanco y caminaba con dificultad. En las patas traseras le habían colocado un dispositivo de metal con dos rueditas que le permitían desplazarse. Paseaba por la rambla junto a su dueña, una señora elegante con un abrigo de piel. Le intrigaba el proceso mental de alguien con deseos de mantener con vida a un perro paralítico, pero el centro de su pensamiento estaba en el animal, en el hocico jadeante y en los ojos opacos intentando resistir por sí solos el andar del cuerpo. Aunque los perros foxterrier son parecidos entre sí, en este había algo de destino personal en su marcha, y no tenía que ver con

sus patas inútiles sino con su actitud, un destello de nostalgia por lo que ya no era y un más allá de lo que no podía ser.

El orden del mundo –perdió la mirada en una nube inexistente–, planetas girando en torno de un eje, a la vez circunvalando el sol, los cálculos horarios, los doce puntuales meses con denominaciones míticas asignadas a los días de la semana como objetos celestiales, a FF le daba vértigo. Él hubiera deseado inventar un almanaque sin días y sin noches, detallar fechas a su minucioso modo en el orden ordenado en su cerebro, con los nombres que hubiese decidido nombrar y las celebraciones de sus propias celebridades. No como ese que veía colgado en la pared como una obra de arte o un cuadro de un ídolo. Los calendarios lo incomodaban con columnas rigurosas y números rojos variables, según cálculos de una matemática antigua de arbitrario sustento. La eternidad –comprendía– pasaba por vueltas y más vueltas, ondas en el mar, turbulencias, en un océano infinito dispuesto a la perfección, pero cargado de misterios.

En este mismo momento la cama donde yacía oscilaba como un barco, con movimientos hacia los lados, lentos y breves, como si se estuviera meciendo en una hamaca paraguaya tirado entre dos jacarandás en una casa de campo. Allí mismo sintió una traslación elíptica en torno de sí, su vida había sido un error por no haber descubierto los mecanismos que le permitían continuar un ciclo cuando todo estaba concluido, escribir un gigantesco texto interminable, una sinfonía inconclusa, un monólogo inacabado, subir una escalinata sin punto de apoyo, pero la eternidad era una posesión demasiado prolongada y él no había sabido conquistarla. Demasiada angustia conseguir un método –apuro que podía ser aprieto o apremio– para terminar con todo desde una altura considerable, así como había podido empezar desde el cañonazo más certero. Un arte imperfecto el suyo, una equivocación en sus previsiones, porque cada uno de sus protagonistas había nacido el mismo día y año con el mismo destino y por ello no tenía forma de burlarlo, cambiar el curso de la

navegación y salvarse. Se sorprendió al seguir pensando en el perro al mismo tiempo que en el sitio donde él se balanceaba, dos imágenes diferentes, simultáneas, a tal punto que se desvanecía una sobre la otra y volvía a aparecer desde una región del olvido o de la memoria.

Había logrado sí más de lo que otros hubieran deseado. Pero Fermín Fernández descubría en esa fecha un territorio con sus propios contornos, el límite de la nada, una sentencia a la cual se había sometido cuando dejó de usar heterónimos y se plantó a escribir propaganda política afirmando que el continente se sumía en el caos de movimientos a los cuales había que destruir a todo costo. No por ponerse de un lado o de otro, sino por no instalarse en ninguno o a lo mejor porque no sería posible llegar a ser nunca. A un precio que ni siquiera él había decidido.

Mantener el orden era una obsesión que pasaba por un ansia de poder que en lugar de animarlo lo sometía a conservarse desde el primer paso en una parálisis mediada por el fin. No sabía empezar, menos aún terminar, y en eso se debatía. Dudaba si sus pensamientos eran reales, distorsionados o imaginarios, porque la lógica no era su fuerte y el desinterés tampoco. En todo caso, podía inventarse como patriota –llegó a decirse en clave interior–, lo suficiente abstracto para que cada uno le diese el significado que deseara.

Los secretos de sus consecutivas señoras habían sido buenos argumentos para los relatos, muchos podrían considerarse escandalosos si se llevaran al ámbito público tales cuales eran, otros a lugares menos públicos pero contantes. Sin embargo, había optado por dejarlos casi todos en el plano de la ficción, aun cuando sabía que estos sí eran reales: Floralba, un personaje real gracias al cual había descubierto un sentimiento poco parecido a lo conveniente, infiltrado en su interior sin anestesia, envuelto en satisfacción y afecto, sensaciones casi desconocidas por él. Isolina o Lina, quien no escucharía más su música pero sí podría leer sus narraciones y a lo mejor admirarlo un poco, se planteaba FF. Ella, quien había sido capaz de ponerle el mote de farsante.

Hoy, agónico, en una pieza de pensión de mala muerte, de la cual no había podido salir como otras veces con la ayuda de sus ex esposas, ni de sus ex amigos, ni de sus ex cómplices, se le ocurría que podría haber usado esa información para un mejor y garantizado beneficio o, por el contrario, para una mejor forma de lograr estabilidad dejando lo anterior en medio del soplo de los vientos. Todo sería válido para una supervivencia de la imaginación al servicio de la peripecia, pues él se sentía hoy como un Mefisto lírico en una versión de piano solo, en un solo *pianissimo*, danzando los valses impávido y por única vez con un final previsible.

"Cambiar, modificar, transformar, variar", rimaba sinónimos en verbos infinitivos para sí, en un intento de evitar que la libre asociación de ideas lo llevara a un laberinto del que esta vez no tendría ocasión de salir: alterar, trastornar, destruir. La alfombra se elevaba ante su mirada. "...Una balsa en el mar, la habitación es un buque disfrazado, cubierta de sobrevivientes en cubierta... Veo los ojos de un barco destrozado oculto por las olas... destronado... solas..." –escribió una travesura en un pliegue de la mente– intentó "supervivientes" por "sobrevivientes", "alas" por "olas". Las eses evocaban algo terso, suave, un sabor seductor de sueño. Figuras retóricas lo invadían, calambures, aliteraciones, paradojas, hipérboles... Un yo había vuelto a aparecer y esta vez creía verse reflejado. Sus cuentos no siempre tenían buen comienzo y buen final, pero terminaban forzosamente con la palabra FIN como en el biógrafo. Aun así, no había sido capaz de terminar aquel relato que empezara muchos años atrás, en el año en que se estrenara "Lo que el viento se llevó", cuando ocurrió la batalla en el Río de la Plata a la vista de los montevideanos y una de las mundiales guerras –evocó Fermín tiritando–, sumido en la cama que ahora le quedaba estrecha. Se dio cuenta que la palabra Fin no era garantía de final y que todo su equipaje había quedado a media marcha, desde las primeras escalas musicales y las primeras sílabas.

Creía estar en este instante no sobre sino bajo la alfombra del dormitorio, guarnecido en una impotencia producto de su transfiguración, un deseo convertido en realidad –¿o en una ficción de la realidad?– que ahora deseaba no haber deseado. Percibió cómo los libros de la biblioteca aumentaban de tamaño, los títulos se esparcían y huían sinuosos de las tapas, las palabras tomaban referencias de sus vecinas y los significados se expandían en el ambiente amenazador, una letra lo golpeó en una ceja cuando otra, con la rapidez de un mosquito, se le incrustaba en el labio inferior. Los autores mezclaban sus letras y se combinaban entre sí, y una fotografía –caída desde el interior de una revista– reposaba en medio del pecho. Era una mujer que desde la altura de un pequeño banco de madera parecía dictar un discurso, como las sufragistas de principios de siglo. La imagen emergía de la cartulina con un parecido sorprendente a alguien con nombre cursi –de viejo cuño– que él había encontrado en su camino años atrás. Similar a una flor que no es flor, a una imagen que no es imagen, a la presencia de una persona que ya es ausencia. Las coincidencias no siempre son verdaderas, se puede fingir en una novela para parecer real, pero también puede serlo. No siempre se oponen los términos cuando están a punto de terminar. “La cabeza…”, “las manos…”, quiso gritar el malestar que le impedía saber dónde se encontraban sus imprescindibles herramientas, pero la lengua se lo impidió. La mordaza le llegaba desde muy atrás y del fondo de un monólogo inmortal.

Su cuerpo había crecido igual que las cosas –la habitación no–, se hundía en el océano de baldosas como un buque fantasma, sin poder asirse de una butaca o de un sofá salvavidas o de cualquiera de los objetos que se hundían junto con él. El sonido reproducido por el choque de los muebles entre sí no lo molestaba esta vez, organizaba el acompañamiento musical a un oído avezado al ritmo del oleaje en que flotaba, así como su visión le permitía observar las primeras consecuencias de un sismo donde revoloteaban útiles, lámparas, piezas musicales, fragmentos de diarios, cajas de remedios, en un remolino implacable donde la atmósfera

se iba agobiando. El movimiento venía desde el fondo del mar, como si estuviera en una isla creada por él, en la cual todos los mitos y leyendas se realizaran y los volcanes submarinos comenzaran a arrojar fuego por sus cráteres.

Probó pensar palabras que empezaran con vocal, rápidas y sucesivas, comprobar que ellas se guardaban en su cerebro y no emergían para arrojarse sobre cualquier página escrita y terminar anónimas. Le siguió un ejercicio de frases sin verbo pero todo resultaba asfixiante, su cuerpo aumentado se acercaba a las paredes laterales en el desorden del cuarto y la embarcación de su cama se había terminado de sumergir.

A esta altura del suceso, Fermín o Fernández o Fermín Fernández, Fermín o el músico, o el escritor, o el músico–escritor, o el escritor–músico, o Fermín F. Fernández, el periodista, el pianista, el farsante, FFF, FF o cualquiera de las personalidades ejercidas lo largo de su andar, habían terminado confundiéndose con el original. Y ese original, como el mapa de un territorio devastado, sobrevivía tenaz sobre todos sus personajes.

XIV

1

Los otros mundos adonde fui a caer eran de verdad de otro mundo, me costaba reconocerme y mis peculiaridades, atenuadas por las situaciones nuevas que debía enfrentar, no se parecían a mis anteriores rarezas. En aquellos lugares desconocidos estas pasaban inadvertidas, mis personajes sucumbían ante un anónimo escenario, pues en esas fechas ya tenía perdido no solo mi identidad sino mi lugar, y la añoranza del mar frente a una sucesión de montañas era una vana ilusión. Podía disfrazarme de sirena pero mis cantos rebotaban en paredes de piedra y regresaban convertidos en hechizos. Las diferencias eran notorias: otra nacionalidad, otro lenguaje, otras costumbres, el desajuste de una identidad en permanente construcción desde el comienzo de todo, hasta de estas palabras escritas sobre unas espléndidas hojas que hoy me permiten expresar.

En medio de estremecimientos y otros fenómenos naturales me propuse continuar la pesca de mis peces esquivos y encontrar nuevas señas atravesando mares de diversos continentes. Iba recorriendo geografías, remontando corrientes y paisajes para aprender a nombrarlos. Transformar tragedias en comedias, inventar otros juegos parecidos al teatro, nacer desde el hilo de un teléfono o cambiar las constelaciones conocidas por la osa mayor, era pan comido para mí. Pero navegar en busca de un personaje, hundida en un océano de náufragos, sí era difícil, propio de una obstinada sobreviviente. Por ello, como ahora, ocultaba mi fatiga en laberintos para demorar el futuro o subía por las páginas para reescribirme.

Dejaba de lado personalidades obligadas por las vicisitudes de los viajes, rodeando glorietas de largas avenidas, selvas y volcanes, las amontonaba en las maletas y destacaba solo aquellos hechos al día fuera cual fuera la fecha de ocurrencia.

Las sesiones de psicoterapia me ayudaban a comparar mis diferencias, podía reconocerlas, distorsionarlas, desnudar a los extraños de cada lugar y pasar a formar parte de ellos. Sin pasado conocido era sencillo representar papeles más nuevos que los nuevos, en tanto construia otros relatos desde el kilómetro cero dibujando seres menos terrestres y más extraordinarios. No era necesario fingir actitudes que pudieran llevar al fracaso, este ya se había producido, solo esperaba a ser presentada para saber a qué nombre responder, después me llamaba para no olvidarme de quien quería ser. La certeza está repleta de falsas oposiciones, prefería dudar, ser más grande que lo que hacía y dejar de decir antes de decir lo que no era capaz de comprender.

Mi actuación al cruzar la frontera uruguaya fue memorable, según los cómplices testigos y mis propios recuerdos de la partida, 27 años de edad y una esforzada experiencia en la personificación desde niña fueron suficientes para aprobar uno de los más difíciles exámenes de una escuela de arte dramático. Me concentré en un retrato de mi abuela Angélica, con su moño de cabello casi blanco, su falda amplia y larga, su chal con flecos, sus lentes de doble aumento que no permitían ver bien sus ojos, y me dejé llevar por una maleta y un pasaporte rectificado apenas en los dos números finales. Ya sin pánico de ningún tipo, sí con un temor controlado palpitando en los talones, pasé con pena y gloria hacia un poco de libertad. Si mi Tata Beatriz lo hubiera sabido, estoy segura de que mi audacia la hubiera hecho feliz.

En los nuevos mundos las novedades fueron descubrimientos: pájaros, plantas, músicas, frutas, colores, otras lluvias y espacios mayores, cuadriculados desde el aire, edificios altos como cordilleras, vías rápidas bajo y sobre la tierra, pequeñas islas, en un espejismo atemporal de vértigo. Las constantes pérdidas me habí-

an fortalecido, sin nada aquello era todo, aunque no fuera mío, porque poco a poco perdí la noción de propiedad y pertenencia para ganar otras. La mente se abrió a un tiempo innecesario, a una experiencia donde los conceptos circulan y los muertos vuelven al punto de partida, dejan de existir pero no se alejan del sitio donde habitaron. Es preciso morir un poco para compartir la generosidad de otras culturas, comprender la muerte en lo que tiene de vida, pues el origen o el final no tienen ni mayor ni menos importancia. Pude imaginar a mi tío Liberto silbando la Bella Chao, *alla mattina*, que cantaba papá cual un partisano boloñés, y a otros innombrados presenciando su propio fin. Aprendí afuera de mi país que los difuntos son los mismos en cualquier espacio y, aunque ellos a lo mejor no lo saben, viven el privilegio de un cuento interminable. Tampoco me empecino ¿quién sabe si algo es para siempre?, me pregunto, porque nada es seguro, "a Seguro lo llevaron preso", decía junto a la *ese* el "Nomenclátor de Nombres Inútiles" creado por mi padre. Un padre que murió, como tantos otros en ese período, lejos de mi presencia y yo lejos de la suya.

Las casas donde me tocó habitar en el destierro fueron planicies donde reposar los viajes, subsistir las apariencias, sitios pasajeros en los cuales se iban conformando las razones de una búsqueda, de salto en salto, como los gorriones, dejando miguitas por las dudas, para los que vinieran después o, en todo caso, para volver. Las imágenes de las moradas permanecen, aun aquellas asentadas en lugares que parecen personales y de un día a otro dejan de serlo, como si estuvieran sobre postes en medio de un tornado. El papel fotográfico es sensible, recoge los instantes de la luz y los detiene, las agujas del reloj en cambio avanzan de sol a sol. Perduran los rostros como marcas de plancha mientras las casas se van estropeando, los niños continúan creciendo, las presencias se transfiguran y la fisonomía verdadera de los seres pierde el matiz, el semblante y es infructuoso el reconocimiento. Solo queda un negativo revelado, apenas una copia en vida de lo que deja de ser y se convierte en recuerdo.

En el transcurso los nombres se transforman a su pesar, pasan de moda, se distorsionan, se expanden, viajan solos o acompañados por artículos determinantes. "La Oriental" fue un seudónimo que manifestaba la imprecisión de mi origen, de la cual no eran responsables los nuevos amigos que así me nombraban con una nueva ambigüedad, esta geográfica, y "Charrúa", un distintivo autóctono, me embretaba en un personaje sobreviviente de una masacre, como Guyunusa, la madre charrúa cuyo eco me sobrecogía. Recordaba cuando mis padres me llevaban al Prado los domingos soleados y yo solía juntar por el camino margaritas silvestres para ofrendar al monumento a "Los últimos charrúas". Allí, subida en la plataforma de la escultura, acariciaba con mis manitos los hombros cincelados de la indígena y me preguntaba dónde habría ido a parar ese niño que abrigaba en su falda.

Por las calles de mis interminables recorridos iban quedando los alias, los ídem, los sosias, los seudónimos, los dobles y los disfraces que no permitían mostrar el llanto ni el miedo, apenas una sonrisa que resignara intacta la duda. En uno de los archivos rescatados de esos viajes, me veo en una foto vestida de terciopelo con una capa negra y un antifaz, en el pecho lucía bordada una zeta en recordación al seudónimo despectivo con que llamaba su padre a Mabel Fernández.

Al retornar al país, cuando por fin terminó la dictadura, nada recordaba de lo que ahora digo, fui sacando lazos como de un sombrero, encarnando a una maga o a una prestidigitadora, y me dediqué a revisar las volteretas que me giraban por tanto universo. Fui recreando pequeños hechos y a sus actores, la mayoría sin valor testimonial, personajes intrascendentes y múltiples como el mío, con el afán de apropiarme como siempre de lo imposible. Podría haber inventado otras situaciones a partir de lo que supe, pero me consentí en destacar trechos de mi memoria para nombrar lo innombrable, silenciar lo que no es verdad y aparentar lo que es una estricta realidad. Permitir que el lector simule creer que es una autobiografía o una confesión, aun cuan-

do haya aquí verdades que lo son, y dejar que yo finja creer que nada es cierto.

A mi regreso otros aires gobernaban las aguas del Plata, la historia no había sido una sino muchas, de las cuales había que elegir, y en el intento de parecerme a mí misma escribo ahora sin regla alguna, como si fuera otro exilio, esta vez más grato. De vez en cuando me afirmo en el teclado de la máquina de escribir y me encierro en el traje gris de mi abuelo Nicola, que se dejó morir de tristeza pocos años después de la muerte de Liberto, en el de mi padre, quien se fue esperando un mundo mejor como antes mi abuelo, y voy vistiendo ropas de seres que no están visibles, pero revivo dos por tres en mis tristes personajes sin hazañas.

2

Mi padre ya no bebía alcohol después del ataque cerebral, pero caía en estados que lo conducían a nuevas formas de destrucción. El apellido Gentili que yo había heredado y él había vuelto a usar por necesidad, no parecía congraciarlo, aunque algo más me contó mi tía Aurora.

Cuando la tragedia que provocó la muerte de mi tío Liberto, la bala dirigida a los vidrios de la peluquería de mi abuelo entró por la espalda del niño y salió por el pecho en una trayectoria rápida como un suspiro. Mi abuela vio a su hijo pequeño caído entre los plumachos de zorro y se desmayó, cuando volvió a verlo el niño ya estaba dentro del ataúd. Mi abuelo Nicola, incomunicado, se enteró al día siguiente cuando lo llevaron escoltado hasta el cementerio local donde enterraron a Liberto. Todo a ritmo de vapor, como si la vida fuera una ráfaga disparada desde quién sabe dónde, tan simple como una bala.

Papá lucía en la espalda un lunar que bien podría haber tenido mi abuelo como declaración de su origen, pero no, el único poseedor de esta marca era mi padre, y a él le dijeron que había sido exactamente en ese punto por donde había entrado la bala que segó la corta existencia de su hermano. A mí siempre me había llamado la atención esa pequeña luna en la espalda de papá, pero hasta el momento en que me lo contaron no hubiera imaginado la leyenda tejida en torno de ella.

Cada cosa en su lugar, diría F. Fernández, para mí todo se combinaba en rizomas donde cualquier elemento podía incidir sobre otro, como en una “distancia espeluznante”, y a pesar de la estabilidad yo percibía cada texto como un terremoto, así que narrar lo

narrado es una especie de conjuro, un modo de volver a aquellos lugares en donde podría haber quedado un gesto escondido entre las plantas o en el balanceo de las olas, por nadie encontrado. O arrastrado por el viento pampero durante el invierno del sur. Sin embargo, sé que detrás de los ciclos que hoy describo decir mi deseo es absurdo, supera el ritmo del texto, las normas, la estructura, porque las palabras no son todas mías aunque aspiro a través de ellas que alguien lo descubra.

En los acontecimientos reales no surgía mucho más a lo ya contado, visualizaba un pino del cual colgaban números, fechas, secretos que no tenían por qué revelarse, como si el bosque del relato le hubiera quitado la máscara a algo que no siempre se puede o se quiere ver. Un primer paso fue retirar la corteza del tronco, sumar la cantidad de círculos, adherir la cifra al texto como una estampilla en un sobre y enviarlo rumbo desconocido. Marcar las edades con números sin fecha de caducidad para que sean inolvidables.

Cada una de las versiones de los episodios ocurridos a lo largo de mi edad me da base para mirarlos de nuevo, una manera de distanciarme de lo que aún está demasiado cerca, un intento de separación de común acuerdo o en mutuo consentimiento. Ver sin juzgar, aunque a veces se confunda el contenido de ambos verbos y el matasello pese más que el mismo sobre.

El lunar de mi padre se esparcía en una aureola alrededor del orificio provocado en otra espalda por una simple bala mortal. La influencia de la luna sobre la mancha, según la melanomancia, define el carácter y el futuro de la persona en el momento del nacimiento. En la fecha en que nació papá había luna llena pero esta no era visible, por lo cual el significado estaba unido a la "impaciencia", a las ganas de ver ya. Había algo oculto, no solo detrás de la cara de la luna sino del lunar, y esto le provocaba la expectativa de desenmascararlo. Sin embargo, él no estaba en condiciones de esperar ni de creer, lo que quedaba de su confianza se había

fugado por un túnel cavado por él mismo en el piso de su cuarto, solo podía salir por otro cauce y entrar en el ámbito de la incertidumbre hasta el final. La luna le reafirmaba una duda clásica y rotunda para todos los mortales: *no creer ninguna verdad hasta haber establecido las razones para creerla*, a pesar de que a él la mentada razón no lo favorecía. En mi caso, la razón es un pretexto para imaginarla.

Las peripecias que alteraron la vida de mis abuelos también modificaron la de mi padre y la mía, pues a partir del conocimiento de los sucesos y sus interpretaciones se abrió algo así como un cofre del cual una familia desconociera su existencia durante generaciones. Del fondo surgían ahora pocas respuestas, para mi padre nuevas incógnitas, para mí puntos de una línea por donde continuar sumando pasos, no ya revelaciones definitivas, por lo menos indicios hasta llegar a mí.

Porque yo sí tengo paciencia, he aprendido a representar cada hecho en cada sitio y sé que la clave emerge cuando menos se espera, pese a las vacilaciones de las lámparas, a los círculos de las piedras en el agua, a las cenizas de los libros quemados, aunque desaparezcan evidencias, se falseen pruebas y se alteren documentos. En algún lugar quedan copias de las verdades, quizás aparecen como los ahogados, flotando en el río de cualquier relato. Solo hay que aprender a sostener la tensión y develarlas.

XV

1

La anécdota –en ocasiones– puede ser una excusa para hablar de otros argumentos, un rodeo para decir lo que no es sencillo contar. La historia familiar de los Gentili deja al descubierto casi un tratado sobre los nombres y estos adquieren –a medida que se conocen– una importancia clave, igual en la vida de cualquier familia. Ya sea que ellos reflejen una cualidad o pretendan diferenciar a un individuo, existen y extienden su carga sobre cada uno, así como también el peso de su no existencia. Los nombres personales trasmiten poderes a través de su significado, son piezas de una maraña que puede llevar a los bosques del paraíso o a los círculos del infierno sin transitar por la tregua purificadora del purgatorio, como lo hizo Liberto Gentili durante corto tiempo.

Los apellidos, por su parte, han sido coartadas para que los bienes familiares no pasaran a manos ajenas y se conservaran intactos junto al blasón familiar, aunque muchos de los apellidos –o nombres y apellidos– no se merecen, porque no condicen con su origen o no se corresponden con su significado pero igual se perpetúan. Hay personas que lo único que tienen propio es una palabra llena de letras, otras subsisten condenadas al destino, atrapadas en su cárcel alfabética.

El nombre propio es pequeño en medio de una trama de propiedades que lo hace impropio. Se diluye en una red de atribuciones colectivas que lo enmascaran detrás de una sola apariencia. No obstante, las nominaciones personales interpretan un retrato, aunque más no sea el de un ser que no se llega a conocer nunca.

“Contradictorio y falaz, en esta parafernalia, el nombre dice tanto que no dice nada”, reflexionaba en voz alta la nieta menor de los Gentili, mientras tomaba partido por un asunto confidencial que terminaría siendo público.

En el caso de Liberto, el hijo menor de Nicolás y Beatriz, la designación que él buscaba para sí mismo ni siquiera sostenía una identidad perdida en la laguna de confusiones donde había navegado en remolino desde el nacimiento. Su nombre de pila era igual al de su hermano nacido en 1920 y muerto en 1927, dos años antes de que él naciera. Si su hermano se llamaba Liberto Gentili Ferro, también así se llamaba él: Liberto Gentili Ferro. Si esto cambiaba en los diversos documentos, también se modificaban los apellidos y seguían siendo idénticos. Continuarían existiendo dos LGF, o LFG, aunque uno solo fuera el real –vivo y coleando– pero despedazado como en un rompecabezas.

Había sido habitual en otras épocas –y en otras culturas– denominar al niño nacido igual que el hermano muerto, un ritual de homenaje al antecesor. A principios del siglo XX esta tradición de repetir el nombre entre hermanos se había convertido más que nada en una forma de buen recuerdo.

La situación de los “hermanitos Gentili” –tal como se los conoció– podría encubrir un deseo familiar de rehacer al difunto en el cuerpo del nuevo hijo. Esto se verificaba cuando a Liberto Dos le cortaban el pelo como a Liberto Uno, lo vestían con su ropa, sus zapatos y le teñían el cabello del color rubio que Liberto Dos no había heredado de Don Nicola. Los gemelos o mellizos de aquella época sentirían algo así en la indiferenciación evidenciada desde su nacimiento, pero en este caso constituía una flagrante sustitución. A la larga, los más cercanos de la familia cuando hablaban de ellos pasarían a llamarlos Liberto Mayor y Liberto Menor, lo cual acentuaba el sentimiento de inferioridad del sobreviviente. Evitaban decirle al primero “El finadito” o “El difunto” –como los vecinos– pues esto sería una afirmación de ausencia definitiva.

El escenario conformaba un ceremonial donde la casa de Colonia podía significar el cuerpo y la sepultura, y Liberto Uno y Dos, Mayor y Menor, I y II un mismo fantasma Liberto –ni siquiera Liberato– en el recinto de la familia Gentili o como se denominara finalmente.

La propiedad del nombre, por otro lado, intenta defender la frontera del nombrado, a pesar de que no es la única forma de identificarlo. Uruguay –país donde nacieron los descendientes de Don Nicola– lleva la misma denominación que el río homónimo, con una mínima diferencia que le otorga un artículo. Dicen que la palabra es de origen guaraní, algunos la derivan de un pájaro de la región llamado *urú*, cuyas plumas de colores lo transforman en un "país de pájaros pintados". Otros afirman que *urú* se refiere a las vueltas del río Uruguay, algo así como un "país de caracoles"... Las asociaciones son interminables, aun la grafía de *Uruguay* es imprecisa, más allá de la discusión de si es un nombre o una ubicación geográfica. Es decir, a partir de los antecedentes visuales y verbales son muchos títulos para un solo país, aunque hoy se le llame como se llama.

América –continente al que arribó Nicolás desde una lejana Europa–, surge así nombrado en los primeros mapas del Nuevo Mundo. Dicen los historiadores que es derivado del descubridor Américo Vespucio, quien en realidad se llamaba Amerigo Vespucci –acento fonético en la i– apellido formado por la palabra *vespa*, avispa volando en el escudo nobiliario de la familia. Se ciernen dudas sobre la interpretación de este rótulo del continente, no sobre el origen noble del conquistador.

La nieta de Gentili –si ese fuera el apellido– indagaba voraz sobre los nombres en la vorágine de las culturas, cada cual con su hilo de tradición, analizaba sus orígenes y lo hacía con el deseo inocente de encontrar algo parecido a una verdad. En su propia historia las personas habían sido concebidas con uno o dos nombres de pila desde antes del nacimiento. Algunos padecieron más que dos –los menos–, no por ello permanecen en el recuerdo,

porque si bien uno es junto al nombre que porta, es más que eso que lleva. Y las iniciales también forman parte –en el orden que aparezcan– de esa singularidad, lo que demuestra que no es solo por esas pocas palabras "que los conoceréis". En todos los casos, el nombre autoriza a un ser a formar parte de un mundo y de un universo del lenguaje, aunque al pronunciarlo se puede ignorar al nombrado y sin nombrarlo este puede dejar de existir... En las vueltas y más vueltas de estas divagaciones surgen preguntas –tal como le surgieron a la hija de Liberto Gentili II–: ¿el nombre muere con el nombrado?, ¿cambiaría su vida si se llamara de otro modo?, ¿si se modifica la condición del nombrado cambia su nombre? ¿si se olvida el propio, se deja de ser? ¿si la denominación se repite, cuál es la verdadera?...

Liberto Gentili Ferro era hijo de padre conocido, Nicolás Gentili lo había reconocido legalmente como su hijo, y de una madre conocida, Beatriz Ferro, quien también lo reconocía como tal, según la inscripción revisada en los certificados de nacimiento y archivos del Registro. Si no son reconocidos como propios, los descendientes se consideran huérfanos, guachos, ilegítimos, naturales. Aún se los nombra NN, indiferenciados con dos letras idénticas que significan *nomen nescio* –"desconozco el nombre", en español "Ningún Nombre"–, expuesto diferente según países y lenguas. Este NN ha sido un fácil recurso en la historia para ocultar desapariciones por crímenes de Estado. En el Consejo del Niño las autoridades de la Casa Cuna se encargaban tradicionalmente de asignar un nombre cualquiera a los niños que carecían de él al momento de su ingreso, tratando de sortear la discriminación de abandonados que les confería el innominado NN. En la dictadura de los años setenta en Uruguay, se sospechaba que muchos de los bebés llegados allí sin identificación serían posibles hijos de madres detenidas o desaparecidas en las redadas de la época. Por ello fueron registrados subrepticiamente con nombres y apellidos emblemáticos para no olvidar que podrían haber sido arrebatados de los brazos de sus madres prisioneras y volver a ellos algún día.

2

Colonia es una ciudad antigua con un resplandor especial y una perspectiva que no concede dejar de mirar el mar. Desde cualquier ángulo se pueden ver islas e islotes –marcas verdes en los inmediatos horizontes–, escuchar la rompiente de la marea, divisar un afluente ingresando al estuario del Plata y el faro en la noche, guiñada atenta a la visión de los navegantes.

La peluquería de Nicola estaba situada cerca del centro de la ciudad, no del centro más antiguo. Por allí y en esa época las calles de terracería –unas pocas empedradas de adoquines– presentaban un prolijo recuadro con los nuevos amanzanamientos de los caseríos. Una ciudad pequeña, disputada, fundada y refundada, destruida y reconstruida una y otra vez sobre sus ruinas, conocida como "Manzana de la discordia", "el Gibraltar del Plata", "la Ciudad de la pluma y la espada", "Madre de ciudades"…, epítetos o motes de una colonia sin nombre, renombrada con el santísimo Del Sacramento.

Por el río habían llegado equivocados los primeros ultramarinos desde un remoto continente navegando en mínimas embarcaciones, cáscaras de nuez en el interior de las cuales se reunían las ambiciones de los colonizadores. Buscaban una ruta que los llevara al Oriente –ávidos por encontrar riquezas– y llegaron al Poniente. Por el camino nombraron cada accidente geográfico que encontraban en su recorrido. Otros colonizadores llegados detrás renombraron los mismos sitios, desconociendo unos y otros a los nativos que ya los nombraban en su propia lengua y los reconocían antes que ninguno. A partir de los cálculos errados que condujeron hasta allí a los navegantes se desataron batallas y traiciones, sitios, litigios, ocupaciones extranjeras a una ciudad que le dieron lugar a este nombre de hoy.

En ese paraje –separado apenas de Buenos Aires por el Río de la Plata– donde Nicola había llegado en los inicios del siglo XX con la idea de liquidar el tráfico de esclavos y el contrabando, y ayudar a construir una sociedad digna, fue donde ocurrieron los incidentes que lo llevarían a la muerte. Beatriz, en cambio, pudo recuperarse de su duelo y lo sobrevivió. Sus hijas y el bebé a pocos días de nacido le dieron la fuerza de un renacimiento, no ya una nueva fe, sí un deseo de construir sobre la destrucción. Ella siguió pensando en la responsabilidad de la policía y sus cómplices en aquel crimen y en un plan encubierto por ellos falsificando los hechos.

El bebé respondía al nombre de Liberto y ella se afanaba por vestirlo igual a su anterior hijo Liberto. Como si pudiera volver atrás y empezar de nuevo en el mismo punto de 1920 en que había nacido quien ahora yacía en un panteón. Este año era una cifra caprichosa, ella sentía que el nuevo hijo había ganado casi ocho años de vida, descontados de la fecha del alumbramiento. Solo tenía que agregar nueve meses al cálculo y toda una vida por delante. El problema no percibido por Beatriz era que Nicola rechazaba a ese niño –físicamente muy distinto a Liberto–, porque el hombre había perdido la capacidad de mirar adentro de ese pequeño ser que alejaba a su familia de las visitas al cementerio.

El peluquero continuaba en sus tareas respondiendo con monosílabos a los clientes interesados por su salud cada vez más deteriorada. Su hipocondría se había acentuado hasta no comer más que lo que le alcanzaba Beatriz, aun así olía una y otra vez los alimentos antes de tragarlos y separaba puntillosamente lo que no le era reconocible. Corría las cortinas para que no entrara el sol pues su piel se irritaba y sus ojos ardían, y espantaba a los animales domésticos por temor a contagiarse enfermedades, sobre todo a Otelo, el viejo gato negro, a quien le había tomado idea. Un dolor nuevo lo afligía cada hora, mientras el estómago le devolvía con creces todas sus quejas. Los tés de yuyos: boldo, menta, marcela, tilo, cedrón, pata de vaca, malva, manzanilla, eran el mejor antídoto después de comer, a pesar de que hervía

excesivamente el agua y colaba las hojas de hierbas repetidas veces antes de tomarlos.

Tristeza sentían los asiduos clientes al no escuchar su verborragia de fígaro, sus anécdotas alegres con el dejo de un acento que no había podido desterrar. Eso sí, Nicola mantenía interés por la buena presentación del local y sus servicios. Había incorporado un sillón majestuoso de peluquero, con brazos tallados en molduras de madera y una placa de bronce donde estaba grabado "Máximo Santos". Según decían había pertenecido a la barbería que el ex presidente y dictador ostentaba en su mansión presidencial, pero nunca se supo cómo había llegado a la Peluquería Gentili. Tenía nuevas pinzas bucleadoras, atusadores y cepillos de pelo de cerda con mangos de cerámica, nuevos juegos de tijeras de acero, y ampliado el servicio al corte de pelo *a la garçon* para las damas y el corte militar para los varones, prácticas que apenas comenzaban a ponerse de moda. El frente estaba pintado de cal y ninguna planta crecía en la vereda.

Ese 31 de fin de año, Nicola decidió que era un buen día para poner punto final a su condena. Tata Beatriz estaba en la peluquería como la mayoría de los días martes, eran casi las cinco de la tarde, las niñas jugaban en el frente y Liberto dormía en la cuna en la trastienda. Habían decidido cerrar a las 17 horas –una vez que se fuera el último cliente preparado para lucirse en la fiesta final–, llevar a las niñas a la plaza donde quemarían fuegos artificiales y dejar suficiente margen para elaborar una cena especial. Pero nada de esto pudo ser. Un cartel colgado en la puerta –escrito hermosamente por Nicola– decía: HOY HASTA LAS 5. FELIZ AÑO NUEVO.

XVI

1

Las casualidades nos habían reunido en las fechas de nacimiento, ambas, Mabel Fernández y yo, habíamos nacido el mismo día, y también en nuestros nombres. El mío era una síntesis del suyo, si así puede decirse, aunque ella era mayor, Mabel era la suma de María e Isabel, hipocorístico de María Isabel. Por mi parte, recibí un nombre igual al de mi tía abuela por haber nacido el mismo día que ella, quien no era santa pero tenía complejo de virgen y había dedicado, como Santa Isabel, su vida a los pobres, salvo que Doña Isabel odiaba a las religiones y a los santorales. Y María se llamaba mi madre. Demás está aclarar que yo, como mi abuela Tata, tampoco era lo que se dice una Hija de María, aunque lo fuera. Por otro lado, siempre me pregunté por qué decir Isabel y no Isabela, ahora me preguntaba por qué Mabel y no Mabela, ya que ambas palabras contienen Abel, nombre originalmente masculino. El uso de los nombres, por lo que he leído desde que me dio por estudiar el tema, ha pasado de un cuerpo a otro con la rapidez de los cambios, incluso, como en este caso, contiene ambigüedades de género. No siempre la letra *a* final consigue distinguirlos y hasta combinan ambos en más de una palabra.

El Río de la Plata, nuestro inmenso estuario, testigo de batallas, partidas y retornos, ha sido denominado a gusto y antojo de los expedicionarios que arribaron temprano a sus orillas. Dicen los historiadores que primero fue llamado Jordán, después Mar Dulce, Río de San Cristóbal, Río de Solís hasta Río de la Plata, como lo llamamos ahora quien sabe hasta cuándo en este flotar de nombres nunca definitivos.

Por esto pienso que estampar etiquetas sobre los seres es un riesgo, venga de quien venga, un pacto de lealtades que se imprime en cada nombrado como una cicatriz de yerra y le temo, porque a su pesar cada uno pretende ser lo que en realidad es y se opone, se rebela, se rectifica, se nombra como puede no como quiere. Detrás del nombre no está solo este, hay un juego de máscaras que piden ser descartadas una y otra vez, desde más lejos que el más allá, y puede llegar a ser una trampa donde caer sin remedio.

Ya sabía yo desde décadas atrás que poseer un nombre no es suficiente propiedad para identificarnos, como la propiedad tampoco define al propietario, pero mi interés, desmedido tal vez por este asunto, me lleva a decir esto que digo no sé en nombre de quién, pues me falta mucho por conocer, mucho más por saber en esta red enmarañada de significaciones. Me lleva a preguntarme lo que me pregunto y a buscar detrás de mí alguien con mi mismo nombre a ver si se me parece.

Por otro lado, en cada una de las palabras elegidas para nombrar se inscriben las generaciones animadas por una esperanza de permanencia, basta que indaguemos un poco en nuestras familias para descubrir algo más que una azarosa elección. Ni mi padre se salva por llamarse Liberto, ni mi santísima abuela por llamarse Angélica, ni el periodista Fernández por no tener un nombre renombrado, ni los músicos que representan a mis gatos los preserva del disonante maullido.

Otros temas se esconden en esta narración: Mabel e Isabel son dos y son una, Liberto y Liberto son uno y son dos, mi madre María no tuvo opción de elegir, es ella y soy yo, quién es quién de verdad es otra cantinela. Tal vez Isabel, o yo, pretenda tomar el papel de relatora a fin de comprender una parte del pasado familiar en el preciso acto de historiarlo. ¿Cuál de las dos? Las incertidumbres suelen llevar a nuevos territorios, pero intento no desaparecer en una identidad sin diferencias, como le sonaba a Fermín su propio apelativo. Sé bien que junto con la construcción se va destruyendo, bastantes ejemplos he encontrado en mi carrera, y no me gustaría destinarme un destino irremediable sin antes intentar variarlo.

En este voluntario acto de contar descubrí historias paralelas, los mismos personajes, los mismos tiempos, aunque no sean cronológicos, una trama que los une como si el azar no fuera una casualidad. Hombres y barcos a la deriva, el horizonte desesperado del lenguaje perdiendo pie en el río, mujeres y espíritus luchando por sobrevivir en el vuelo del texto. Y en el transcurso del relato en primera persona no he sido yo en la actuación de todos los días, la que me ha llevado al teatro y me ha alejado de él. No, no me reconozco en las alternativas presentes cercanas al final, pero sí soy el personaje que ha vivido esta anécdota desde el inicio. Puede que no quede nada de lo mío que merezca memoria pero tampoco olvido, por esta sonrisa que se desprende de mi caligrafía para quedar intemporal en la transparencia del aire. Un golpe más en el discurso, pero un verdadero golpe de gracia, si es posible.

Ayer mismo, después de leer lo escrito hasta ahora, observé que mis gatos tienen otros gestos, han traspasado una muralla que no sé cómo calificar: rondan un sillón vacío, saltan en el aire como si sus garras jugaran con la piel de objetos invisibles. Los libros también tienen un comportamiento extraño: se tropiezan a menudo, no veo sus títulos, cada vez es mayor el esfuerzo por encontrar al autor. Y siempre que pronuncio un nombre algo pasa, aunque no haya nadie.

A lo mejor, en esta etapa solitaria de mi vida donde me complace examinar las nostalgias de lo que vendrá, los sentidos adquieren máxima intensidad: la resonancia de la tierra, el derrumbe de las olas, las gotas de lluvia que no terminan de caer, los relámpagos imprevisibles, las guiñadas de las lámparas, ese sonido en el aire... Los seres con quienes convivo saben quién soy, tal vez por eso estoy pendiente de sus movimientos.

La fábula, leyenda, relato o como quiera llamarse lo que escribo, es por ahora una buena compañía, la imaginación se desata de los nudos de mi pensamiento, los laberintos que atravieso ahora son jardines y todos los fantasmas concilian en mi habitación. Bienvenidos sean los que llegan a esta casa.

2

En mi familia también las fechas fueron ejemplos de sucesos coincidentes que unían o desunían a sus integrantes. Como decía, soy heredera del nombre de mi tía abuela pues nací el mismo día que ella, sumado al de mi madre porque así lo quiso mi padre, y en las sucesivas generaciones se fueron presentando las mismas coincidencias con otros integrantes de la familia. Mis abuelos, Rafael y Angélica, nacieron el mismo día, fecha del santo que, en el caso de mi abuelita, le dio su nombre, aunque en el santoral el 2 de octubre lo ocupan en plural todos los ángeles custodios. Por eso ella a mi abuelo Rafael en la intimidad le decía Angelito.

En cuanto a mis padres, ambos nacieron el mismo año, por lo tanto se casaron con la misma edad, muy jóvenes los dos, en un año bisiesto. María, mi madre, fue bautizada con el nombre de su abuela y repetía también su apellido, porque mi abuela Angélica nunca conoció a su padre. Mi abuelo, en tanto, nació en un barco en el cual venía su madre gallega para estas tierras del sur. Al llegar al puerto de Santos mi bisabuela perdió a su marido entre la multitud que descendía de aquel vapor y el capitán inscribió al niño con el nombre de la nave. Según cuentan, mi bisabuela había creído que el barco se llamaba Santa Teresita de Jesús, pero a mi abuelo lo llamaron afortunadamente Rafael Arcángel, sin el San que le aseguraron estaba escrito en la popa.

Estas observaciones pueden llevar al caos fuera de la dinámica lineal de lo cotidiano, pero es real que del otro lado de los nombres existe una red de casualidades y consecuencias, un acontecer ilimitado, como la masa que estiraba abuelita los domingos, plegándola sobre sí misma y volviendo a extenderla una y otra vez.

Si continúo indagando en asuntos familiares sé que hallaré más coincidencias. Mi madre murió el mismo día en que se cumplían dos años de la muerte de mi padre, Angélica y Rafael fallecieron ambos a los 81 años, y 1960 fue el año que guardó para siempre la tristeza de la pérdida de mis dos abuelas con diferencia de un mes exacto. Yo tenía 9 años y recuerdo la conmoción familiar unida a las derivaciones de la muerte que se me planteaba por primera vez en vivo y en dos ocasiones sucesivas: reclamos de apellidos, hijos no reconocidos, llantos en los cuales los papeles protagónicos se diluían en representaciones secundarias. Un teatro verdadero que fui descubriendo fuera de escena, en una de las caras interiores de mis máscaras.

Si bien no conocí a mi abuelo Nicola, el padre de mi papá, su presencia me acompañó incluso antes de saber su historia: una cadena de un reloj de bolsillo, un par de anteojos redondos, una lámina desvanecida amontonada entre otras dentro de una caja de zapatos junto a papeles con firmas ilegibles… Lo veo enorme en su pequeña estatura junto a dos hombres similares en edad, pantalones anchos, la pretina hasta el pecho y tiradores, subidos en una especie de barcaza con una inscripción a babor que no pude leer.

Mi abuela Beatriz fue para mí como una luna en un año fértil, una guía donde rondar las noches un día más fuera de hora, el estímulo para que mi habitación estuviera llena de libros que ella nunca leería: "Hay que aprender la libertad de imaginar, la sabiduría del conocimiento que avanza más allá de lo posible…", comentaba, y sabía, por sabia, que su búsqueda no tendría fin.

Ahora encuentro nuevas razones para que las pistas no se pierdan, los navíos, las guerras, los incendios nunca apagados… Nadie me había dicho que Tata, el seudónimo de mi abuela Beatriz, quería decir "fuego" en guaraní, lo cual me hizo pensar que podría ser cierto su origen indígena. Por su parte, mis otros abuelos, guardianes de mi infancia, cuidadores de riberas y estancias, mezclaban en sus cuentos antes de mi sueño la brasa cálida de nuestro campo con nostalgia inmigrante, y al escucharlos mi fantasía se iluminaba en llamaradas que después, al emigrar, comprendí.

El argumento de esta semblanza, entonces, fue surgiendo a través de tanteos y tentativas, en el ensayo de explicarme una circunstancia que ya no sé si es posible. Porque describo lo mirado a la velocidad de quien deja de ver y la duda me queda estancada en el punteo fácil, incluso en los puntos y aparte. Debería, pienso, volver a empezar, esta vez desde el final hacia adelante, en medio de la pasión de contar aunque ya no sea mediante la escritura. Pero ella también forma parte de mis memorias...

No me equivoco si digo que en el relato no hay nadie dictando a nadie ni nadie necesita firmar para existir. Ninguno de los personajes, ni los interpretados por mí, fueron eruditos, héroes o distinguidos protagonistas. Todos son lo que pudieron llegar a ser, como yo, cuando corrijo este texto una y otra vez hasta que se consume en el intento de ensamblar los pedazos. Como un escultor o un escritor que no puede serlo o un músico que se detuvo en el momento de la ejecución. Todas las historias tienen un principio, pero lo difícil es describir el final. Aceptar el límite, si es que lo hay, entre la memoria y el olvido.

Sin embargo, aquí en mi apartamento, recorriendo las ocurrencias de los actores, volviendo a leer las expresiones de los habitantes, creo que lo relatado no sucedió o si sucedió queda solo esto. Por algún lado se cuela un aire veloz que limpia, la sombra de un relato recoge al filo de la arena la resaca y las conchillas de las orillas del mar. Murmura palabras volátiles, restos de frases hundidas con los barcos en la bahía, secretos que se abren al paso para que asomen nuevas verdades, señales que trasmiten los objetos de mi habitación, soplos que emiten perfumes de otras épocas, incógnitas que descubren los gatos, los libros, las imágenes, cada uno en su marco, esta vez en un viaje especialmente compartido. Y los nombres, que flotan con un peso titubeante sin terminar de posarse, con una presencia que sé que existe aunque no sepa quién es.

Cuando nacemos, nos nombran, y a lo largo de toda la vida nombramos a otros: qué hay detrás de cada uno de esos nombres (*"los nombres, que flotan con un peso titubeante sin terminar de posarse..."*) sino ambigüedades, apodos, aproximaciones. Se trata de maneras de identidad que nos atribuyen, y con las que cargamos a lo largo de la vida sin lograr entender nunca del todo quienes somos en verdad, y quienes han sido los otros. Esta novela delicada y sugerente de Melba Guariglia, entra en la indagación del pasado de una familia uruguaya, queriendo desautomatizar sus prototipos, reconocibles en muchas otras familias vernáculas, y recomponiendo personas a partir de rasgos fragmentarios, pistas dispersas y señales que perviven en la memoria de sus descendientes como huesos que les conforman sus esqueletos. La autora busca y rebusca recorridos, itinerarios de otras vidas, bifurcaciones que la acercan o la alejan de una verdad mayor, siempre inalcanzable, siempre esquiva, logrando así, con una suerte de desesperación pausada, un texto de excelente factura literaria, alejado de los lugares comunes, y sometido a la construcción a veces irónica y a veces paródica, siempre inteligente, de un escribir que reflexiona sobre el propio discurso, y va y viene por los vericuetos semánticos y sintácticos que hacen de la escritura un arte excelso, tan diferente del lenguaje coloquial, periodístico o mas-mediático.

En esta exploración narrativa de la identidad, algunas conclusiones primarias (*"todos son lo que pudieron llegar a ser... en el intento de ensamblar los pedazos"*) de la novela parecerían salvarnos temporalmente del desorden, aunque nunca del todo pues siempre queda *"un juego de máscaras que piden ser descartadas una y otra vez"*. Consciente de que *"poseer un nombre no es suficiente propiedad para identificarnos"*, la autora logra iluminar sobre los desdoblamientos, las simulaciones, y las diversas formas de la mentira, con que jugamos a engañarnos y a engañar, engaño sin el cual tampoco el arte es posible.

Teresa Porzecanski


9 789974 834897

